

**FORMAS DE POBLAMIENTO
Y
FORMACIÓN DE LA
PERSONALIDAD**

ELOY TERRÓN ABAD

**Edición a cargo de
Rafael Jerez Mir**

MADRID, OCTUBRE DE 2012

INDICE

PRÓLOGO	4
I.Socialización del hombre y disposición de la vivienda (En fase de realización; 1969)	10
Introducción.....	10
A. La creación del medio humano.....	11
B. El proceso de socialización.....	14
C. La disposición espacial de la vivienda y su influencia en la formación de la subjetividad.....	20
II.La vecindad, como condicionante de la personalidad (s.f.)	30
A. Las formas históricas de distribución de la población.....	30
B. La forma de poblamiento, determinante de la conducta. La población dispersa	34
III.La comunicación interpersonal en una aldea agrícola de subsistencia (1985)	40
.....	
A. Algunos rasgos característicos de la aldea protoartesanal.....	42
B. El mundo ideal o representativo de la aldea.....	43
C. Temas y ocasiones para conversar.....	44
IV.Norte-Sur: Formas de convivencia y racionalidad (1985)	48
Introducción.....	48
A. Las dos tareas básicas de la humanidad.....	51
B. La creación del medio humano.....	52
C. El proceso de socialización.....	53
D. La recepción de la experiencia.....	56
E. Las formas de convivencia como condicionante de la personalidad.....	58
D. Formas de vecindad y convivencia.....	59
E. Rasgos socioculturales de la población dispersa.....	61
F. Forma de convivencia de las agrovillas en el sur de España.....	64
G. Solidaridad y libertad.....	68
V.La ciudad como sistema de comunicación (s.f.)	71
A. Los condicionantes objetivos de las relaciones sociales comunicativas.....	72
B. El tipo de poblamiento disperso (o semi-disperso) y las relaciones sociales.....	73
D. La población agrupada y las relaciones personales.....	75
E. La ciudad como marco estimulador de relaciones sociales y generador de relaciones nuevas.....	77
F. La ciudad como medio humano.....	78
G. La ciudad y la división social del trabajo.....	81
H. De la opulencia comunicativa en la ciudad electrónica al aislamiento.....	83
APÉNDICES	85
1.Apunte sobre la disposición de la vivienda y la psicología del campesinado (1969)	86
.....	

2.La formación de la personalidad y las relaciones sociales	88
3.La disposición de la vivienda y su influencia en la creación de la subjetividad. Un proyecto de tesis doctoral (1979)	90
4.Agrovillas y agrocidades (1982)	93
5.Forma de poblamiento, relaciones personales y formación de la personalidad: el caso de la ciudad (s.f.).	96
6.De la casa larga centroeuropea a la casa con patio interior (con corral) de Fabero (1997)	98

PRÓLOGO

Con el título *Formas de poblamiento y formación de la personalidad* se reúnen aquí una serie de artículos y notas del historiador, sociólogo y antropólogo Eloy Terrón (1919-2002) con centro en esa problemática. Inéditos hasta ahora, con una sola excepción, recogen los desarrollos al respecto del pensamiento del autor, en 1969 y entre 1978 y 1986, a partir de la interpretación de la naturaleza del hombre y su medio a la luz de su origen, por parte del biólogo evolucionista Faustino Cordón (1909-1999), y de la psicología paulovniana y los hallazgos más firmes de las ciencias del hombre y de la cultura en general.

Confinado en Guereña (Badajoz) pocos días antes de la declaración del estado de excepción impuesto por la dictadura franquista en febrero de 1969, Eloy Terrón tomó allí conciencia de la influencia de la distribución espacial de la vivienda en la psicología típica del campesinado como una cuestión del máximo interés para comprender la historia de España de los últimos tres o cuatro siglos: «Fuenteovejuna -concluiría- no podría darse (“¡todos a una!”) en el Norte».¹ Y, una vez de vuelta en Madrid, abordó el tratamiento sistemático de la cuestión -«Socialización del hombre y disposición de la vivienda. (En fase de realización)»-, centrándose de momento en la forma de poblamiento disperso y semidiserso, de los caseríos y aldeas del norte húmedo peninsular.

La producción de bienes materiales, la producción de hombres y la producción de la subjetividad (o conciencia) han sido siempre las tareas básicas de nuestra especie. Al carecer de reflejos incondicionados, el *homo sapiens* pudo crear un medio propio, transformando la naturaleza en una morada humana, como garantía de la supervivencia de los adultos y de la protección de las crías hasta su integración en el trabajo. En principio, la producción de la subjetividad se configura y se desarrolla en virtud de la adaptación al grupo, la comunicación verbal y el aprendizaje de la técnica. Pero, desde la aparición de la sociedad de clases, la producción de hombres (como reproducción de la fuerza de trabajo) pasó a ser una tarea adicional de una parte de ellos -los esclavos, siervos y obreros-, no de todos, con el consiguiente retraso histórico-cultural del desarrollo de la personalidad, en razón de la organización clasista, racista y dogmática de la sociedad. Un fenómeno, por cierto capital, para explicar la evolución de la sociedad española en general y para entender el predominio del factor religioso en la vida social y política de los españoles, en particular.

Por lo demás, las relaciones interpersonales son los cauces primarios a través de los cuales llegan al individuo los contenidos fundamentales que constituirán su subjetividad (su conciencia), en función de la frecuencia, fluidez, riqueza y desarrollo de las mismas. Dichas relaciones son la base de la construcción de la subjetividad en la infancia y la adolescencia, y de su desarrollo posterior en la adultez; el individuo forja su espíritu en sus relaciones personales con los demás.² Pero la frecuencia y la eficacia de las mismas ha

¹ Véase el Apéndice 1: «Apunte sobre la disposición de la vivienda y la psicología del campesinado».

² Véase el Apéndice 2: «La formación de la personalidad y las relaciones sociales».

estado históricamente condicionada por la disposición de la vivienda, como el factor objetivo quizás más determinante. De modo que, en tanto que la densidad de las relaciones sociales significativas explicaría el fomento de la libertad física y espiritual del individuo en los grandes pueblos y en las pequeñas ciudades, su pobreza sería la razón fundamental del desarrollo elemental de la estructura básica de la personalidad en las aldeas y caseríos.

Es más: el condicionamiento de la psicología de la población por la forma de poblamiento resulta clave para entender la España de los últimos 150 años, así como la larga persistencia del feudalismo en las regiones de población dispersa del norte peninsular, al constituir la dispersión y el aislamiento de la población la condición óptima para el establecimiento y el afianzamiento del mismo, con sus características formas de explotación y de violencia material y espiritual, o militar y religiosa.

«Por lo demás, esa pobreza de las relaciones sociales significativas hace a los individuos muy vulnerables frente a la agresión física y espiritual, sobre todo, frente a esta última. La falta de relaciones sociales aumenta la insolidaridad; el aislamiento espacial es la base del aislamiento social e intelectual, y esto hace que las poblaciones dispersas o agrupadas en pequeños grupos sean fácilmente dominables.»

«Así se explica la supervivencia del feudalismo hasta tiempos muy recientes en aquellas regiones de nuestro país en que la población vive más dispersa: Galicia, zonas agrícolas de Asturias, Santander, Provincias Vascongadas, Navarra, norte de Cataluña y demás. La oposición radical entre las gentes de las ciudades de esas regiones (liberales y progresistas) y las de sus zonas rurales (fervorosa y ardientemente carlistas) sorprende a todo el que se enfrenta al estudio de nuestras guerras civiles de los siglos XIX y XX. Pero incluso este fenómeno, tan importante y que ha condicionado tanto el desarrollo sociocultural de nuestro país, ha carecido hasta ahora de explicación, cuando es vital encontrarla para reducir las fuertes tensiones que nos desgarran.»

Al poco de reintegrarse en la Universidad,³ en 1978,⁴ Eloy Terrón volvió sobre el tema. Las relaciones interpersonales son los cauces por los que el individuo recibe la mayor parte de la experiencia que va a generar su conciencia; y la disposición espacial de la vivienda, el factor determinante de las relaciones sociales en las sociedades agrícolas tradicionales, por su repercusión sobre la educación de los niños y el comportamiento de los adultos (tacto social, simpatía, actitud para con los demás, limpieza, etc.). Esbozó, primero, un proyecto de tesis doctoral sobre ese tema de investigación:⁵ y volvió a abordar después el estudio de «La vecindad, como condicionante de la

³ Había dimitido en diciembre de 1965 como profesor adjunto de ética y sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, sacrificando así su futuro profesional, para evidenciar su protesta moral y política ante la confirmación por el Tribunal Supremo de la separación de sus cátedras de José Luis López Aranguren y otros profesores universitarios, por haberse identificado con el movimiento estudiantil en pro de la democratización del sindicato universitario.

⁴ Lo haría en el Departamento de Sociología IV (Sección de Metodología de la Investigación y Teoría de la Comunicación, Facultad de Ciencias de la Información, de la Universidad Complutense de Madrid), donde ejerció la docencia y la investigación hasta su jubilación en 1986.

⁵ Véase el Apéndice 3: «La disposición de la vivienda y su influencia en la creación de la subjetividad. Un proyecto de tesis doctoral».

personalidad», desatendido aquí incluso en el presente reciente, por el olvido *agrarista* de las agrovillas y agrociedades del pasado al enfrentarse con el trasvase masivo de la juventud del campo a la ciudad a impulsos del desarrollo industrial capitalista desde la segunda mitad de los años 50.⁶

En principio, se trataba del estudio comparativo de la influencia de los encuentros personales en la formación de la personalidad, tanto en las regiones de población dispersa y semidispersa como en las de población concentrada de las agrovillas y agrociedades de la Mancha, Andalucía y Sur de Extremadura, y en función de la tesis de partida: esto es, de la configuración sociocultural de la personalidad en razón de la frecuencia y variedad de los encuentros personales y del trato reversible con otros.

« La distribución espacial de la población (esto es, el tipo de vecindad) tuvo que ejercer (y ¿aún ejerce?) una influencia decisiva sobre la conducta de las gentes. Por un lado, porque las relaciones o, mejor aún, unos encuentros personales frecuentes y diversos contribuyen a configurar con vigor el núcleo profundo de la conducta: la conciencia. Y, de otro, porque esas mismas relaciones personales son los cauces o canales por los que los individuos reciben la inmensa mayoría de su experiencia.»

Pero, de momento, se limitó a analizar la forma dispersa y semidispersa de poblamiento, predominante en España: la aldea y el caserío. Pues bien, en ambos casos, la economía se distingue por la pequeña propiedad de la tierra, la identificación del hogar y la producción, la forma de explotación “artesanal” del campo, la sujeción extrema de los individuos y su apreciación positiva del propio modo de vida. Pero, por lo mismo, las claves del modo de ser de sus gentes son la reducción de las relaciones personales al grupo familiar y la seguridad que proporciona la propiedad.

Más tarde, ilustró sus principales conclusiones al respecto con el estudio de «La comunicación interpersonal en una aldea agrícola de subsistencia»,⁷ Fabero del Bierzo, su pueblo natal. Resaltó primero la obstrucción del diálogo por la disposición espacial de la vivienda, una educación dura y limitada a la propia familia y el individualismo subjetivo, así como la importancia del mundo ideal o representativo de la aldea, como trasunto del mundo real y un componente básico de la cultura popular. Y concluyó explicando la escasez de los temas y ocasiones para conversar por la rareza y la nimiedad del acontecer público y en razón de lo azaroso de los encuentros personales, con el bloqueo consiguiente de la capacidad de abstracción del individuo.

«En realidad, se hablaba poco, muy poco, lo mismo entre los familiares que entre los vecinos. Los campesinos de la aldea trabajaban mucho; con frecuencia, sin demasiada eficacia, pero siempre estaban haciendo algo. Las gentes de la aldea protoartesanal eran poco propensas a conversar demasiado, y eran poco apreciados los charlatanes, que podían estar mano sobre mano, dándole a la lengua.»

⁶ Véase el Apéndice 4: «Agrovillas y agrociedades».

⁷ Los materiales fundamentales de este trabajo pertenecen a una obra preparada durante los años 1955 a 1965, sobre la base de recuerdos infantiles, enriquecidos y corregidos por una amplia serie de testimonios de personas de avanzada edad, aunque no se publicaría hasta mediados de los años 90 (*Los trabajos y los hombres. La desaparición de la cultura popular en Fabero del Bierzo*, Madrid, Endymion, 1996). Un trabajo posterior, complementario de ese libro, se ha incluido aquí como Apéndice 6: «De la casa larga centroeuropea a la casa con patio interior (con corral) de Fabero» (1997).

El tratamiento de esa misma problemática general en un trabajo posterior -«Norte-Sur: formas de convivencia y racionalidad»- es ya, en cambio, mucho más completo, y se orienta a demostrar tres tesis básicas: 1ª) la importancia determinante de las relaciones sociales (de los encuentros personales) en el desarrollo de la subjetividad (en razón del bloqueo o el fomento de la facilidad de palabra, la capacidad de abstracción -esto es. de la aptitud para desprender la experiencia de la acción- y la facultad de pensar); 2ª) cómo el factor determinante, generador, de esas tres actividades o cualidades propias y únicas del hombre, reside en la frecuencia de las relaciones personales significativas, trascendentes; y 3ª) cómo todo lo que favorece la frecuencia y la intensidad de las relaciones personales estimula y desarrolla la subjetividad y enriquece la personalidad, la libertad y la dignidad del hombre

«El origen y desarrollo de la personalidad residen en la relación del individuo con los demás. Cuanto mayor sea el número de personas con las que se relacione un individuo, tanto más numerosas y diversas serán las concepciones de la realidad, los puntos de vista; y, a través de esa interacción, las diversas aportaciones de experiencia entrarán en conflicto y se depurarán. Si la personalidad se construye sobre la base de la relación directa de sólo dos personas, será como si sólo se dispusiera de dos puntos de vista para considerar la inmensa riqueza, plural y polifacética, de la realidad. La pobreza de pensamiento y de experiencia -de conciencia- del individuo formado en tales condiciones sería manifiesta. En cambio, la comunicación directa con un gran número de personas otorga siempre cierto sentido de la relatividad de las opiniones y de toda experiencia.».

El trabajo es la clave del desarrollo del hombre y su medio, y la garantía de la reproducción de los hombres como fuerza de trabajo. Ahora bien, una vez garantizada la atención de las necesidades básicas, son los problemas de la producción de la subjetividad los que pasan al primer plano histórico. Por lo demás, la socialización consiste en la configuración de la conciencia (o sistema de respuestas a los estímulos de la sociedad vertebrada por la palabra) por el grupo de pertenencia del individuo. Pero la recepción de la experiencia se encuentra condicionada por la desigualdad social, desde la aparición de ésta, como obstáculo de la interacción comunicativa; el caso español, con el protagonismo histórico de las diferencias de religión en el medievo, y de las barreras de clase, de modo abierto después, lo ilustra bien.

En general, la vivienda y el trabajo son los principales factores que condicionan las formas de convivencia y, en última instancia, la formación de la personalidad. Pero hay que distinguir dos formas básicas de poblamiento, vecindad y convivencia (con dos subtipos característicos cada una): dispersa (caseríos y aldeas) y concentrada (agrovillas y megalópolis). Ahora bien, los rasgos socioculturales típicos de la población dispersa del norte peninsular son la propiedad, la identificación del hogar y la producción, la educación en el trabajo y en la sobriedad y la reducción de las relaciones personales significativas a las familiares; y, por eso, los individuos son ante todo hombres de acción, y no de reflexión. En cambio, en las agrovillas del sur la forma de convivencia se distingue por la riqueza de las relaciones laborales, familiares y de vecindad, con la configuración consiguiente de personalidades realistas, solidarias y con conciencia de clase; y de ahí su significación histórica y actual en relación con el progreso de la solidaridad y la libertad, al ser la esencia del

hombre la conquista de la libertad en cooperación con los demás, y las trabas a la solidaridad, el principal obstáculo a la libertad.

Por último, el estudio de la cuestión se completa con la investigación de «La ciudad como sistema de comunicación», encuadrándolo en el mismo marco teórico y temático general.

Ante todo, vuelven a compararse los efectos socioculturales y psíquicos del medio rural, representado por la forma de poblamiento disperso o semidisperso, y la forma de poblamiento concentrado, propia de la ciudad clásica o tradicional.

El poblamiento disperso o semidisperso dificulta las relaciones personales y perturba el desarrollo de la personalidad, al bloquear el desarrollo del pensar en razón de la escasez de encuentros personales, el aislamiento, la educación por imitación y la autosuficiencia del individuo; y, de ahí, el claro predominio del individuo impulsivo y activo sobre el reflexivo y racional. Aunque no sólo eso. La explotación, la opresión y la represión ejercidas con violencia por una clase sobre una población campesina obligan a ésta a tomar conciencia de sí misma, a sentirse como una “clase” oprimida, vejada y esclavizada; hacen brotar en sus individuos sentimientos de solidaridad que refuerzan su unidad; y, sobre todo, hacen que surjan *líderes* que, con una mayor claridad de pensamiento, iluminan las conciencias oprimidas de todos. Pero eso no puede ocurrir nunca en una población de pequeños campesinos “propietarios” de las parcelas que cultivan, aunque éstos estén al borde de morirse de hambre: falta la mano de hierro que estimule sus conciencias, les obligue a sentirse solidarios y los empuje a la unidad.

La ciudad constituye, en cambio, el marco ideal para el desarrollo de la comunicación y para la conformación y el enriquecimiento de la personalidad, en virtud del impulso de la alta frecuencia, fluidez y eficacia de las relaciones sociales significativas y del desarrollo consiguiente de la inteligencia y la libertad del individuo.⁸

«Como agrupación permanente de seres humanos, la ciudad tradicional o clásica -preelectrónica- (...) es el marco más adecuado y eficaz para el desarrollo de las relaciones humanas, personales, y para la configuración de las conciencias de los individuos. En ella todo está a favor de la reiteración y el afianzamiento de las relaciones personales, y, aún más, del perfeccionamiento de las mismas, puesto que favorece el desarrollo de las relaciones personales generales y la producción de relaciones por completo nuevas.»

En efecto. La ciudad es un entramado de nudos de comunicación. Todo es significativo en ella; más aún, comunicativo. Orienta a los hombres y les ayuda a fundamentar su personalidad. Pues, en tanto que en la aldea agrícola de subsistencia impera aún la naturaleza, en la ciudad domina la naturaleza transformada por el hombre en medio humano; y éste, en cuanto producto de la actividad del hombre, es coherente con la conducta y la conciencia humanas.

La ciudad fomenta el progreso de la cultura material y espiritual, con el progreso de la civilización. Porque, dado el número de sus moradores, se impone en ella la división del trabajo, que impulsa a su vez el desarrollo de la

⁸ Véase el Apéndice 5: «Forma de poblamiento, relaciones personales y formación de la personalidad: el caso de la ciudad».

especialización, fundamento del desarrollo cultural y de todo progreso humano. Aunque con un coste muy grave, al limitar la especialización las tendencias del individuo a hacerse una idea del sentido universal de las cosas, en aras de la eficacia.

Pero hay algo más y aún más oneroso. Porque, en virtud precisamente de sus éxitos, la especialización se transforma muy pronto en el núcleo de la empresa como institución. Ésta fuerza el progreso técnico hasta hacerse con el dominio de los mercados y los clientes, reimpulsando la especialización. Y de ahí también su monopolio de la recogida, ordenación y diferenciación de la información, con la recaída consiguiente del individuo en un aislamiento total e inconsciente, al ver en los medios electrónicos de comunicación y de entretenimiento de masas (radio, televisión y demás), una ventana “más directa de las cosas”, cuando son en realidad una ventana ficticia y aisladora.

De modo que la conclusión social y política es bien clara; hay que redescubrir la ciudad clásica como marco óptimo de las relaciones personales y remodelar la ciudad actual conforme a ese modelo.

Madrid, 18 de octubre de 2012

I. Socialización del hombre y disposición de la vivienda (En fase de realización; 1969)⁹

«Por lo demás, esa pobreza de las relaciones sociales significativas hace a los individuos muy vulnerables frente a la agresión física y espiritual, sobre todo, frente a esta última. La falta de relaciones sociales aumenta la insolidaridad; el aislamiento espacial es la base del aislamiento social e intelectual, y esto hace que las poblaciones dispersas o agrupadas en pequeños grupos sean fácilmente dominables.»

«Así se explica la supervivencia del feudalismo hasta tiempos muy recientes en aquellas regiones de nuestro país en que la población vive más dispersa: Galicia, zonas agrícolas de Asturias, Santander, Provincias Vascongadas, Navarra, norte de Cataluña y demás. La oposición radical entre las gentes de las ciudades de esas regiones (liberales y progresistas) y las de sus zonas rurales (fervorosa y ardientemente carlistas) sorprende a todo el que se enfrenta al estudio de nuestras guerras civiles de los siglos XIX y XX. Pero incluso este fenómeno, tan importante y que ha condicionado tanto el desarrollo sociocultural de nuestro país, ha carecido hasta ahora de explicación, cuando es vital encontrarla para reducir las fuertes tensiones que nos desgarran.»

Introducción

De la producción de bienes a la producción de hombres, como tarea básica preferente de la especie humana a lo largo de su historia

La *producción de bienes materiales* para el sostenimiento de la vida humana y la *producción de hombres* constituyen las dos tareas básicas, existenciales, con las que ha venido enfrentándose la humanidad desde sus orígenes. Hasta ahora, y en algunos países durante bastante tiempo, la ocupación fundamental de los hombres, y a la que han dedicado por tanto sus esfuerzos físicos e intelectuales, ha sido la producción de bienes materiales.

Esto no quiere decir que los hombres no prestaran atención desde un principio a la producción de nuevos hombres, tarea que constituye el rasgo diferenciador, casi diría definidor, de la especie humana. Pero esta otra ocupación se ha venido centrando sobre todo en la dimensión material de la producción de la vida humana: cuidados, alimentación, transmisión de los procesos de producción y demás. De modo que, mientras estas tareas se han ejecutado -y lo son aún- de modo consciente, la formación de la subjetividad (esto es, la producción de la conciencia de los individuos como una parte, esencial, de la producción de hombres) se dejó de lado en la práctica; un olvido, por otra parte, explicable por la simplicidad de la organización de la mayor parte de los grupos humanos y por la estrecha dependencia del individuo respecto del grupo en los mismos.

Ahora bien, la organización social de los grupos humanos se complejiza a medida que la técnica progresa y refuerza la interdependencia directa de los

⁹ Mecanoescrito; fechado en mayo de 1969, en Madrid, y proyectado a modo de introducción para un estudio posterior de su temática, en profundidad; corresponde a una conferencia en el Colegio Mayor San Juan Evangelista, de Madrid, en ese mismo mes de mayo. (*N. del E.*)

hombres respecto de la naturaleza, lo que facilita a su vez la independencia de los individuos en relación con los grupos, hasta el punto de dar la sensación de que el individuo puede prescindir de la sociedad. Aunque esto, que parece una paradoja sorprendente, no es en realidad otra cosa que un resultado del juego dialéctico entre individuo y sociedad: cuanto más primitiva es la técnica de producción, mayor es la dependencia del individuo respecto del grupo social y más pobre la subjetividad; y, al contrario, cuanto más avanzada es la técnica, más compleja es la organización social, menor la dependencia del individuo respecto del grupo y más rica, necesariamente, la subjetividad.

En esta última situación es cuando se produce un cambio en la preocupación y en la actividad total de los hombres: la producción de la vida material, que había sido su actividad predominante, comienza a ceder terreno a la actividad productora de hombres, que sufre por lo demás un cambio cualitativo importante. Porque el progreso técnico, al ofrecer a los hombres una seguridad en la producción de los bienes materiales sin precedentes,¹⁰ conlleva una complejidad enorme de las relaciones sociales y de la organización social que exige, por lo mismo, un enriquecimiento y una complejidad correlativos de la subjetividad de los individuos para que éstos puedan vivir dentro de los grupos sociales y pasar a constituir la base del ulterior desarrollo de la sociedad. Los individuos no pueden adaptarse a la complejización creciente de la técnica productiva y de la organización social si su subjetividad no es de alguna manera un trasunto suyo (un reflejo de las mismas), y la intensificación de las relaciones sociales fuerza de por sí ese desenvolvimiento de la subjetividad (mejor aún, lo produce).

Como se habrá podido observar, hasta ahora me he movido en tres planos fundamentales: la producción de bienes materiales, la producción de hombres y la producción de la subjetividad o conciencia. El objeto de este análisis son, en realidad, solo los dos últimos, y, para entenderlos, hay que considerarlos en su interacción.

A. La creación del medio humano

Al carecer de reflejos incondicionados, el *homo sapiens* pudo crear el medio humano para proteger a las crías hasta su integración en el trabajo

Los hombres producen bienes materiales al actuar sobre la naturaleza, en el trabajo. Buscan en la naturaleza su sustento, como todos los animales. Pero, al hacerlo, modifican, transforman, determinados espacios naturales, porciones de la naturaleza, para acomodarlos, en perfeccionamiento constante, a las necesidades que plantea la reproducción de los hombres; crean con su trabajo el *medio humano*.

Éste es el rasgo en verdad diferenciador, definidor, de la especie humana: la creación y el continuo perfeccionamiento de un *medio especial* en la naturaleza para facilitar la reproducción de los hombres y para protegerse contra las agresiones y los elementos externos. De ahí su importancia trascendental en el devenir del hombre, en su humanización, a lo largo de la historia.

¹⁰ De hecho, en los países más adelantados ha desaparecido el temor milenario al hambre y a las epidemias, incrustado hasta ahora en lo más íntimo de la subjetividad humana.

Por lo mismo, y aunque sin entrar en pormenores, habría que decir algo sobre las exigencias impuestas al hombre por la creación del *medio humano*.

Es bien sabido que la especie *homo sapiens* es probablemente la última que apareció en la biosfera y que lo hizo, por tanto, en medio de otras muchas especies, con la complicación consiguiente de su hábitat. Pero, cuando una especie aparece tardíamente en un hábitat ya muy complejo, no puede responder a los numerosos y diversos estímulos de su propio medio con unas respuestas prefijadas en el sistema nervioso de los individuos que la constituyen mediante la herencia; tiene que estar libre de respuestas incondicionadas y poseer la plasticidad necesaria para configurar series de respuestas que se refuerzan con el uso y se desvanecen con la falta del mismo. De hecho, las criaturas del *homo sapiens* aparecieron desde un principio -y aparecen también hoy- prácticamente desprovistas de respuestas innatas, a diferencia de lo que sucede, por ejemplo, en algunas especies de aves o de reptiles, cuyas crías están insertas en el medio de la especie desde que nacen, y saben responder adecuadamente a los estímulos del medio so pena de perecer.

Nacer sin respuestas para hacer frente a los estímulos del medio significa hallarse en un estado de indefensión e invalidez total, como vemos a diario que ocurre con las criaturas de nuestra especie. Pero ese hecho, para nosotros familiar, de que los niños nazcan en un estado de indefensión y de invalidez total forzó en sus orígenes a la especie a crear un medio especial para arropar y proteger a sus nuevos miembros; un medio que encarna la historia entera de la humanidad y en el que se materializan todos los hallazgos logrados por los hombres, al extenderse desde los brazos de los adultos, donde nuestros remotos antepasados protegían a sus criaturas, hasta los hogares electrificados de las modernas megalópolis.

He aquí una nueva e importante paradoja, que no es sino un nuevo juego dialéctico. Los hombres han creado el *medio humano* (instituciones sociales, vestidos, muebles, edificios, aldeas, pueblos, ciudades, etc.) para proteger y arropar a sus criaturas en su indefensión e invalidez; y ese estado se prolonga durante muchos años, entre 15 y 20 (y en nuestra sociedad más aún), hasta que, ya adultos, los individuos se hallan en condiciones de valerse por sí mismos e insertarse en la actividad productiva. Los niños y adolescentes no tienen prácticamente acceso a la producción de los bienes materiales (que constituye la verdadera relación de la especie humana con la naturaleza, y tiene lugar en estrecho contacto con ésta, como una prolongación necesaria del medio humano), aunque ése es su verdadero destino.

La producción de hombres, un trabajo adicional de algunos hombres, no todos, en beneficio de toda la humanidad: del esclavo y el siervo al obrero

Ahora estamos ya en condiciones de empezar a entender la complejidad del proceso de producción de los hombres y de la creación de la subjetividad. La producción de hombres no se limita a la procreación de niños, a alimentarlos y cuidarlos hasta que sean adultos. En realidad, consiste en *reproducir la fuerza de trabajo*, tarea esencial e importantísima en todas las sociedades históricas; y esto implica una serie de procesos sociales: engendrar niños; alimentarlos y cuidarlos; “adaptarlos” al grupo social, encajarlos en éste; y transmitirles las técnicas de producción necesarias para poder convertirse en verdadera fuerza

de trabajo e insertarse en el momento oportuno en la actividad productiva social. Lo curioso de estos procesos es que todos ellos se cumplen en esa especie de campana de cristal que es el medio humano, en ausencia del medio real de la especie, y en el que tendrán que desenvolverse, al lado de sus mayores, al llegar a adultos.

No hay que meditar mucho para caer en la cuenta del enorme esfuerzo suplementario que se imponen los hombres adultos en la reproducción de hombres o de la fuerza de trabajo, pero conviene hacerse alguna idea al respecto para poder entender algunos aspectos importantes de la crisis juvenil e intelectual, hoy en desarrollo.

La reproducción de la fuerza de trabajo exige de los hombres una serie de tareas: una producción adicional de alimentos proporcional al número de hijos; alimentarlos, limpiarlos, vestirlos, preservarlos de las inclemencias atmosféricas y de las agresiones externas de todo tipo mediante una vigilancia directa y constante; inculcarles las normas y costumbres del grupo social para que puedan adaptarse al mismo sin graves perturbaciones; transmitirles la técnicas de producción mediante instrucciones verbales y con el propio ejemplo en la ejecución de las tareas, vigilándolos de modo constante para corregir los errores; etcétera. Todo lo cual implica un trabajo adicional enorme, que algunos hombres, no todos, han realizado en el curso de la historia en beneficio de la sociedad entera y de la humanidad.

La reproducción de la fuerza de trabajo planteó además problemas y exigencias específicos a cada tipo de sociedad humana.

En la sociedad esclavista fue un problema gravísimo: los esclavos no se reproducían, no constituían familias (no se les permitía), por lo que era necesario hacer la guerra o ir a los mercados a adquirirlos para obtenerlos, y, aun así, la disponibilidad de mano de obra fue siempre muy incierta.

El feudalismo resolvió ese problema con gran ventaja: el siervo tenía que formar una familia; para ello, se le permitía construirse una vivienda miserable sobre el lote de tierra que tenía que trabajar para alimentarse él y su familia, en los ratos libres que le dejaba el trabajo en las tierras del señor; y, cuando se moría, dejaba hijos que lo sustituían.¹¹

En cuanto al mundo moderno, en éste el obrero puede casarse, tener hijos y trabajar duramente para criarlos, sacrificarse, hasta ser sustituido por uno de sus hijos, joven, fuerte y sano cuando ya no sirva para trabajar o disminuya su rendimiento, reiniciándose así el ciclo.

Con todo esto se ha querido destacar el enorme esfuerzo humano que implica la reproducción de los hombres, probablemente tanto como la misma producción de bienes naturales. Pero, para entrar de lleno en mi tema, habría que aclarar además los otros dos procesos que implica la producción de hombres; a saber: la adaptación de los individuos al grupo social y la transmisión de las técnicas de producción. Pues de nada serviría criar individuos dotados de un saber hacer si fueran incoherentes con el grupo social en el que tienen que desarrollar su vida, convivir, vivir con los demás; y tampoco podrían convivir si no fueran capaces de cumplir una función, esto es,

¹¹ Es bien significativo que en León y en Castilla se llamara *familias de criazón* a estas familias.

de insertarse a través de un saber hacer en la producción social. Esos dos procesos son los que hacen de un individuo biológico un miembro útil de la sociedad.

B. El proceso de socialización

Configuración y desarrollo de la subjetividad en función de la adaptación al grupo, la comunicación verbal y el aprendizaje de la técnica

Podemos denominar socialización al proceso *social* (esto es, cumplido por un número amplio de personas) a través del cual los niños se convierten en miembros útiles y eficaces del grupo. En realidad, se trata de una acción de todos los miembros adultos sobre los niños y los jóvenes, preferentemente, pero también de unos adultos sobre otros. De ese modo, los individuos van adquiriendo, asimilando, las técnicas de producción y configurando en sí mismos el sistema de respuestas a los estímulos del medio aceptado por el grupo de convivencia, esto es, la propia subjetividad o conciencia.

La socialización es, pues, una actividad social importante, aunque en el pasado se ha producido de una manera fundamentalmente inconsciente. Tardó muchísimo en convertirse en una actividad especializada (aun cuando existiesen brotes de la misma bajo la forma de educación) pese a tener tantas repercusiones para el futuro de los individuos. Es más, hoy mismo casi persiste la misma situación, aunque podemos distinguir en el proceso de socialización una actividad difusa, la acción de la convivencia, y una actividad especializada, la educación (la enseñanza).

Parece necesario recordar aquí que el niño, desde que comienza a hablar, empieza a asimilar respuestas, o sustitutos de respuestas, para los estímulos que inciden sobre él o que lo harán en el futuro. Gran parte de ese primer aprendizaje consiste en respuestas negativas, en inhibir toda respuesta espontánea frente a los estímulos del medio. Esto es muy importante, porque significa que el individuo ha conseguido dominar sus respuestas primarias (somáticas o de tipo ancestral animal), algo imprescindible para poder comenzar a crear una esfera propia, íntima, aunque ésta se construye con las respuestas más frecuentes, aceptadas y preferidas por los mayores del grupo. El individuo desarrolla su subjetividad, su conciencia (el sistema de respuestas, o de no respuestas, a los estímulos del medio) a la sombra del vacío dejado por esa cadena de inhibiciones, de respuestas no aceptadas, mal vistas.

Ese sistema de respuestas hace posible que cada miembro del grupo pueda prever la respuesta que aflorará en una situación determinada; no es otra cosa por lo general que el conjunto de preferencias más frecuentes de los miembros del grupo, expresadas en el lenguaje, en gestos, maneras, etc.; y en cada individuo está condicionado por su convivencia social, por el conjunto de sus relaciones con otros miembros del grupo. Aunque, si es cierto (como sin duda lo es) que cada individuo es al nacer como una *tabla rasa* y que su subjetividad tiene que ir ganando con la experiencia, hay que reconocer que ésta es siempre muy pobre en relación con la riqueza inagotable del ambiente natural de la especie. Es más: si la subjetividad de un individuo dependiera del aporte individual de experiencia, nunca llegaría a adulto porque no podría sobrevivir frente a las agresiones del medio.

El niño no está abierto a los estímulos del ambiente natural; al contrario: está más bien protegido contra ellos. Un niño se encuentra desde que nace en un medio dominado por estímulos verbales que ejercen una acción tal que le condicionan por completo de un modo absolutamente determinante. Por eso, no organiza su subjetividad con su propia experiencia sino a base de estímulos verbales, de palabras enunciadas por los que le rodean y que sirven de vehículo a la experiencia de las generaciones pasadas recreada por los vivientes del grupo. Asimila una experiencia depurada, decantada -la inmensa riqueza de experiencia de las generaciones pasadas recreada por las vivas-, que tiene que aprender a traducir del lenguaje valiéndose de la relación de éste con su propia experiencia real.

Se da, pues, la paradoja de que el niño, sin una experiencia directa, percibe palabras que tiene que aprender a revivir como si se tratara de experiencia realmente suya. Así, cuando aprende a través del lenguaje que determinada fruta es venenosa, o que el tigre o el león representan un peligro mortal, tiene que comportarse como si lo supiera por experiencia propia, pues de lo contrario dejaría de tener experiencia, ya que perecería.

El lenguaje tiene, por tanto, una importancia capital en el proceso de socialización, aunque no por sí mismo sino por su función comunicativa. De hecho, en las sociedades prealfabéticas o en la sociedad agrícola tradicional (dominante todavía por cierto en gran parte del mundo), la lengua sólo existe en su función real de comunicación, por lo demás muy limitada, ya que se reduce a cuando una persona le habla a un individuo, o a cuando otras personas hablan a una distancia tal que se les puede oír y entender; y esa limitación de la frecuencia de los estímulos verbales -de la percepción real de palabras en un contexto significativo- constituye un obstáculo muy grave, insuperable, para el desarrollo de la subjetividad.

En una aldea campesina, por ejemplo, las posibilidades de un individuo para enriquecer su subjetividad mediante intercambios verbales, en conversaciones con otras personas, son muy pocas, muy limitadas. Dependen de la frecuencia de los encuentros con otras personas con hábitos y preocupaciones comunes, que permitan establecer una conversación comprensible y esclarecedora. Esto era (y es) así por la total carencia de registros escritos o sonoros de conversaciones o de monólogos (de exposiciones) que pudieran tener sentido para el individuo por engarzar con su subjetividad y enriquecerla, como sucede hoy con los libros y con otros medios de comunicación.

La configuración y enriquecimiento de la subjetividad humana dependen necesariamente de las relaciones que el individuo mantiene con otros en razón de su comunidad de hábitos, de costumbres, y en general de cultura. El hombre forja su personalidad -su subjetividad (el mundo de preocupaciones propio)- en la interacción con otros hombres, en el trato significativo con ellos; engarza con la subjetividad de los otros mediante ese trato, de manera que la experiencia ganada por cada uno se comunique a los demás y la hagan propia, la fundan con su propia intimidad, convirtiéndola así en guía para la acción futura.

Ese enriquecimiento mutuo de los individuos no depende solo de la frecuencia y la variedad de sus interacciones sino también de la comunidad de

preocupaciones, que empuja a cada uno a buscar en otros ayuda para solucionar los propios problemas: la conversación al nivel superficial de la "buena educación" -la cháchara social en torno al tiempo y demás- no contribuye en nada al desarrollo de la subjetividad. Cuando un individuo se enfrenta con dificultades fuerza su memoria para hallar la información adecuada, o la busca con afán en los otros; y es justamente en esos casos cuando el hombre es más receptivo y cuando la información recibida se integra con más rapidez con la base previa existente.¹²

Este condicionamiento del conocimiento (la información) respecto a las preocupaciones o dificultades del individuo deriva de la propia función del mismo: servir de guía a la acción humana.¹³ Insisto en especial sobre esa búsqueda anhelante de conocimiento (de información) cuando el hombre se enfrenta con dificultades, porque es extraordinariamente reveladora para el esclarecimiento de nuestro problema. Pues si, ante una dificultad, el individuo no encuentra una respuesta adecuada (esto es, no dispone de la orientación para la acción que le lleve a superarla), entonces busca esa orientación en los otros y, en cuanto la utiliza para conducir su actividad, se la apropia, la integra, la asimila y convierte en parte inseparable e indistinguible de su sistema organizado de respuestas (de su subjetividad, en otros términos).

La subjetividad es lo más íntimo, lo más propio, ese ámbito inaccesible e inabordable que posee cada individuo; es lo que los filósofos llaman el yo, la mismidad, que se manifiesta a través de y como soporte y estructura de todas las acciones de cada hombre. Pero esa subjetividad tan íntima está constituida por elementos que nos han llegado de fuera; la construimos con materiales que no hemos elaborado nosotros, con experiencias de otros hombres decantadas en palabras o en oraciones, y, lo que es más sorprendente, con experiencias elaboradas por hombres que han desaparecido hace, quizás, miles de años.

Cada hombre construye su subjetividad con elementos elaborados socialmente. La subjetividad de cada hombre se constituye conforme se interioriza la transformación de la naturaleza por los hombres organizados socialmente, esto es, la cultura del grupo social en general. Lo subjetivo es una interiorización de lo objetivo; una interiorización de la experiencia social y de su organización. Pero la experiencia social y su organización no son otra cosa que la experiencia ganada por los hombres al transformar la naturaleza para producir los bienes materiales y para construir el medio humano, experiencia que se decanta en el lenguaje, en las herramientas y en las organizaciones sociales y en los usos y costumbres sociales, en la etiqueta, etc.

¹² Esta situación se da con frecuencia en el nivel científico; y todos hemos tenido ocasión de experimentar la sensación de la búsqueda afanosa de un conocimiento o información al enfrentarnos con una dificultad en el trabajo, o con un examen que nos exija elaborar una exposición orgánica acerca de un determinado tema.

¹³ Esto equivale a decir, bajo otro aspecto, que la subjetividad o la conciencia es el conjunto organizado de respuestas de que dispone el individuo frente a los estímulos del medio. Descubrir las relaciones que existen entre la subjetividad (o conciencia) -el sistema orgánico de respuestas-, el conocimiento como guía para la acción y la búsqueda afanosa o anhelante de conocimiento cuando nos acucia alguna preocupación o nos encontramos ante alguna dificultad, tiene una importancia excepcional para la comprensión del hombre, para entender el proceso de formación de la personalidad (el proceso de socialización).

La subjetividad humana se ha ido ensanchando de modo paulatino conforme aumentaba el dominio del hombre sobre la naturaleza, del que aquélla es un verdadero reflejo viviente. Como trasunto o reflejo del dominio del hombre sobre la naturaleza -del *medio humano*- la subjetividad constituye una especie de esquema, un plano de la realidad, que le sirve a cada hombre para encuadrar su actividad, para conducirla y para dotarla de sentido. La subjetividad está construida sobre lo exterior objetivo, lo que es condición indispensable para que pueda cumplir su función de guía de la actividad de los individuos. Pero lo exterior objetivo que se interioriza no es algo abstracto, no es lo exterior simplemente; es lo exterior que ha modificado el hombre con su acción, transmutándolo en experiencia en el curso de esa misma acción.¹⁴

Tal es la base y fundamento de la objetividad de nuestra subjetividad, al asegurar la justa correlación entre lo subjetivo (nuestra conciencia) y lo objetivo (nuestro mundo real exterior). Nuestra subjetividad no podría dirigir, presidir, nuestra conducta si ella misma no fuese un reflejo (un a modo de representación) de la realidad exterior en la que se desenvuelven y hacen su vida los hombres del grupo social. La primera condición que debe reunir el plano de una ciudad o de una región para orientarnos con acierto es que responda a la realidad; que la refleje, aunque sólo sea en un lenguaje de signos convencionales. De igual mismo modo, la primera condición de la subjetividad es que ésta sea una orientación de lo real exterior donde ha de producirse nuestra actividad de hombres, en el marco de la organización social.

Ahora pueden extraerse algunas conclusiones, que nos serán muy valiosas para proseguir en este análisis de la socialización del individuo.

En cuanto nuestra subjetividad se construye a base de experiencia que no tiene otro origen que la actividad humana (sobre todo, el trabajo cumplido por los hombres pasados y presentes en la transformación del medio para adecuarlo a las necesidades y al bienestar de todos los individuos), refleja por necesidad la amplitud y profundidad del dominio sobre la naturaleza alcanzado por el grupo social, y, por consiguiente, también, el desarrollo del *medio humano*, su complejidad y su riqueza. Existe, pues, una estrecha identidad entre la realidad sociocultural (el medio humano) y la conciencia.

Todo esto lleva a plantearse la cuestión de cómo recibe el individuo (cada uno de nosotros) la experiencia elaborada por los hombres en el trabajo de transformar la naturaleza y crear el medio humano.

Desde luego, la forma más viva es la comunicación verbal directa entre los hombres: nadie puede comunicar la experiencia mejor que quienes la recogen y elaboran. Pero esa relación no siempre es posible: los muertos no pueden comunicarse con los vivos de ese modo; y los vivos, cuando son muy numerosos o están dispersos, tampoco pueden hacerlo, o al menos no con bastante frecuencia. Ahora bien, la humanidad ha buscado soluciones adecuadas y eficaces para posibilitarla; ha creado cadenas de transmisión para

¹⁴ Lo que se subjetiva, lo que se interioriza, es la experiencia; pero ésta no es otra cosa que la huella que deja la actividad humana en todo el ser del hombre, en su sistema nervioso, mediante la conjunción de las percepciones de los órganos analizadores externos (que nos suministran imágenes superficiales de lo real concreto) y de las de los analizadores internos (que nos proporcionan la imagen coordinada por nuestros movimientos musculares, que nos refleja la resistencia que lo real opone a su transformación por nuestro trabajo).

comunicar las tradiciones generales del grupo (o el relato de sus grandes acontecimientos que pasan de generación en generación), encarnándolas en los ancianos, que se las han incorporado así junto con las aspiraciones de todos.

De hecho, en los pueblos primitivos y en las sociedades agrarias, los ancianos representan la experiencia viviente del grupo social; y, por lo mismo, tienen la obligación y la autoridad para transmitirlos: son los maestros especializados de los jóvenes. Aunque la transmisión de las técnicas, cuya importancia es transcendental, tiene otro curso: unas, las públicas, se transmiten sin ningún aparato especial, mediante instrucciones orales (con frecuencia en forma de refranes verbales, para retenerlas mejor) y con el ejemplo activo, al trabajar los jóvenes al lado de los mayores; y otras, las técnicas secretas de los oficios, pasan de padres a hijos, o del maestro al discípulo predilecto, reforzándose su secreto con juramentos y con amenazas terribles.

Retraso histórico-cultural del desarrollo de la personalidad humana por la organización clasista, racista y dogmática de la sociedad: el caso español

Ahora bien, en el pasado como en el presente, los deseos de comunicación de los hombres se ven con frecuencia obstaculizados, no ya por la distancia física sino por obstáculos de orden social (entre los hay que destacar las diferencias de clase, religiosas, raciales y políticas) difíciles de superar, por lo que han jugado un papel aislador, e inhibidor de la comunicación, que ha dificultado, empobrecido y retardado el desarrollo de la subjetividad, de la personalidad humana.

En nuestro país, desde luego, eso ha sido así en distintas épocas. En la edad media, en concreto, las diferencias de religión, de raza y de clase constituían barreras gravísimas, manifiestas en la difícil convivencia entre moros (berberiscos o magrebinos, sirios, etc.), hispano-germanos y judíos. Las diferencias de raza y de religión eran patentes, pero fue la de religión (musulmanes, cristianos y judíos) la que pasó a primer plano, al beneficiarse con su exaltación determinados grupos sociales.¹⁵

Debido a la solución histórica que se dio a los conflictos religiosos en nuestro país, las diferencias de religión desaparecieron a partir de determinado momento histórico, con el ascenso consiguiente de las desigualdades sociales y las políticas. Ahora bien, como las más rígidas de éstas son las diferencias de clase (al cimentarse en la "sangre", el linaje, la riqueza y el prestigio social), se sobrepusieron a cualesquiera otras y, sobre todo, a las políticas, cuyo desarrollo fue muy limitado justamente por la rigidez y el predominio de las barreras de clase. Y esto, hasta tal punto, que dichas barreras se convirtieron en verdaderos factores de incomunicación y de aislamiento de los hombres y de los grupos sociales.

Esto último merece un análisis más detenido.

¹⁵ La comprensión de este fenómeno es capital para explicar la evolución de la sociedad española y para entender el predominio del factor religioso en nuestra vida social y política.

La existencia de una poderosa minoría, dueña casi en exclusiva de los medios básicos de producción, crea, por una parte, un amplio cortejo de turiferarios, aduladores y serviles en torno a ella, mientras provoca, por otra parte, la constitución de una amplia clase de labradores semilibres (siervos o colonos), sobre quienes pesa la producción de los bienes básicos e indispensables para la subsistencia de todos y de cada uno.¹⁶

Las relaciones de la clase dominante con todas las demás clases de la sociedad son relaciones de señor a siervo, o de amo a doméstico; esto es, de absoluta subordinación, de dominio total, ya que no cabe ningún tipo de resistencia. Los señores exigen, imponen, y a los demás sólo les cabe obedecer y decir amén. Sus deseos son órdenes y leyes para todos los demás. De ahí nace una sumisión, espiritual y corporal, total; como los señores son fuente de todo bien (de todo beneficio) y de todo mal (de toda desgracia), todos aquellos que están cerca y tienen comunicación directa con ellos se ven arrastrados a captar su benevolencia y a tenerlos propicios, lo que sólo consiguen mediante la alabanza, la lisonja y la adulación.

Como poseedores de los medios de producción y detentadores del poder económico, social y político, los señores tienen que tomar decisiones respecto a las cuestiones que se les plantean, y para ello necesitan información. Pero ellos no tienen un conocimiento directo de la realidad, porque las clases dominadas, y sobre todo el cortejo que los rodea, se interponen entre los señores y la realidad; además, la información que estos últimos reciben les llega deformada por el deseo de los paniaguados de captar su benevolencia y su voluntad mediante la lisonja y la adulación. Al no estar construida sobre la experiencia conseguida en el trabajo, que es la fuente básica de toda experiencia, la subjetividad de los señores es, pues, deformada, falsa. Y, en cuanto a sus allegados más próximos y demás domésticos y servidores, acaban por creer en sus propios engaños a fuerza de mentir por la práctica de la lisonja y la adulación, pues para todos ellos la verdadera realidad no es la acción de los hombres sobre la naturaleza (el trabajo) sino aquello que es la fuente de todo bien; a saber, la voluntad del señor.

No hay mayor deformación de la subjetividad que la que sufre el paniaguado. Cualquier paniaguado sabe que la perfección relativa con que cumpla su función influye muy poco en su bienestar, en la mejora de su existencia, y que éstos dependen ante todo de un acto de la voluntad de su señor; por eso desatiende su función mientras se vuelve en cambio hacia el señor, el amo, e intenta satisfacer sus mejores deseos. Para el paniaguado, pues, la realidad no es el mundo material, la naturaleza, sino una persona, ya en sí misma deformada, un producto social.

Este tipo de relaciones sociales es muy fuerte y persistente, afecta a masas muy grandes de gentes, y ha dominado durante miles de años y continuará haciéndolo aún. En nuestro país son omnipresentes: se dan en las empresas, en las instituciones y cuerpos públicos, en la agricultura, etc., y en todo lugar donde haya un jefe arbitrario, un amo deformado por la lisonja y la adulación. Su predominio constituye un grave obstáculo para el desarrollo económico y social de nuestro pueblo, porque impide el nacimiento y el

¹⁶ Los artesanos, al menos en nuestro país y en nuestras condiciones de atraso, trabajan prácticamente sólo para la comodidad o el bienestar de la clase dominante y sus turiferarios.

establecimiento de las relaciones sociales verdaderamente burguesas, que son una base necesaria para el progreso económico capitalista. Los directores de empresa necesitan una información objetiva, fidedigna, de la realidad social (el mercado, los proveedores, los trabajadores, las entidades de crédito, etc.); y esa información, por fuerza muy abstracta, tiene que ser muy verdadera y muy exacta, para permitir al director tomar decisiones precisas y ajustadas a un plan.

C. La disposición espacial de la vivienda y su influencia en la formación de la subjetividad¹⁷

Las relaciones significativas, base de la construcción de la subjetividad en la infancia y la adolescencia, y de su desarrollo posterior en la adultez

La clave del origen y el desarrollo de la subjetividad es la relación del individuo con otras personas; a mayor número de personas con las que se sostiene una comunicación directa, mayor riqueza de la subjetividad.

Esto último es fácil de ver. Si un individuo se desarrolla en contacto con un número reducido de personas (la familia biológica -los padres-, por ejemplo), su subjetividad estará condicionada por la concepción de la realidad de esas pocas personas. Pero si crece en relación con un número mayor de adultos, su subjetividad se desarrollará bajo la influencia de más puntos de vista, que entrarán en conflictos unos con otros, depurándose en esa interacción, con lo que el individuo construirá su propia concepción de la realidad con una aportación de experiencia más amplia.

Merece la pena insistir en ello. Si la subjetividad se construye sobre la base de la relación directa con dos personas, es como si el individuo solo se dispusiera de dos puntos de vista para considerar la riqueza inmensa de la realidad, con la pobreza de ideas o de pensamientos consiguiente. En cambio, cuando uno se desarrolla en comunicación directa con un gran número de personas es como si contara con un número equivalente de maneras de ver para considerar la inmensa riqueza de aspectos de la realidad; en tales condiciones, adquirirá un cierto sentido de la relatividad de los puntos de vista y de toda experiencia en general, y una mayor riqueza de ideas o de pensamientos, por lo que el esquema de realidad que constituirá su subjetividad reflejará con mayor exactitud y riqueza de detalles la realidad exterior en la que habrá de discurrir su vida.

La infancia (la niñez) y la adolescencia son las fases de la vida del individuo en las que éste posee mayor plasticidad para el inicio y el desarrollo de la subjetividad. Ésta se constituye y organiza precisamente en esa etapa, forjando así la estructura básica de la subjetividad, que condicionará su desarrollo posterior. Por eso, toda sociedad aprovecha justamente esa etapa de la vida para someter a los niños y adolescentes a una formación especializada.

En las sociedades primitivas son todos los mayores del grupo, y los ancianos en especial, quienes cumplen con gran empeño y rotundidad la tarea de transmisión de conocimientos y de orientación de las subjetividades en

¹⁷ Hay otra versión de este epígrafe, tardía, superpuesta a mano y con una letra que no es la del autor: *Contribución de la vivienda a la forma de convivencia y a la formación de la personalidad. (N. del E.).*

formación.¹⁸ La sociedad dividida en clases aprovecha además esa misma etapa para modelar la subjetividad de los jóvenes miembros de la clase superior conforme a los intereses de ésta y para transmitirles la experiencia obtenida en la actividad especializada de esa misma clase superior (que constituye por cierto su experiencia básica). Pero en las sociedades industriales modernas, las exigencias de la industria en mano de obra especializada obligan a extender la formación especializada (la enseñanza) a capas cada vez más amplias de la población; con esa enseñanza (o educación, en términos más generales) se transmiten los fundamentos más generales de las ciencias, que constituyen la base de las técnicas industriales, pero se aprovecha también la ocasión para orientar la subjetividad de los nuevos miembros de la sociedad en un sentido favorable a los intereses de la clase dominante.

Ahora bien, aun cuando la infancia y la adolescencia es la etapa más apropiada para la formación de la subjetividad (es más, se caracteriza precisamente por ello), la necesidad de la relación con los demás no desaparece hasta la muerte del individuo. Éste tiene una necesidad absoluta de los contactos con otras personas para organizarse y desarrollarse; y, para conservarse en equilibrio, estable, le es también indispensable la comunicación con otras personas (de hecho, ésta última constituye su herencia).

El hombre precisa de la comunicación con los otros para superar todas las dificultades con las que tropieza. En los países más adelantados, al menos, no es posible que el individuo cuente con las respuestas adecuadas para todos los estímulos del medio sin el recurso a la experiencia colectiva general, que está disponible en múltiples formas y por diversos cauces, pero sobre todo, en forma viva y accesible, en los demás. Y, en los momentos de agresión física y/o espiritual, la necesidad angustiada de comunicación con otros es algo general.

Se ha hecho ya alusión a la agresión espiritual como una de las formas de la violencia de clase. La agresión espiritual se encubrió en el pasado, y se encubre todavía hoy en las zonas más atrasadas de todos los países, bajo las distintas y varias formas de la superstición, incluidos diversos aspectos de las religiones.¹⁹ Pero en las sociedades modernas se da el mismo tipo de agresión espiritual, de múltiples modos: determinadas formas de propaganda política y comercial; ciertas prácticas religiosas que subyugan y aterrizan a los individuos (hoy ampliamente condenadas); amenazas de guerra y revueltas; rumores de crisis económica y paro; restricciones del crédito y reducción de las actividades productivas; crisis por exceso de producción; muertes de personas queridas; enfermedades y accidentes; etcétera.

La intensidad del impacto de estas formas de agresión espiritual es muy distinta en el individuo aislado, con escasa o nula relación con otros, y en el que se encuentra en comunicación directa con otras personas. El primero girará de modo constante en el círculo de la idea agresiva, viéndola siempre bajo el mismo aspecto, hasta caer en la neurosis, por la imposibilidad de contrastar la idea o la imagen agresiva con la realidad; y el segundo, en

¹⁸ Hasta cierto punto, sucede lo mismo en las sociedades agrícolas tradicionales de los países atrasados.

¹⁹ Lucrecio escribió, en la antigüedad, su admirable libro *Sobre la naturaleza de las cosas* contra tales formas de agresión espiritual.

cambio, buscará el juicio de otras personas sobre esa misma idea agresiva, encontrándose con que, en tanto que unos tienden a acentuar la gravedad de la agresión, otros se esfuerzan en destruirla mediante su desenmascaramiento crítico.

Ahora bien, las relaciones que contribuyen a modelar la subjetividad, y a desarrollarla, enriquecerla y sostenerla, son solamente aquellas que tienen un significado para el individuo porque se intercalan en sus preocupaciones. Los simples saludos o meros encuentros físicos entre los individuos no influyen en absoluto en la misma. Las que lo hacen son las relaciones significativas: esto es, los encuentros y comunicaciones en las que se nos presta atención y nosotros se la prestamos a nuestros interlocutores.

Nuestra subjetividad se construye, pues, sobre la base de las relaciones sociales significativas; es más, la descubrimos, sabemos de nosotros, a través de las reacciones de nuestros interlocutores. El individuo aislado se desconoce; no se ha revelado a sí mismo, carece de seguridad, de confianza, en sí mismo. Sólo cuando los demás confían en nosotros, y nos aprecian y nos demuestran ese aprecio, descubrimos nuestro verdadero valor y adquirimos confianza en nosotros mismos.

La disposición de la vivienda, factor objetivo más determinante de las relaciones significativas; distinción de 4 tipos básicos en el caso español

En adelante denominaré *forma* de convivencia al conjunto de las relaciones significativas y las condiciones determinantes o factores objetivos que las determinan: la disposición de la vivienda en relación con otras, el tipo de trabajo, la clase social, el empleo del tiempo libre (deportes, aficiones especializadas -música, cine, literatura, etc.-, diversiones), etcétera. Ahora bien, de todos esos factores, el más importante (y el que más condiciona al resto) es la vivienda: al menos por ahora, la mayoría de la población pasa la mayor parte del tiempo en la vivienda y ésta influye más en la convivencia, especialmente en los casos de las mujeres, los niños y los jóvenes.

Teniendo en cuenta el carácter de la vivienda como factor objetivo más determinante de las relaciones sociales significativas (y prescindiendo de la importancia que habría de concederse al trabajo, para simplificar), puede realizarse un análisis comparativo de las distintas formas de convivencia atendiendo tan sólo a la disposición espacial de la vivienda en relación con las demás condiciones que las determinan.

En nuestro país se podrían distinguir numerosas formas de convivencia atendiendo a la disposición de la vivienda, pero, a fin de evitar engorrosas discusiones y caracterizaciones minuciosas, pueden reducirse aquí a cuatro formas principales:²⁰ la urbana clásica; la aldeana o lugareña (pueblerina); la del caserío; y la cosmopolita.²¹

²⁰ Presiento que esta distribución en cuatro clases es bastante completa y que todas las formas existentes podrían reducirse a ella, a excepción de la distribución de la vivienda en las modernas megalópolis norteamericanas, en las que las viviendas, unifamiliares con jardín, se alienan a lo largo de kilómetros y más kilómetros de calles, más bien, carreteras y autopistas.

²¹ Para prevenir posibles críticas y discusiones bizantinas, quisiera hacer observar que éste es el primer intento de relacionar la disposición de la vivienda con el desarrollo y enriquecimiento de la personalidad; pido, pues, benevolencia para cualquier inconsecuencia o defecto de argumentación.

Identificando un poco abusivamente forma de convivencia con el tipo de disposición espacial de la vivienda, llamo *forma urbana clásica* a aquellas agrupaciones de viviendas con las siguientes características: dominio de los edificios de una o dos plantas; obediencia a un ordenamiento urbano determinado por calles, relativamente cuidadas; limitación de unos edificios con otros, sin empleo del suelo para otros fines, como huertas familiares, prados y demás; salidas más fáciles y frecuentes a la calle, de manera que las puertas de salida quedan muy próximas unas de otras; y trabajo de los hombres fuera de la población, en el campo (fábricas) o en las afueras.²²

La mayor parte de los pueblos del sur de España y la gran mayoría de las pequeñas ciudades provincianas pertenecen a este tipo de disposición espacial de la vivienda, aun cuando el número de habitantes -que influye mucho en la forma de convivencia (sobre todo, hasta llegar a los 6 u 8.000)- oscila también bastante: desde unos 1.000 (como Cristina o Guareña, en Badajoz) a 30 ó 40.000, como Don Benito, Mérida y otros grandes pueblos de Sevilla, Cádiz, Córdoba y otras provincias.

El *tipo aldeano o lugareño* se caracteriza por un alto grado de dispersión de las viviendas, pues cada "casa" (lo que es lo mismo que decir cada familia) se compone principalmente del portal, las cuadras, el pajar, el granero o los cilleros y la vivienda familiar, y todo el conjunto está rodeado de huertos y prados. Por lo mismo, la disposición de las "casas" no obedece a ninguna ordenación, pudiendo disponer de una salida carretal y otras salidas secundarias. Por lo demás, pueden distinguirse tres tipos de agrupaciones: caseríos o barrios (desde 4 ó 6 vecinos, y 20 ó 25 habitantes), aldeas (desde 12 ó 15 hasta 30 ó 40 vecinos) y lugares o pueblos (que pueden tener entre 50 o 60 y 150 ó 200 vecinos, esto es, desde 200 ó 250 habitantes hasta un millar o poco más).

Este tipo de disposición espacial es el dominante en las regiones montañosas del sur y en toda la mitad norte de España, y suele ir acompañado de la pequeña propiedad, formada ya en un período lejano de nuestra historia.

La principal característica del *tipo cacería o cortijada* es la más completa dispersión espacial. Cada familia vive en una alquería, casa de labor, masía o cortijo (el nombre depende de la región), aislada de los demás y a una distancia que puede generalmente evaluarse en centenares de metros o en kilómetros. En cuanto a la composición de la cacería o cortijada, varía según las regiones y la producción, pero suele consistir en la vivienda familiar rodeada de cuadras, pajares, graneros o cilleros, huertas y prados o tierras de labranza.

Esta casa de labranza es el equivalente del tipo moderno de granja, tan difundido en Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Holanda y otros países, cuyos rasgos característicos de todo orden comparte. En España, predomina en la región húmeda del norte, la región subpirenaica y Cataluña; en la región levantina se encuentra una disposición parecida; y también en el tipo cortijo de Andalucía, aunque éste es de escasa importancia en cuanto a nuestro problema.

²² Esta forma la designaré también como *tipo Guareña*, tomando el nombre del pueblo de la provincia de Badajoz donde me hice consciente de problema durante los dos meses que pasé en el mismo. {Véase el Apéndice I: «Disposición de la vivienda y psicología del campesinado». (N. del E.)}.

Por último, el *tipo cosmopolita* se caracteriza por una elevada densidad de población. Los edificios tienen muchos pisos, y cada piso puede contener una o varias viviendas; además, obedecen a normas de planificación, aunque, al menos en los países capitalistas, aparecen muy concentrados, dando lugar así a una alta densidad de población por unidad de superficie. Las viviendas están ordenadas en torno a la escalera o ascensor, pero la superficie habitable es muy pequeña, y no hay ningún factor que seleccione o relacione a los habitantes de las viviendas de un mismo edificio entre sí (y, mucho menos, a los de una manzana, un distrito o la ciudad en su conjunto).

Los habitantes de cada vivienda hacen una vida completamente independiente, hasta el punto de no conocerse, y apenas encontrarse en la escalera o en el ascensor; incluso, en algunos barrios de la burguesía media o pequeña, las gentes evitan el encontrarse. Los hombres adultos trabajan fuera del hogar y a veces a gran distancia de éste, por la escasez de viviendas. Los niños acuden a las escuelas o colegios en los que han podido conseguir plaza, de modo que tampoco se seleccionan por este medio los de una zona determinada.

Las calles suelen estar dominadas por la circulación, realmente intensa, y por las necesidades de aparcamiento de centenares y miles de automóviles, que han devorado todos los espacios disponibles, aceras y paseos centrales de los bulevares incluidos. Son lugares de tránsito rápido, para los automóviles, en primer lugar, y para los peatones que se desplazan a cortas distancias, de modo secundario; y en la mayor parte de ellos la densidad de peatones es también muy grande. Por lo demás, la concurrencia es muy numerosa en todos los servicios públicos, almacenes, restaurantes y cafeterías, etc., lo que da lugar a que predomine el más completo anonimato.²³

La densidad de las relaciones significativas fomenta la libertad física y espiritual del individuo en los grandes pueblos y las pequeñas ciudades

Lo que se trata de considerar aquí es el impacto de la disposición espacial de la vivienda sobre la formación y el sostenimiento de la subjetividad, con el propósito de entender mejor la evolución sociocultural de nuestro pueblo y la sociedad española actual. Por eso, se deja para otra ocasión el análisis de la convivencia cosmopolita, dada su reciente aparición en nuestro país, de modo que estas breves reflexiones se limitan a los tres tipos anteriores, por su larga vigencia histórica y porque se estima que el esclarecimiento de la influencia de la disposición espacial de la vivienda sobre el desarrollo de la subjetividad (esto es, sobre la personalidad) tiene en estos tres casos una importancia primordial para comprender y explicar algunas peculiaridades de nuestra historia sociocultural. Por lo demás, supuesto eso, se procurará oponer la convivencia tipo “guareña” (urbana clásica) a los otros dos tipos, aldeano y lugareño, y caserío.²⁴

²³ Un subtipo del tipo cosmopolita es el de las zonas muy industrializadas, al que podrían aplicarse en gran parte las características del tipo general.

²⁴ Como anécdota personal, les confesaré que, hasta primeros de febrero pasado, yo estaba convencido de la superioridad de los dos segundos sobre el primero, esto es, de los tipos de convivencia predominantes en el norte de nuestro país sobre el predominante en el sur. {Véase al respecto el Apéndice 1: «Disposición de la vivienda y psicología del campesinado». (N. del E)}.

El viejo aforismo medieval, “el aire de la ciudad hace al hombre libre”, es muy justo, y no se refiere sólo a la libertad de la opresión física sino también a la libertad de toda opresión espiritual.

En la forma de convivencia tipo “guareña”, los niños salen a la calle, cuyas aceras están primorosamente limpias, fregadas, tan pronto como son capaces de andar. Aunque es estrecha, la calle no ofrece ningún peligro, puesto que la circulación es muy pequeña. Una vez en ella, los niños se encuentran con otros niños, con los que quieren jugar; y niños y niñas juegan juntos. Esto tiene mucha importancia, porque el trato de los niños entre sí influye en su modelamiento mutuo de modo notorio. Y, cuando el niño llega a la edad escolar, va solo a la escuela o se junta con los que viven cerca de su casa para ir con ellos, lo que influye también en el desarrollo de la iniciativa individual y en el aprendizaje de las reglas de comportamiento social, con el consiguiente desenvolvimiento de la disciplina personal.

Es sobre todo en los juegos donde el niño aprende a comportarse conforme a reglas y donde vive el sentimiento de reciprocidad. Ni los niños ni las mujeres suelen trabajar, y llama la atención el ver a niños ya mayorcitos y adolescentes jugando en las calles, en las plazas o en las afueras de los pueblos, en campos de deporte improvisados. Fuera de las horas de escuela, claro, pues la gente ya conoce el valor que tiene saber leer y escribir, e incluso posee una formación elemental.

En el caso de los adolescentes y los jóvenes lo más importante es el paseo al anochecer por las calles más céntricas del pueblo, durante el cual los muchachos y muchachas se relacionan en un verdadero ensayo de noviazgo. Es bien conocida la influencia de las relaciones con personas del sexo opuesto en la modelación de la personalidad del adolescente; y, como el paseo discurre por calles muy céntricas, unos a la vista de otros y todos a la vista de los mayores, no puede por menos que predominar la mayor circunspección y comedimiento de los muchachos para con las muchachas.

La convivencia prolongada de niños, adolescentes y jóvenes influye, pues, de una manera determinante en la formación de la personalidad, por la enorme densidad de relaciones significativas que conlleva.

Por lo demás, un aspecto importante para la convivencia social es el relativo al aseo personal, las maneras, el vestido y el lenguaje. Puesto que las mujeres no suelen trabajar fuera del hogar (excepto quizás durante la recogida de la aceituna, en el sur), pueden dedicar todos sus esfuerzos a la limpieza de la casa, la atención de los niños y el cuidado de sí mismas: los encuentros constantes con otros llevan a cuidar el aspecto exterior, sobre todo a las mujeres y los niños. Las mujeres, porque la vivienda está muy de cara a la calle y en cada momento ven a vecinas a pocos metros y son vistas por ellas; y los niños, porque éstos salen en cualquier momento a la calle, se encuentran con los de las viviendas inmediatas y el que anda sucio es rechazado habitualmente por las madres de los otros niños, que están atentas a la calle. La enorme frecuencia de los encuentros, siempre con personas conocidas y ante quienes no se puede desmerecer (ya que el aislamiento sería muy doloroso), obliga a cuidar el aspecto exterior y las buenas maneras.

En estos grandes pueblos y pequeñas ciudades, donde conviven campesinos ricos, comerciantes, profesionales, campesinos medios y pobres y

obreros del campo y de las industrias locales, la mayor parte de la gente se conoce. Esto parece asombroso en agrupaciones de 10.000 o más habitantes, pero es posible que se explique por la existencia de diversos factores de convivencia.

Los obreros agrícolas, en concreto, se reúnen todas las mañanas en un lugar para ser contratados por los campesinos ricos o por sus administradores, y aprovechan para hablar entre sí y comentar las incidencias del trabajo y del empleo y las preocupaciones de cada uno. También suelen encontrarse en el mercado cuando éste tiene lugar, en los bares y tabernas los días festivos (y los días de trabajo, al anochecer), en los acontecimientos sociales (fiestas, bodas, bautizos y entierros) y hasta en la misa de los domingos y festivos, si es que asisten a ella; y, como es natural, aprovechan todos esos encuentros para hablar, comentando los acontecimientos comunes o los problemas y dificultades personales, y aportando cada uno su opinión sobre cada cuestión, con la influencia consiguiente de la conversación sobre todos ellos, que enriquecen así el propio punto de vista.

Para comprobarlo, basta pensar en la relatividad del impacto de las agresiones espirituales, como los temores o amenazas (el miedo a las brujas o, simplemente, los excesos de algunos sacerdotes con las amenazas de las penas del infierno), allí donde se da esta forma de convivencia. Tales amenazas pierden todo su efecto y su poder tan pronto como los afectados pueden hablar entre sí, que es al poco de sufrirlas. De hecho, la influencia de la intercomunicación constante de los individuos se manifiesta de forma clara en la religiosidad, muy serena, equilibrada y exenta de impurezas supersticiosas, de este tipo de gentes. Y algo similar ocurre con la propaganda política dirigida a inculcar un sentimiento o una idea para la acción.²⁵

En las aldeas y caseríos la estructura básica de la subjetividad es rígida, y su desarrollo, elemental, dada la pobreza de las relaciones significativas

Véase ahora lo que sucede en las otras dos formas de convivencia: la aldeana y lugareña, y la del caserío.

En las aldeas, lugares y caseríos los niños viven la primera infancia casi aislados dentro del círculo familiar y las relaciones con los mayores son muy escasas (de hecho, sólo se relacionan con sus padres). En los caseríos el aislamiento es total hasta que los niños van a la escuela, y en las aldeas y lugares los contactos con otros niños antes de la edad escolar son pocos y esporádicos; salvo en las horas que pasan en la escuela, los niños se encuentran condicionados por la vigilancia familiar. Además, estas formas de convivencia van siempre acompañadas por la pequeña propiedad campesina, uno de cuyos rasgos característicos es el aprovechamiento excesivo del trabajo de los hijos, que empiezan a ser utilizados en tareas ligeras, como el cuidado del ganado, desde los 5 ó 6 años; así, los niños adquieren muy pronto las preocupaciones de los mayores, pero a costa de su carencia de infancia.

²⁵ Entre estas gentes, se frustraría aquella consigna del nazismo alemán que cita uno de sus críticos: “nuestro deseo ardiente es que todos los alemanes marchemos codo con codo, pero cantando, para no hablarnos”.

La primera fase de la formación de la subjetividad es en este caso, por tanto, muy pobre, y se manifiesta en la forma de una gran rigidez de la estructura básica de la personalidad, que limita la capacidad posterior para recoger y asimilar la nueva información.²⁶

Por otra parte, la falta de relación de los niños con las niñas, y luego de los muchachos con las muchachas, retrasa la configuración de la personalidad del individuo y la aparición de los caracteres sexuales secundarios. Lo limitado de la convivencia con personas del sexo opuesto (reducida a las mujeres de la familia: las hermanas y la madre) da lugar a una tremenda rigidez en la concepción de la sexualidad, a una intensa represión y a una mayor frecuencia de los complejos tipo Edipo, Electra y demás. De hecho, en los muchachos, la timidez frente a las muchachas es muy frecuente, y de ahí la formación de pandillas de muchachos y muchachas por separado, lo que se extiende hasta la creación de ciertas asociaciones o clubs de jóvenes con exclusión de las muchachas (incluso puede estar mal visto el alternar con muchachas).

La convivencia aldeana y la del caserío tampoco estimulan el cuidado personal, el aseo, los vestidos y el refinamiento de las maneras. Como las mujeres trabajan en el campo, no les queda mucho tiempo para cuidar de la limpieza de la casa ni de la de sus hijos. La distancia de las viviendas y la escasez de los encuentros entre los vecinos explican que, sobre todo en las mujeres y en los niños, no se cuida el aseo, siendo frecuente el que pasen días y hasta semanas sin lavarse ni mudarse de ropas, hasta el punto de que en regiones muy montañosas solo visten sucios andrajos. Hay regiones enteras en las que la vivienda familiar no se diferencia mucho de las cuadras. Ahora bien, lo horrible y miserable de las viviendas, el desaseo personal y la suciedad de los vestidos afectan de modo inevitable a la formación y al desarrollo de la subjetividad en general y a la propia estima y dignidad, en especial; lo que, en muchas regiones, se manifiesta en la tosquedad del trato, que contribuye a aumentar el aislamiento del individuo.

En general, allí donde dominan estas formas de convivencia se da una fuerte inclinación a la autosuficiencia, al autoabastecimiento; en gran parte, por la pequeñez de la agrupación de la población, que no permite la existencia de un comercio suministrador de bienes ni de un comercio recolector de excedentes, y hasta de simples recoveros. No hay mercados; sólo, periódicas ferias en determinados lugares, a veces deshabitados. Pero, aun cuando para muchas gentes el ir a la feria es una especie de fiesta, aquélla se dedica ante todo al ganado.

En la mayoría de las aldeas y lugares los hombres no disponen de ningún centro de reunión, a excepción de una taberna pequeña y sucia, que lo es todo al mismo tiempo: depósito de ultramarinos, estanco y bar. Los caminos son intransitables durante todo el invierno, por la falta de saneamiento y urbanización, lo que contribuye también al aislamiento de las gentes, puesto que en esas condiciones se les quitan los deseos de salir. Y, como las tareas agrícolas se realizan de modo individual, tampoco contribuyen a la comunicación y al intercambio de experiencias entre unos y otros.

²⁶ Esto confirmaría el dicho que sostiene que las personas que se aferran a sus ideas o puntos de vista lo hacen porque, al tener muy pocas, no pueden sustituir unas por otras (de modo que, al carecer de detalles y matices, su esquema de la realidad es bien pobre).

Cuando la vida es tan dura, porque hay que trabajar con denuedo para extraer a la tierra un sustento miserable para la familia y la escasez ronda constantemente, y cuando, además, los individuos hacen su vida en núcleos reducidos y limitados con frecuencia al círculo familiar, el desarrollo de la subjetividad sólo puede ser elemental. La falta de comunicación y de intercambio de experiencia bloquea la capacidad de reflexión, hasta el punto de que los individuos no pueden desarrollar el pensamiento abstracto; para ellos sólo existe la acción, el trabajo, que constituye la más rica expresión de su pensamiento, de su racionalidad y de una limitada capacidad de expresión oral; a eso se reducen las manifestaciones más importantes de su vida intelectual

Las prácticas religiosas ponen de manifiesto el carácter de la vida intelectual de estas gentes: son activas pero exteriores; no existe la oración interior, pues la oración es siempre oral o bisbiseada, articulada. Por lo demás, las formas supersticiosas predominan en la religión, en las relaciones humanas y en la concepción de la realidad, puesto que la incapacidad de los individuos para elevarse al pensamiento abstracto les obliga a la personificación y a la cosificación.²⁷

El condicionamiento de la psicología de la población por la disposición de la vivienda, resulta clave para entender la España de los últimos 150 años

Al condicionar así los rasgos más típicos y característicos de la población en las regiones donde predominan, estos tipos de disposición de la vivienda, permiten hallar una explicación a algunos de los acontecimientos que más han influido en el desarrollo sociocultural de España durante los siglos XIX y XX: las guerras civiles, la persistencia de las relaciones de origen feudal, que aún colorean nuestra vida social, y la vigorosa supervivencia de esa masa de escorias supersticiosas que matizan y colorean nuestras prácticas religiosas.

La pobreza de relaciones sociales significativas impide la posesión de puntos de vista distintos y, a veces, contradictorios acerca de la realidad natural y social; y la escasez consiguiente de puntos de vista, de ideas, obliga a los individuos a aferrarse a los pocos que poseen y a sostenerlos como la única verdad posible. Lo elemental de ese tipo de relaciones sociales impide el desarrollo del pensamiento abstracto de los individuos y explica el predominio de la acción sobre la palabra y el pensamiento.²⁸ La falta de hábitos de comunicación oral y del “contraste de pareceres”, del intercambio de opiniones, inclina a resolver las diferencias entre individuos -y entre grupos y clases sociales- por caminos distintos de la discusión (con el agravante de que la escasez de relaciones significativas tiende a agrandar las diferencias, al elevar a categoría superior simples diferencias de matiz que se resolverían hablando); esto es, predispone a utilizar métodos violentos, argumentos tan contundentes y precisos como la estaca.

²⁷ Hasta ahora no se ha podido encontrar más explicación para la creencia en las brujas y demás seres fantásticos que la referencia al clima: el cielo nublado, las frecuentes lluvias, las nieblas, el relieve del suelo y la constante vegetación. Ese tipo de correlación es muy difícil: tales factores operan, pero sólo en cuanto hacen posible o fomentan la dispersión de la población o su agrupación en núcleos muy pequeños.

²⁸ Un escritor carlista ha observado que los navarros, vascos y aragoneses son más amantes de la acción que de la palabra, de la oratoria. (R. Oyarzun, *Historia del carlismo*, Madrid, Ediciones Fe, pp. 332-333).

Por lo demás, esa misma pobreza de las relaciones significativas hace a los individuos muy vulnerables frente a la agresión física y espiritual. Sobre todo, frente a esta última: la falta de relaciones sociales aumenta la insolidaridad; el aislamiento espacial es la base del aislamiento social e intelectual; y esto hace que las poblaciones dispersas o agrupadas en pequeños grupos sean fácilmente dominables.

Así se explica la supervivencia del feudalismo hasta tiempos muy recientes en aquellas regiones de nuestro país en que la población vive más dispersa: Galicia, zonas agrícolas de Asturias, Santander, Provincias Vascongadas, Navarra, norte de Cataluña y demás. La oposición radical entre las gentes de las ciudades de esas regiones (liberales y progresistas) y las de sus zonas rurales (fervorosa y ardientemente carlistas) sorprende a todo el que se enfrenta al estudio de nuestras guerras civiles de los siglos XIX y XX. Pero incluso este fenómeno, tan importante y que ha condicionado tanto el desarrollo sociocultural de nuestro país, ha carecido hasta ahora de explicación, cuando es vital encontrarla para reducir las fuertes tensiones que nos desgarran.

II. La vecindad, como condicionante de la personalidad (s.f.)²⁹

« La distribución espacial de la población (esto es, el tipo de vecindad) tuvo que ejercer (y ¿aún ejerce?) una influencia decisiva sobre la conducta de las gentes. Por un lado, porque las relaciones o, mejor aún, unos encuentros personales frecuentes y diversos contribuyen a configurar con vigor el núcleo profundo de la conducta: la conciencia. Y, de otro, porque esas mismas relaciones personales son los cauces o canales por los que los individuos reciben la inmensa mayoría de su experiencia.»

A. Las formas históricas de distribución de la población

Desatención del estudio de los efectos de la distribución de la población sobre la personalidad, y predominio del poblamiento disperso en España

Aunque en nuestra época se escribe de todo (las cuestiones más inverosímiles y fantásticas, incluidas), no se ha publicado nada -que yo sepa- sobre una cuestión muy candente con ocasión de las elecciones de Galicia y, más recientemente, de Andalucía:³⁰ la distribución espacial de la población y sus efectos sobre las conductas de los individuos. No se ha tenido en cuenta para la práctica de la propaganda política el salto cualitativo que diferencia a la población dispersa o semidispersa de la mitad norte de nuestro país de la que se concentra en las agrovillas y agrocidades de buena parte de la mitad sur.³¹ Y, sin embargo, esa diferencia tuvo una importancia enorme en el pasado; tanta, como para explicar la vigencia de este aforismo alemán, aunque con validez para toda la Europa feudal: “la ciudad hace al hombre libre”.

Ahora bien, la ciudad hacía (¿no lo hace ya?) al hombre libre no sólo porque lo defendía con sus murallas y con la solidaridad de todos los habitantes del burgo, sino también por la muchísima mayor frecuencia de las relaciones personales, sociales. Porque éstas, al ser siempre portadoras de

²⁹ Mecanoscrito; sin fecha. El manuscrito original, que obra en el archivo del autor, tampoco está fechado. El texto, que aquí está inacabado, aparece sin embargo citado como “en prensa” y con el título de «La distribución espacial de la vivienda y su influencia sobre la comunicación y la personalidad» en el artículo «La comunicación interpersonal en una aldea agrícola de subsistencia» (*Los Cuadernos del Norte*, 29, 1985, pp.27-31; p.31), incluido aquí como capítulo III. Por lo demás, el propio autor precisaría el objeto de esta línea de investigación, en un *curriculum vitae* de 1 de enero de 1987: «Otra investigación de amplio alcance es el estudio comparativo de la influencia de los encuentros personales en la formación de la personalidad en las regiones de población dispersa y semidispersa y en las regiones de población concentrada de las agrovillas y agrocidades de la Mancha, Andalucía y Sur de Extremadura. Los resultados de este estudio comparativo tendrán importantes repercusiones para la comprensión de nuestra diversidad geográfica.» (*N. del E.*)

³⁰ Las primeras elecciones autonómicas en Galicia se realizaron el 20 de octubre de 1981; y las de Andalucía, el 23 de mayo de 1982. El texto es, pues, de una fecha algo posterior, pero no mucho. (*N. del E.*)

³¹ Sobre esta última véase la nota «Agrovillas y agrocidades», que data de mayo de 1982, incluida aquí como Apéndice 4. (*N. del E.*)

experiencia, sacaban al hombre de su aislamiento, oscuridad, incomunicación y miseria intelectual o mental,³² propios y típicos de la población dispersa en caseríos, aldeas y pequeños lugares, que eran la forma de poblamiento predilecta de los señores feudales.

La forma de poblamiento disperso en caseríos y aldeas fue la preferida de los señores feudales, por lo fácil que era dominar a la población así distribuida. Pero hay más: también fue (y parece que aún es) la forma favorita de los tratadistas preburgueses y burgueses de las cuestiones agrícolas -los agraristas- de los siglos XIX y primera parte del XX, que exaltaron hasta las nubes la forma de explotación agrícola de tipo casería (el “coto redondo acaserado”, tan apreciado por nuestro Fermín Caballero).

La forma ideal de ese tipo de explotación era una finca de extensión adecuada para ser trabajada por los miembros de una familia, con la ayuda de algunos obreros en las labores más urgentes, y con la vivienda e instalaciones anexas en el centro de la finca.³³ Los agraristas la ensalzaban por diversos motivos, pero sobre todo porque, en ella, el agricultor no tenía que realizar largos desplazamientos para atender a sus diversas y distantes parcelas, aparte de tener sus cultivos y ganados siempre al alcance de su vista y bajo sus cuidados.³⁴

Identificación del hogar y la producción, explotación “artesanal”, sujeción extrema y apreciación del propio modo de vida en la economía de caserío

Con esto se pone de relieve el rasgo más característico de todas las explotaciones agrícolas del pasado y, en gran medida, del presente: la fusión de la vivienda -del hogar- con los medios de producción y la dedicación permanente del labrador a la explotación. Ese tipo de agricultor no tiene ni horario de trabajo ni días de descanso, y, cuando al anochecer llega a su casa cansado de las labores del campo, se encuentra con otras que le esperan: dar de comer a los animales, limpiarlos, preparar los productos agrícolas para su conservación, ordeñar las vacas, etc. En cuanto a su esposa, tiene que realizar por su parte todos los quehaceres que requieren los cuidados de los miembros de la familia.

Otra característica importante y con gran influencia sobre la economía o hacienda del caserío es que esos mismos labradores, que identifican hogar e instalaciones de producción, transforman y conservan una buena parte de los alimentos que necesitan, y dejan para enviar al mercado el excedente de los productos agrícolas (a veces los más fáciles de conservar: trigo, cebada y demás) u otros géneros perecederos. Tienen que llevar al mercado los productos más comercializables porque necesitan dinero en efectivo para poder pagar los impuestos y comprar los aperos, abonos y otros bienes imprescindibles para la explotación, así como ropas y calzado para todos los miembros de la familia.

³² A pesar de que hoy sabemos con certeza que una mente lúcida y abierta requiere (exige) una gran riqueza de relaciones personales, obramos como si ignorásemos tales hechos sociales.

³³ Parece que este ideal llegó a su perfección en las *farms* de algunas comarcas del Oeste norteamericano: grandes cuadrículas superficiales, con la vivienda y los edificios auxiliares en el centro.

³⁴ Ésta era sin duda una gran verdad: el deseo de todos los labradores en el pasado era tener siempre a la vista sus sembrados, plantaciones y praderías, ya que, como muy bien dice el refrán, “el ojo del amo engorda el caballo”.

Por lo demás, en el sistema capitalista de libre empresa, ese tipo de explotación es muy beneficioso para comerciantes e industriales. Por de pronto, facilita la circulación comercial de unas “mercancías” que exigen mucha mano de obra (como es el caso de todas las actividades agrícolas de este tipo, que podríamos llamar “artesanal”) a un coste bastante inferior al real. El campesino no está al tanto de sus costes de producción ni le interesan. Tampoco podría conocerlos, de no ser así, ya que con frecuencia trabaja toda la familia, incluyendo a los niños. Parte de los excedentes que lleva al mercado son productos perecederos que no puede conservar, por lo que acaba por venderlos al precio que le ofrezcan, pues no domina ni está al corriente de los precios del mercado. Todo ello beneficia a la nube de intermediarios entre los productores aislados y dispersos y los consumidores, y también a la industria, puesto que alimentos depreciados equivalen a salarios baratos.

La vida de los labradores de las caserías y aldeas es muy dura, sobre todo en los veranos, cuando al trabajo agotador se añade el calor sofocante, el polvo y la larga duración de los días. Hay que levantarse antes del alba para atender a los ganados de trabajo (y a los otros). Hay que segar o recoger la hierba y el pan, y majar o trillar antes del mediodía; dormir un rato la siesta, aprovechando el momento de mayor bochorno; y continuar trabajando toda la tarde hasta que anochece. Luego, de regreso a casa, hay que encerrar la cosecha que convenga, cuidar a los animales y a los hombres, no acostarse hasta muy tarde y dormir unas pocas horas, para volver a empezar.

Ese agobio veraniego no se acaba hasta que se han recogido todos los cultivos y se han hecho las siembras otoñales. Aunque tampoco el invierno es para descansar, pues, aparte de atender a los ganados, es el tiempo en el que realizar toda clase de reparaciones, desde los aperos a los cierres, rehacer las acequias y demás.

La vida de estos campesinos no tiene un momento de descanso, al tener que atender a muchas labores muy diversas y a otros tantos frentes y objetivos bien diferentes. A saber: cultivar trigo, cebada y algunas leguminosas, así como forrajes (alcacer, algarroba, etc.) y patatas, maíz, judías, garbanzos, lentejas y otras legumbres; cuidar los prados, ya que no podían hacer nada sin los ganados bovino o mular, caballar o asnal; atender la huerta (patatas tempranas, coles, cebollas, tomates, pimientos, judías verdes, lechugas, etc.); realizar diferentes tareas que exigen cierta habilidad (como segar el trigo y la hierba, excavar o arar, podar y sulfatar las viñas, y vendimiar y hacer el vino; y hasta, en algunos casos, sembrar, recolectar y preparar el lino); velar por todos los animales domésticos (desde alimentarlos y limpiarlos hasta curarlos, en los casos de enfermedad, leve o grave); hacer acopio de leña para el fuego de la cocina y, en su caso, para el horno; podar los árboles; sacrificar el cerdo y preparar la carne para su conservación; adecuar y conservar otros muchos productos agrícolas como alimento de la propia familia; y -durante siglos- vigilar el cillero (la despensa) para, en el caso de que disminuya, reducir la ración hasta limitarla a mitigar el hambre para no morir de inanición.

Tal diversidad de objetivos a atender requiere un gran acopio de experiencia y de habilidad para cumplir las diferentes tareas relativamente bien. Pero lo peor de todo es la tremenda sujeción a que este tipo de vida condena a las familias -a todos sus miembros-, sin horas libres, ni domingos, ni festivos,

ni vacaciones.³⁵ Aunque, pese a tantos aspectos y tan negativos, ese tipo de vida fue durante siglos el más socorrido y apreciado por los campesinos, hasta que la expansión de la industria, al abrir nuevos frentes de riqueza, puso de manifiesto formas de vida más compensadoras y más atractivas en las ciudades y en las zonas industriales.

Trasvase de la juventud del campo a la ciudad con el desarrollo industrial capitalista, y olvido *agrarista* de las agrovillas y agrociudades del pasado

Así comenzó el lento trasvase de la población agrícola hacia la industria. Las caserías, las aldeas y los pequeños pueblos comenzaron a perder la población joven, fascinada por las condiciones de vida de las ciudades y arrastrada por ellas. Ante esos abandonos, los agraristas se limitaron a lamentar que los jóvenes desertasen de una forma de vida tan sana y tradicional, deslumbrados por el brillo ficticio de las luces de neón y, sobre todo, por las numerosas posibilidades de diversión; aunque fueran tanto o más efectivos los salarios elevados y unas jornadas de trabajo que dejan a los trabajadores tiempo libre para dedicarlos a cuestiones de su preferencia.³⁶

El trasvase de población joven del campo a las ciudades no provocó demasiadas críticas, quizás en razón de la fuerte influencia de las grandes industrias sobre los intelectuales y -mucho más- sobre los medios de comunicación.³⁷ De hecho, tan sólo dio origen a una doble línea de reflexión: la literatura de adaptación de los inmigrantes a sus lugares de asentamiento (las ciudades y las áreas industriales o de servicios); y las publicaciones suscitadas por la rápida expansión de las ciudades y los nuevos problemas del urbanismo.

En la España de comienzos del éxodo rural, algunos ingenieros agrónomos buscaron información en las publicaciones extranjeras sobre este tema, con afán y de modo urgente, y, sin reparar en que tenían a la vista un viejo ensayo histórico de agrovillas y agrociudades,³⁸ se inclinaron por una solución tan simple y tan bonita como el destruir ocho o diez pueblos, o un par de docenas de aldeas, y construir en el lugar más céntrico una villa capaz para 9 ó 10.000 habitantes, a fin de acoger a la población agricultora. Pero esa solución era inviable en la España de la década de los 50 y continúa siéndolo hoy. Pues, ¿quién haría las grandes inversiones necesarias para su construcción? Aparte de que la creación de agrovillas y agrociudades (o *agrorods*) plantea también otros problemas tanto o más graves que el de la financiación de su construcción, puesto que implica un cambio radical en la forma de producción y en las condiciones de vida de los campesinos.

³⁵ A pesar de tanta dedicación y tanta entrega, los ingresos de los labradores en los países capitalistas suelen ser los más bajos de toda la población activa.

³⁶ Ese abandono del campo podría ser hoy mucho más serio, a no ser por la grave crisis que afecta a la industria y a los servicios.

³⁷ En realidad, en las naciones capitalistas industriales en general no cabía pensar en otro tipo de soluciones, sobre todo en aquellas que habrían exigido inversiones importantes de capital. Los primeros ensayos de solución para contener la huida de la población joven del campo, consistentes en modificar la forma de explotación y las condiciones de vida de los agricultores, empezaron a discutirse y a llevarse a cabo en la década de los 50 en la Unión Soviética. Así surgió la agrupación de aldeas cooperativistas para constituir núcleos de población lo bastante grandes -alrededor de los 10.000 habitantes- como para poder sostener los servicios mínimos indispensables (esto es, el *agrorod*: de agro, y la palabra rusa *gorod*, ciudad).

³⁸ Véase el Apéndice 4: «Agrovillas y agrociudades».

Por de pronto, supone la total separación del hogar de la actividad productiva y de las instalaciones agrícolas y ganaderas. Pero, además, exige la transformación de la agricultura tradicional en la nueva agricultura que requiere el desarrollo de la industria y los servicios: esto es, una agricultura dedicada a producir materias primas para la industria alimentaria, en lugar de alimentos. Lo que equivale a explotaciones agrícolas especializadas en aquellos cultivos para los que parezcan más aptas y adecuadas, en lugar de continuar sirviendo a necesidades inmediatas y multiformes.

A partir de ahí, se pueden establecer también precios de producción, en la medida en que ya es posible contabilizar todos los *inputs*, la mano de obra y la renta del suelo, así como elaborar balances de explotación. Con el resultado final de una población agrícola que produce sólo para el mercado y a precios competitivos. Esto equivale a una mejora muy notable en sus ingresos, con los que ya puede hacer frente a la adquisición de todo lo que necesita para su propio sostenimiento en ese mismo mercado. Aunque hay algo más y no menos importante: el tiempo libre, ya que los agricultores de esas agrovillas de nuevo tipo tienen que saber cuáles son sus horas de trabajo y cuales los días de descanso, que pueden dedicar a ocupaciones de su interés.

Queda ahora por analizar cómo la forma de población dispersa y la concentrada afectan y determinan el comportamiento y la conciencia de sus habitantes.³⁹

B. La forma de poblamiento, determinante de la conducta. La población dispersa

Configuración sociocultural de la personalidad en razón de la frecuencia y variedad de los encuentros personales y del trato *reversible* con otros

La distribución espacial de la población (esto es, el tipo de vecindad) tuvo que ejercer (y ¿aún ejerce?) una influencia decisiva sobre la conducta de las gentes. Por un lado, porque las relaciones o, mejor aún, unos encuentros personales frecuentes y diversos contribuyen a configurar con vigor el núcleo profundo de la conducta: la conciencia. Y, de otro, porque esas mismas relaciones personales son los cauces o canales por los que los individuos reciben la inmensa mayoría de su experiencia.⁴⁰

Al hombre medio no le resulta difícil admitir que los contenidos intelectuales por los que se rige la conducta, proceden del “medio social” del hombre; esto es, del trato *reversible* con otras personas. E incluso parece

³⁹ De hecho, en este texto, ese análisis queda incompleto, al limitarse al caso de la forma de población dispersa. (*N. del E.*)

⁴⁰ El desarrollo de este trabajo hubiera sido imposible sin las contribuciones de la biología evolucionista acerca del alcance del influjo biológico animal sobre la conducta humana (muy sometidas a discusión en los últimos años) y de los hallazgos más firmes de las ciencias sociales y culturales, que confirman por cierto que la fuente de la conducta del individuo se constituye -como proceso y en sus contenidos- por las aportaciones que el individuo recibe a través de sus encuentros personales.

Los innumerables partidarios del “determinismo biológico” (en el ámbito de las ciencias biológicas, pero también -lo que ya es curioso- en el de las sociales y culturales) no admitirán esta afirmación de que el núcleo de la conciencia se constituye en cada individuo por las aportaciones socioculturales (socioculturales, y no tan sólo sociales, porque no conviene ignorar la incidencia de los elementos culturales en el modelamiento de la conducta, para resaltar la de los sociales).

evidente que con la conversación (o el diálogo) con otras personas, y en especial con aquellas que inspiran afecto, se enriquece la personalidad y se mejora la capacidad subjetiva de análisis de los factores externos. Pero lo que ya no resulta tan fácil de aceptar es que las relaciones personales configuran los estratos más profundos de la personalidad en razón de su frecuencia y diversidad, y que la capacidad, la eficacia y el resultado de las mismas dependen a su vez de la personalidad.

La reducción de las relaciones personales al grupo familiar y la seguridad de la propiedad, claves del modo de ser en la forma dispersa de vecindad

No hay que esforzarse mucho para demostrar que la forma dispersa de vecindad produce un enrarecimiento, a veces abrumador, de las relaciones personales, que pueden reducirse tan sólo a las forzosas y obligadas entre los miembros de la familia. Una limitación tal de las relaciones personales acaba por generar en el individuo el rechazo o el temor a los encuentros personales con extraños, más exagerado aún en el caso de los niños, los muchachos y las mujeres. De ahí la desconfianza hacia los desconocidos y hacia los actos y palabras de todos los extraños, o el que no sea rara la poca frecuencia de los sentimientos de respeto y simpatía hacia los forasteros. Con el resultado final del predominio de un individualismo abstracto y enriscado en este tipo de población, como producido por el aislamiento, la incomunicación y la falta del apoyo y el arropamiento social, propios de la participación del individuo en diversos grupos sociales.

De todo eso se sigue también una fuerte propensión a la insolidaridad, típica por otra parte de los individuos funcionalmente independientes y en ausencia de mecanismos concretos de opresión y expoliación. La escasez de encuentros personales, por el rechazo y la desconfianza hacia todo lo ajeno, refuerza la incomunicación de tales individuos, que se ven así reducidos a las meras relaciones dentro del grupo familiar de convivencia; un ámbito demasiado corto como para contribuir a la configuración de una mente abierta y rica en perspectivas, y con el agravante de que todos están dominados por unas mismas vivencias.

La incomunicación y el aislamiento, unidas a la limitación de las perspectivas intelectuales, generan en los individuos el tipo de autosatisfacción y autosuficiencia a las que son muy proclives los pequeños propietarios agrícolas y artesanales; y esto, en razón de su independencia económica, encarnada en la propia la casa y sus dependencias y en sus parcelas y ganados, como medio de producción de lo necesario para vivir (el hórreo, el granero, el cillero y la despensa llenos). Pero, además, lo exiguo y pobre de esas perspectivas intelectuales genera por su parte una gran propensión al pensamiento unilateral, superficial. Con dos consecuencias peligrosas: la hegemonía aplastante de unas pocas ideas sobre la realidad y cuya impugnación se toma como un ataque personal; y la vía libre al miedo y al temor supersticioso, al ser tantas y tan enormes las lagunas de conocimiento producto de esa penuria conceptual para explorar la realidad.⁴¹

⁴¹ De ahí el que las supersticiones de todas las clases sean tan frecuentes y estén tan difundidas en esas regiones, de población dispersa, aparte de que en cierto modo se agravan aún más por la humedad, la niebla y la naturaleza del clima en general.

Otro rasgo importante a resaltar en este tipo de población son los sentimientos predominantes, su formación en la familia y su reafirmación por el grupo social.

Los sentimientos y la sensibilidad de una persona adulta son sobre todo resultado de la capacidad de afecto inculcada y desarrollada en el niño por los adultos que le cuidaron y rodearon en su infancia y en su niñez; y son de sobra conocidas la dureza y la severidad de la educación de los niños en las familias campesinas de nuestras aldeas y caseríos.

En el pasado hubo en esta forma de poblamiento unos procesos educativos básicos dominantes, y, si hoy ya no lo son, sí que están aún bien presentes en la conciencia de la mayoría de los adultos. Por una parte, los hijos eran educados por el padre en la penosidad del trabajo: el trabajo era muy duro, pero también necesario; es más, había que hacer todas las labores bien, sin desmayo, con constancia y con agrado, pues la amenaza constante para quien no se sometía al duro yugo del trabajo era, no ya sólo el hambre, sino la miseria con indignidad (el andar de puerta en puerta pidiendo limosna). Pero, al mismo tiempo y a su vez, la madre educaba a esos mismos hijos en la sobriedad; o, por decirlo con mayor exactitud, en pasar hambre, en sufrirla, en conformarse con poca comida y pobre, porque había que alargar cada cosecha hasta la siguiente y no se podía comer cuanto se hubiera querido.

Dada esa serie de condiciones objetivas, los sentimientos resultantes no podían ser ni muy favorables para el desarrollo de la personalidad ni muy hondos. La vinculación entre ideas, representaciones y sentimientos es muy estrecha, y la influencia de las primeras sobre los últimos, bien grande. De modo que la parquedad de ideas condiciona tanto la índole de los sentimientos como la amplitud y la intensidad de la sensibilidad; aparte de que, en compensación, esas mismas ideas son a la vez muy exclusivistas (cuando no las únicas) y los sentimientos, muy arraigados.

La naturaleza de la actividad exige una riqueza correspondiente de las ideas. Ahora bien, si la actividad de una agricultura en gran medida de subsistencia es más compleja de lo que en principio pudiera parecer, dada la gran variedad de labores a realizar, no por ello deja de ser habitual, tradicional y rutinaria. Y, puesto que los encuentros personales son raros y fugaces, tampoco se exige ningún refinamiento de los sentimientos ni una sensibilidad atenta y rigurosa para con los demás.⁴²

Los sentimientos de la población dispersa tampoco se pueden comprender sin tener en cuenta la función de la propiedad en la vida de las gentes.

⁴² Esto último sólo ocurre cuando se da una gran frecuencia de encuentros personales y una amplia interdependencia de las relaciones sociales, tal como sucede con la generada por la división del trabajo en la sociedad industrial capitalista. Ésta crea un sistema de interdependencias de los individuos tan completo que las personas se ven obligadas a afinar su sensibilidad, para hacer más fluidas y menos desagradables esas relaciones. Hay que atender a los deseos de otros, aprender a escuchar, esforzarse en hacerse entender y en resultar agradable, etc.; y, en fin, hay que tratar también de adivinar lo que quiere el otro, aunque tenga dificultades para expresarlo, e incluso antes de que lo haga. En las condiciones de la sociedad industrial capitalista son muchas las situaciones en que las personas se ven obligadas a prestar una gran atención a los demás, pero ese tipo de exigencias jamás se da entre las gentes que viven muy separadas unas de otras.

Por de pronto, no cabe establecer comparación alguna entre el sentido de la propiedad de los campesinos dispersos y el sentido de la propiedad burguesa. Porque, para aquéllos, la propiedad de unas parcelas y de una vivienda (con sus dependencias, aperos y ganados) y hasta de los enseres de la casa constituye la base de su seguridad, y es algo tan visceral que la vida no tendría sentido sin ella: representa la seguridad contra la indigencia y la miseria, contra el hambre y contra la indignidad completa.

Para ese tipo de campesinos, la propiedad es el sentimiento más profundo, intenso y embargador. “Tener” el grano para el año en la panera o en el hórreo, y las patatas, las judías, los garbanzos, las cebollas, los ajos y los productos de la matanza en la despensa, más un poco de vino en la bodega; “tener” hierba suficiente para los ganados, etcétera; tener, en definitiva, todo lo indispensable en casa les da una sensación de seguridad que las gentes de la ciudad, que viven de lo que compran cada día, desconocen por completo. Por eso, en la defensa de esa propiedad, fundamento de su seguridad, son capaces de todo; hasta de matar y dejarse matar. Pero, por lo mismo, también confunden sus sentimientos con sus intereses y esperanzas; y esa confusión de sentimientos, intereses y esperanzas, al determinar su vida efectiva, es la causa de su enriscado individualismo, de su insociabilidad, de su consiguiente insolidaridad y, en fin, de su egoísmo.

La seguridad que la propiedad (y el hecho de disponer de todo lo indispensable en casa) les proporciona a esos labradores se ve contrarrestada por la insolidaridad que genera ese mismo fundamento de su independencia. Esto es: la propiedad les hace independientes e iguales por completo, pero también insolidarios, por poco sociables y sobre todo por su carencia de intereses comunes. Y esa misma insolidaridad les reduce a su vez a sus propias fuerzas en todos los sentidos, tanto físicas como intelectuales, al hacerles desconfiados y, por lo mismo, incapaces para recurrir unos a otros en busca de consejo y de ayuda.

Así, los labradores de las regiones de población dispersa se sienten inermes e impotentes ante los poderes *institucionales*, desconocidos para ellos. Poderes como la Justicia (el Estado), la Iglesia y su portavoz, el cura, y, hoy, los medios de comunicación de masas. Porque no pueden contrastar sus opiniones, a causa de su incomunicación personal; y porque ese aislamiento es a su vez el fundamento de la parquedad de sus perspectivas intelectuales, que son débiles, al carecer de cualquier apoyo social, tan necesario a los individuos en momentos de peligro o de graves dificultades.

La coincidencia -más bien que la confusión- entre sentimientos e intereses (o entre propiedad y seguridad) y la parquedad de ideas son lo que prestan esa condición positiva que impregna toda la actividad vital de estas gentes. Son impulsivos (algo lógico, dada la naturaleza peculiar de la guía de su acción), y constantes y tenaces hasta acercarse a la terquedad. Pero, aunque no son innovadores, suplen la falta de “creatividad” (que consiste precisamente en “ver” las cosas desde diversos puntos de vista) con su impulsividad y su pasión por el trabajo; y compensan la cortedad del vuelo de su imaginación para la representación anticipada de los beneficios a conseguir (que es el motor más eficaz para la acción) con su terca inclinación a la acción y con su tenacidad.

Ahora bien, esa propensión a la acción, tan fuerte, se ve debilitada por su limitación a la acción individual o, en el caso más favorable, a la acción familiar o de pequeños grupos constituidos por miembros de unas pocas familias. La acción colectiva es muy escasa, y así lo evidencia el abandono en que se encuentran los servicios públicos, fuentes, caminos, puentes y demás; pero también es lógica, dado el rechazo de todo individuo extraño a la familia y la independencia e insolidaridad de estas gentes, como la dificultad consiguiente para entablar relaciones personales.

Las acciones colectivas exigen un clima de relaciones sociales intensas, de confianza de unos hombres en otros, un cierto grado de altruismo y generosidad hacia los otros, y, sobre todo, una amplia base de intercambio de experiencia, de discusión y de difusión de sentimientos para hacerlos comunes, en tanto que verdaderos motores de esas mismas acciones colectivas. La discusión es indispensable para crear las representaciones comunes de los beneficios anticipados a conseguir; esas representaciones fortalecen a su vez los sentimientos comunes; y la conjunción de las unas y los otros es la creadora de la simpatía mutua y de la solidaridad. Sin discusión dirigida a formar representaciones y sentimientos comunes no puede haber solidaridad, ni mucho menos acción colectiva. De ahí que la propiedad privada visceral, como fundamento de la identificación de sentimientos e intereses, constituya un obstáculo insuperable para la acción colectiva.

La población dispersa ofrece las mejores condiciones para el desarrollo en los individuos de una gran energía, una fuerte pasión por la acción (y a veces una extraordinaria tenacidad), y una capacidad de esfuerzo y un amor al trabajo increíbles. No pueden estar parados ni un momento, porque creen que no hay que desperdiciar un solo instante: "hay que luchar mucho para conservar lo heredado y crear un acomodo para los hijos". Nunca calculan el esfuerzo que cuesta lograr algo, y sólo les complace lo conseguido, aun cuando sea poco. Pero esa misma pasión por el trabajo es también en muchas familias la causa de determinadas deficiencias personales de los hijos, al obligarles a trabajar en exceso en la etapa de su desarrollo, así como de cierta tendencia a la imitación y el seguidismo y a la rutina, que muchas veces deriva en tozudez, que es otro rasgo importante y frecuente de la psicología típica de este tipo de población.

Las gentes de las zonas montañosas de la mitad norte de la Península sentían mayor atracción por la acción que por la palabra y la reflexión. Eso no supone ninguna inferioridad intelectual de la población dispersa a nivel individual. Pero, aun cuando los adelantos intelectuales han sido siempre obra de individuos, las relaciones personales en las que el individuo se halla inserto facilitan el desarrollo intelectual de éste.

Con todo, si bien la población dispersa no sobrepasa a la población concentrada en creación intelectual, destaca de modo claro en lo que atañe a la unión de la actividad y la guía teórica (la inteligencia) que se identifica en la habilidad manual, técnica, en la práctica.⁴³ Y esto, como corresponde a un desarrollo de la personalidad básicamente fundamentado en la experiencia

⁴³ Para comprobar que esto es así, sería muy interesante la comparación entre la producción y la creación intelectual y artística en la mitad sur de la Península, con una población altamente concentrada, y las de la mitad norte, de población predominantemente dispersa.

ganada por el individuo (con un aporte sólo secundario de la experiencia social que se canaliza a través del lenguaje), eso sí, siempre condicionada por las relaciones personales y, por lo tanto, también por la disposición de la vivienda.

III. La comunicación interpersonal en una aldea agrícola de subsistencia (1985)⁴⁴

«En realidad, se hablaba poco, muy poco, lo mismo entre los familiares que entre los vecinos. Los campesinos de la aldea trabajaban mucho; con frecuencia, sin demasiada eficacia, pero siempre estaban haciendo algo. Las gentes de la aldea protoartesanal eran poco propensas a conversar demasiado, y eran poco apreciados los charlatanes, que podían estar mano sobre mano, dándole a la lengua.»

Un estudio antropológico, con centro en Fabero del Bierzo en los años 20

La relación entre la antropología y la comunicación no puede ser más íntima. Mientras la primera estudia las relaciones del hombre con el entorno natural y -por una necesidad derivada- las relaciones de los hombres con su entorno social, la segunda estudia, por un lado, los resultados representativos, cognitivos, de las relaciones del hombre con la naturaleza, y, por otro, los contenidos de las relaciones de los hombres entre sí; esto es, las relaciones que proporcionan los elementos representativos constitutivos de las conciencias. Además, en antropología, no se puede ni se debe olvidar que los hombres antes de relacionarse, de interactuar, con la naturaleza durante los largos años de desarrollo infantil y, a veces, juvenil (durante el aprendizaje), se relacionan intensamente entre sí: los niños y los jóvenes son modelados por su entorno social. De modo que, cuando ocupa su puesto entre los adultos de su grupo social para luchar con la naturaleza, para forzarla a producir los recursos necesarios para subsistir, el niño -y, en medida variable, el joven-, ha sufrido ya un largo proceso de modelamiento, de condicionamiento, para interiorizar la experiencia social (el conocimiento) ganada por el grupo, indispensable, para convivir en el mismo (sin destruirlo) y para garantizar la supervivencia de todos.

El trabajo que sigue es un estudio antropológico con una atención especial a la teoría de la comunicación, ya que en él se analizan la relación entre las personas, en su función de transmitir experiencias (representaciones cognitivas) necesarias e indispensables para guiar la actividad productiva de cada hombre, y los condicionamientos sociales que facilitan o perturban la comunicación interpersonal, el diálogo, las conversaciones.⁴⁵

Es necesario señalar que, en ausencia de instituciones educativas especializadas y de las consiguientes fuentes de información, en la aldea agrícola de subsistencia (que, en la nueva periodización de acuerdo con el nivel tecnológico elaborada por A. Leroi-Gourhan,⁴⁶ corresponde a la aldea

⁴⁴ *Los Cuadernos del Norte*, 29 (1985), pp.21-31. El manuscrito original (en el que faltan los primeros párrafos, de tipo introductorio) se conserva en el archivo del autor con el título «Los motivos de conversación en una aldea agrícola de subsistencia». (*N. del E.*)

⁴⁵ Este estudio forma parte del número monográfico de la revista a cargo de la Sección de Métodos de Investigación y Teoría de la Comunicación (Departamento de Sociología IV) de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, con centro en la problemática de la comunicación. (*N. del E.*)

⁴⁶ A. Leroi-Gourhan, *Évolution et Techniques, I, L'homme et la matière*, Paris, Edits. Albin Michel, 1971, pp.41.42.

protoartesanal), las relaciones comunicativas interpersonales -la conversación- constituyen el cauce único y fundamental para transmitir experiencia, y, junto con la acción demostrativa y su correlato, la imitación, son los componentes básicos del proceso de aprendizaje para niños y jóvenes, así como de la difusión del conocimiento entre adultos.

La aldea que sirvió de base a este estudio –Fabero del Bierzo- *estaba* situada en las estribaciones meridionales de la Cordillera Cantábrica y en la parte noroccidental de la provincia de León (precisamente, en los límites del bable, del gallego y del leonés); y, cronológicamente, los datos del mismo corresponden a su etapa final, entre 1920 y 1930, en vísperas de su transformación en un importante centro minero.

Por lo que se refiere a los recursos técnicos, al modo de producción y al nivel cultural, la aldea se encontraba en una etapa de desarrollo en la que el artesano se veía obligado a dedicar parte de su tiempo y esfuerzo a las labores agrícolas para obtener los recursos de subsistencia de él y su familia que no podía conseguir solamente con su oficio. Esto era debido, en parte, a que los campesinos realizaban por sí mismos muchas de las tareas y operaciones que podrían ser confiadas a los artesanos, como construir o componer un arado, hacer un “ingazo” (biello de madera) o un mallo (mayal), recomponer una pared, poner el mango a un hacha o una azada, etc. El único artesano que *casí* podía vivir sin tener que recurrir a la obligación de producir sus medios de subsistencia era el herrero.

Venían a reforzar esta atribución de la aldea a una categoría tan primaria del desarrollo tecnológico el predominio de los instrumentos y utensilios de madera, la forma de realizar las labores, la estructura y la forma de las viviendas, el tipo de los alimentos y el carácter autosuficiente y cerrado de la economía de los campesinos.

Aunque este trabajo ha sido redactado expresamente para esta revista, los materiales y datos fundamentales pertenecen a la obra preparada durante los años 1955 a 1965, sobre la base de recuerdos infantiles, enriquecidos y corregidos por una amplia serie de testimonios de personas de avanzada edad, que poseían una amplia experiencia de la vida de la aldea. El título, hasta ahora provisional, es «La ruina de una cultura tradicional: de la aldea protoartesanal a la industrialización (El caso de Fabero del Bierzo).»⁴⁷

⁴⁷ Dicho trabajo se publicaría 11 años más tarde en forma de libro, previa reducción del alcance del proyecto primitivo (no localizado aún), como explicaría su autor en sus «Palabras Previas».

«A finales de los años cincuenta recogí información impulsado por el temor a la desaparición de las personas, cada vez menos en número, con el agravante de que de algunas no pude obtener ningún tipo de información. Debí de ser en los primeros años sesenta cuando empecé a recoger información de manera sistemática, y también debí de ser por entonces cuando elaboré el primer proyecto de mi estudio. Indudablemente, este primer proyecto (que aún conservo) era muy ambicioso, ya que debía estar formado por cuatro cortes panorámicos en la vida de la aldea, que serían estudiados comparativamente para identificar los cambios que se habían producido. Debido a exigencias de mi trabajo -al poco tiempo disponible- y a la falta de datos (en particular para los dos primeros cortes, ya que los archivos municipales fueron quemados por los mineros en la intentona revolucionaria de diciembre de 1933), no podía disponer de los datos que suelen existir en todos los ayuntamientos sobre la vida económica y los movimientos demográficos; por ello, el ambicioso proyecto fue reducido al corte panorámico inmediatamente anterior a la expansión de las explotaciones mineras, que dio lugar a una fuerte inmigración y a un crecimiento de la población, tan rápido, que trastornó las costumbres y desorganizó las

A. Algunos rasgos característicos de la aldea protoartesanal

En una aldea protoartesanal, caracterizada por una agricultura de subsistencia, la propiedad minifundista de la tierra, una forma de poblamiento disperso y el predominio pleno de la educación familiar, la comunicación interpersonal era notable, abiertamente, contradictoria.

Si se parte del hecho irrecusable de la ausencia de formas de educación especializadas, transmisoras de conocimientos y de experiencia por vía verbal o escrita, en la aldea protoartesanal la conversación (junto con el ejemplo demostrativo) era la única forma de transmitir experiencia; y no sólo para transmitir una experiencia tan necesaria para unos campesinos que realizaban tareas tan diversas y complejas como la exigidas para producir todo lo necesario para subsistir, sino también para la complacencia, entretenimiento y satisfacción personal. Otra exigencia imperiosa de comunicación era la implicada en la educación de los hijos; tarea de hecho exclusivamente familiar.

Obstrucción del diálogo por el individualismo subjetivo, la disposición espacial de la vivienda y una educación dura y limitada a la propia familia

Pero, si eran indudables las ventajas y el interés de la comunicación interpersonal, los obstáculos y las dificultades que la obstruían y empobrecían no eran menos importantes.

Entre los estorbos que dificultaban la comunicación hay que mencionar, ante todo, el esquinado individualismo. El poseer unas parcelas de tierra, una pareja de vacas viejas y flacas, una casa (mejor dicho, una cuadra, un corral descubierto, un cilleiro, un *palleiro* y una cocina, que servía de todo, incluso para dormir, cubierto todo de paja),⁴⁸ cuatro ovejas, alguna cabra, un burro, pan (de centeno), patatas y castañas, que, junto con berzas y repollo, les permitía no morir de hambre, aunque padecieran diversas carencias; y ese mismo hecho también les hacía sentirse no sólo iguales sino además no inferiores a nadie, e insolidarios por completo.

La disposición espacial de las viviendas -la forma de poblamiento- venía a reforzar ese individualismo hirsuto: caracterizada por casas separadas unas de otras por prados, huertas e incluso tierras de cereal, dificultaba los encuentros personales, hasta el extremo de que muchas familias podían pasar días sin encontrarse con ningún vecino. Aparte de que tal aislamiento influía también sobre el atavío y el aseo personales: vestidos desgarrados y sucios, o constituidos por remiendos superpuestos. En cuanto a lavarse, en el mejor de los casos se enjuagaban un poco la cara los domingos, o antes de las dos fiestas del pueblo, San Blas y el Corpus (los hombres se habrían bañado de muchachos en el arroyo; las mujeres, nunca).

formas socio-culturales de la aldea». (*Los trabajos y los hombres. La desaparición de la cultura familiar en Fabero del Bierzo*, Madrid, Endymion, 1996, p. 10).

Por lo demás, el manuscrito original finaliza con este otra puntualización: «Aunque este trabajo fue escrito para este número monográfico, en realidad está concebido como un capítulo del libro, elaborado hace años, *La ruina de una cultura tradicional: de la aldea protoartesanal a la industrialización (El caso de Fabero del Bierzo)*. {N. del E.}.

⁴⁸ Véase al respecto el Apéndice 5: «De la casa larga centroeuropea a la casa con patio interior (corral) de Fabero». (N. del E.).

Con todo, el obstáculo más grave para una comunicación interpersonal fluida y viva procedía de la educación, básicamente familiar, debido al aislamiento de la familia. Eso mantenía al niño -hasta los 6, 7 ó más años- al margen de cualquier relación con otros niños o personas que no fueran de la familia. A lo que hay que añadir la dureza del trato infligido al niño por la misma: la rudeza del trabajo que absorbía a los adultos (y a los niños mayores) no les dejaba a los padres tiempo para ocuparse de los hijos pequeños, que quedaban al cuidado de otros niños o de un adulto impedido para trabajar. Así, al carecer de hábitos de sociabilidad, los muchachos (los *rapaces*) rehuían siempre que podían a los vecinos y evitaban o huían de toda persona desconocida.

Las condiciones objetivas y subjetivas para comunicarse no podían ser, pues, más desfavorables y adversas. Y, por otra parte, los intereses que estimulaban la comunicación resultaban gravemente distorsionados por el falso orgullo de no sentirse inferior ni rebajado.

Esto último puede aclararse con un ejemplo. En la aldea había “líderes”, personas que habían sido capaces de reunir una rica experiencia en su trabajo y sabían aplicarla; conocían los signos que anunciaban el buen tiempo,⁴⁹ sobre todo en momentos decisivos de la recolección, la siega y la recogida de la hierba, en la siega del pan y en las majas. Pues bien: había vecinos -y no eran los menos- que eran incapaces de pedir consejo a los “líderes”, pero andaban vigilantes para imitarlos, haciendo lo mismo que ellos hacían.

B. El mundo ideal o representativo de la aldea

Un componente de la cultura popular, como trasunto ideal del medio real

Toda actividad concreta con lo real produce representaciones, ideas, en la medida en que son desprendidas de la experiencia. Así, los campesinos, a lo largo de siglos, en su ininterrumpida actividad con la tierra, las plantas, los animales (domésticos) y los materiales para hacer casas (piedra, barro, madera, hierro, etc.) mediante sus instrumentos, fueron desprendiendo representaciones, ideas, de su experiencia, generada en la acción por el esfuerzo muscular. Y, aunque fuera muy poco lo desprendido en cada acción, ¡se repetía ésta tantas veces! que se fue configurando una réplica, un trasunto (una copia ideal o representativa) del mundo real objeto de la acción reiterativa de los campesinos; en otras palabras, de su medio.

Ese trasunto o duplicado representativo de lo real aparece en gran parte decantado en el lenguaje, en refranes, narraciones y cuentos, así como en las costumbres, rituales, actividades lúdicas, utensilios, etc., incluyendo también todo ese saber hacer (*know-how*) transmitido de padres a hijos sin desprenderlo totalmente de la experiencia acuñada por la acción y que se aprendía por imitación, por efecto demostrativo. Era como una especie de película desprendida cuidadosamente del mundo real -del suelo trabajado por los hombres- y que conservaba registrados todos los esfuerzos, esperanzas e inquietudes de las generaciones pasadas.

⁴⁹ Ver G. Alonso de Herrera, *Agricultura General*, edición crítica y prólogo de Eloy Terrón (Madrid, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Agricultura, 1981), p. 11, nota 9.

Era un hecho que cada palmo de tierra, cada pie de castaño, cada cepa de viña, tenía su historia y formaba parte de la vida de la aldea. Es más: cada parcela de tierra, cada cantero de prado, cada “castañal”, tenía su nombre propio; y, a veces, era tal el cuidado que se ponía en nombrar esos parajes que dos parcelas contiguas pero pertenecientes a distintas “casas” recibían nombres distintos, expresando así la importancia y la significación que aquéllas atribuían a la tierra. De modo que esa riqueza de topónimos locales (hoy totalmente desvanecida), constituía uno de los principales componentes del universo representativo, es decir, de la cultura de la aldea y lo más privativo de ella, ya que permanecía ignorado para los habitantes de las aldeas próximas, sólo a dos o tres kilómetros de distancia.

Otros componentes importantes de ese universo representativo (o duplicado de la realidad de aldea) eran la historia y las peripecias de cada “casa”, que formaban un tupido entramado de enlaces matrimoniales, de amistades y, a veces, de odios que trascendían a las generaciones. En la historia de cada “casa” entraban acontecimientos tales como muertes de personas largo tiempo evocadas, enfermedades, la quema de una casa, un suceso muy recordado por el terror que inspiraba, algún raro homicidio y otros acontecimientos que hacían época, como el del caminante nocturno devorado por los lobos, los años de la filoxera (cuando desaparecieron las vides tradicionales) o el del terrible del “mal de moda” (el año de la gripe, 1918-1919), la avenida tremenda del arroyo de Luisalto (¿Luis Alto?), el fuego de la *Dehesina* o la muerte repentina del Cura Viejo en un camino.

Ese universo representativo abarcaba la vieja cultura popular, no escrita -no reelaborada por especialistas-, pero cuyos contenidos bastaban para proporcionar orientación para la vida, solaz espiritual y guía para todas sus actividades a los hombres y mujeres de las pequeñas comunidades campesinas, que, gracias a ella, pudieron sobrevivir con cierta seguridad durante milenios. Esa cultura popular constituía el reservorio en el que los campesinos, desde el Neolítico, vertieron desorganizadamente toda su experiencia y del cual tomaban todo conocimiento necesario, tanto para su complacencia espiritual como para resolver sus dificultades de todo orden: desde prever el tiempo hasta cuidar una vaca enferma, pasando por la construcción de un arado o levantar una pared. Porque un campesino dedicado a la agricultura de subsistencia tenía que saber muchas, pero muchas cosas; muchas más de las que un habitante de la ciudad se imagina. Lo que no quiere decir que supiera hablar de todas, aunque supiera hacerlas.⁵⁰

C. Temas y ocasiones para conversar

Parquedad de los mismos por la rareza y nimiedad del acontecer público, lo azaroso de los encuentros y el bloqueo de la capacidad de abstracción

Algunos de los obstáculos que dificultan la comunicación interpersonal en la aldea protoartesanal se han mencionado ya: el individualismo hirsuto de los campesinos de subsistencia, el relativo aislamiento determinado por la disposición espacial de la vivienda (la forma de poblamiento disperso) y las

⁵⁰ Un ejemplo de la diferencia entre hacer una cosa y describirla lo tenemos a nuestro alcance: describir o explicar a alguien que no sabe hacerse el nudo de la corbata cómo se hace éste, empleando sólo palabras, sin demostraciones ni gestos.

limitaciones de la educación de los niños, confinada al estrechísimo círculo familiar. Pero a esos obstáculos hay que sumar otros, quizás aún más graves aunque estrechamente relacionados con los citados, entre los que hay que destacar el bajo nivel de abstracción, la escasez de encuentros personales (condición objetiva primaria para la práctica de la conversación) y el desaliño personal, que hace que los campesinos rehúyan la interacción personal (y, en consecuencia, la ocasión objetiva necesaria de toda conversación).

A la vista de esos obstáculos, no es extraño el retraimiento comunicativo de los campesinos de la aldea protoartesanal. De hecho, parece constituir un fenómeno general en todas las zonas de población dispersa y semidispersa,⁵¹ rasgo que caracteriza a la cornisa océano-cantábrica y regiones montañosas del interior de la península y que ha sido objeto de diversas explicaciones.⁵²

En la literatura se ha hecho mucho uso del contraste entre el montañés -conciso, lacónico, parco- y el andaluz -locuaz, alegre, chispeante. Este contraste es real, y testimonia otras muchas diferencias de carácter y de personalidad, que trascienden al plano social y político. Y, de nuevo, la base de estas diferencias está en un hecho frecuentemente pasado por alto: que las relaciones sociales (personales) significativas entre iguales constituyen los genuinos cauces por los cuales el individuo recibe la inmensa mayoría de la información indispensable para adaptarse al medio y configurar su personalidad. Es un hecho incuestionable que la experiencia ganada individualmente -aun en el medio primario de la aldea protoartesanal- constituye una fracción insignificante de los contenidos representativos (intelectuales) de cada persona: tan importante es la comunicación interpersonal (esto es, el diálogo).

Con todos los supuestos y antecedentes expuestos a la vista, no debe extrañar que, a pesar de la enorme importancia de la conversación para los individuos, ésta era (y, en circunstancias similares, sigue siéndolo) más bien pobre; mejor dicho, notablemente pobre. Los campesinos de la aldea protoartesanal hablaban poco, demasiado poco, en parte porque tenían poco que decirse y en parte por falta de ocasiones para conversar.

Habría que analizar las conversaciones bajo tres aspectos: en relación con la capacidad de abstracción, como determinadora de los contenidos sobre los que conversar generados subjetiva e individualmente; en cuanto a los acontecimientos "públicos", conocidos por todos los interlocutores y que pueden suscitar y alimentar la conversación (acontecimientos a veces tan nimios como el de que la burra del Tío Coque se comió las berzas del Tío Cánovas); y, en fin, respecto a las ocasiones de conversar: encuentros casuales en las calles de la aldea, cruzamientos en las roderas campestres, coincidencia en el laboreo de

⁵¹ Conviene recordar un hecho histórico muy importante. A saber: que la dispersión y aislamiento de la población constituyó la condición óptima para el establecimiento y el afianzamiento del feudalismo y sus características formas de explotación y de opresión (represión) física, militar y espiritual (léase, religiosa).

⁵² Roman Oyarzun en su *Historia del Carlismo* (Madrid, Ediciones Fe, 1939, pp.332-333) dice, acerca de la relación inversa entre el número de periódicos neocatólicos y el número de guerreros voluntarios, que la explicación "pudiera ser que los navarros, vascos, aragoneses, etc., son amantes de la acción y los españoles de otras latitudes lo son más de la palabra y de la oratoria...". {Ver también el artículo de E. Terrón, «La disposición espacial de la vivienda y su influencia sobre la comunicación y la personalidad», *Revista Internacional de Sociología* (en prensa).}

una parcela o de un canto de prado, pastoreando el ganado o regando en las linasres, o tal vez al salir de misa, etcétera.

Los encuentros casuales eran, sin duda, las principales ocasiones de conversación, aunque también de las conversaciones más banales y menos interesantes.

Es necesario recalcar que era una grave falta de educación pasar al lado de una persona sin saludarla, aunque fuese desconocida (si no lo era, constituía una auténtica grosería). Al cruzarse en las calles o en un camino las personas se saludaban dándose los buenos días y, en la mayoría de los casos, diciéndose hacia dónde se dirigían, si acaso no se podía apreciar por los utensilios que ambas portaban. Si una persona iba de camino y encontraba a otra trabajando, el caminante saludaba al que estaba trabajando con un “¡Dios te ayude!”, que era contestado con un “Él te acompañe” o “Él vaya contigo”.

Naturalmente, la educación familiar influía de modo determinante en la mayor o menor facilidad para relacionarse: había personas que saludaban de manera cordial y abierta, pero también las había que contestaban con una especie de gruñido hosco, sobre todo, tratándose de gente joven. Tal actitud hosca y huraña tiene mucho que ver con la educación familiar y con la capacidad de abstracción ganada por el individuo.

En cuanto a la educación, hay que decir que era muy dura, y, en algunas familias a veces brutal. Se formaba a los niños en los trabajos más duros, demasiado pesados para las espaldas infantiles, y el palo (la “aguillada”) era el instrumento corrector. Padres había que no tenían nunca un gesto de afecto ni de comprensión para el niño, que obraba siempre bajo el impulso del miedo. Por su parte, la madre era la guardiana rigurosa de la alacena y del arca, y educaba a sus hijos en el hambre “atenuada”: tenía que hacer llegar los productos de la cosecha hasta la siguiente.

Educados los niños de esta manera como fuerza de trabajo, en la escasez mezquina, sin afecto que germinara en ellos confianza abierta, simpatía, no sólo hacia los miembros de la familia sino también hacia los demás, y dominados por un trabajo embrutecedor, por el miedo al palo y a la mezquindad, nada tiene de extraño que la capacidad de abstracción de estas gentes se viese profundamente perturbada. El miedo al castigo por hacer mal las labores les impedía liberar el pensamiento de la acción, aunque ésta fuese rutinaria. El pensamiento se ceñía a la acción.⁵³ No había espacio para divagar. Tampoco para pensar en la acción y desprender la experiencia generada; esto es, para liberar como conocimientos expresables en palabras, en ideas, los contenidos preferentes de las conversaciones. Muchos hombres y mujeres, y sobre todo los muchachos, no tenían nada interesante, común, que contarse.

La vida en las aldeas protoartesanales (algunas, muy pequeñas: Bárcena de la Abadía, por ejemplo, sólo tenía 15 vecinos, 15 “casas”) era muy semejante. Cada una de ellas era todo un pequeño mundo que abarcaba

⁵³ Incluso una tarea tan sencilla como pastorear las vacas en un prado (ocupación muy frecuente de los niños) era dura y absorbente, porque había que estar atentos para evitar que los animales se comieran la hierba o el “otoño”, las berzas, las patatas o el pan, propios o del vecino, lo que habría originado el castigo consiguiente; de modo que una tarea tan simple se convertía en una dura disciplina de penosa atención para el niño, a veces desde una edad bien temprana.

personas con disposiciones y aptitudes muy diferentes: desde algunos tarugos (bastantes, en diferentes grados) hasta una minoría de personas reflexivas, ponderadas, inteligentes, capaces de elaborar experiencia en conocimiento representativo, de comunicarlo y de aplicarlo a resolver viejos y nuevos problemas, y de imaginar variantes inéditas en la secular rutina de la aldea, abriendo así el camino a innovaciones, que, aunque raras y criticadas, se producían de vez en cuando.

Tales personas constituían los líderes, no reconocidos pero sí aceptados, de la aldea. Eran las que hablaban en los consejos (“consejos”) y en las reuniones informales de los domingos a la salida de la misa en el atrio cubierto de la iglesia, después de la subasta del pan de las ánimas. Intervenían en las partijas (de las herencias) como buenos componedores y sabían redactar las hijuelas pertinentes, así como en cualquier acto de transmisión de bienes por cambio o por venta, etc. Y el pedáneo, el juez, el alcalde y otros dirigentes de la aldea y del municipio salían de entre esos hombres.

Los acontecimientos públicos, los cambios en el medio social eran extraordinariamente escasos, muy raros y, por tanto, muy insuficientes para alimentar las conversaciones. Claro que los acontecimientos de aldea no tenían nada en común con los que llaman la atención en la sociedades actuales, ya que por lo general pertenecían a la categoría de los hechos más nimios, aunque alteraban la apacible rutina y el lentísimo ritmo de la vida aldeana: riñas entre vecinos; alguna persona que se había puesto enferma; algún nacimiento, bautismo o boda; el extravío de un animal doméstico; las consecuencias de una tormenta; y otros parecidos.

De modo que, aunque las ocasiones de conversar no eran muy frecuentes, los temas de charla eran muy escasos y de lo más intrascendente. Las personas con mayor capacidad de abstracción eran capaces de inventar temas o contenidos de conversación, pero no estaba bien visto perder el tiempo de charla. Aunque el tiempo lo daba Dios de balde, la charla no se valoraba en exceso; era más apreciada la persona callada y trabajadora. Con todo, había ocasiones para disfrutar escuchando a alguna persona, buena narradora; como en el “filandón”, cuando se reunían en la cocina de alguna vivienda cómoda mozas y mozos, niños y personas mayores, que después de bailar al son de la pandereta, oían con placer algún cuento mientras comían castañas asadas en el tambor.

En realidad, se hablaba poco, muy poco, lo mismo entre los familiares que entre los vecinos. Los campesinos de la aldea trabajaban mucho; con frecuencia, sin demasiada eficacia, pero siempre estaban haciendo algo. Las gentes de la aldea protoartesanal eran poco propensas a conversar demasiado, y eran poco apreciados los charlatanes, que podían estar mano sobre mano, dándole a la lengua.

IV. Norte-Sur: Formas de convivencia y racionalidad (1985)⁵⁴

«El origen y desarrollo de la personalidad residen en la relación del individuo con los demás. Cuanto mayor sea el número de personas con las que se relacione un individuo, tanto más numerosas y diversas serán las concepciones de la realidad, los puntos de vista; y, a través de esa interacción, las diversas aportaciones de experiencia entrarán en conflicto y se depurarán. Si la personalidad se construye sobre la base de la relación directa de sólo dos personas, será como si sólo se dispusiera de dos puntos de vista para considerar la inmensa riqueza, plural y polifacética, de la realidad. La pobreza de pensamiento y de experiencia -de conciencia- del individuo formado en tales condiciones sería manifiesta. En cambio, la comunicación directa con un gran número de personas otorga siempre cierto sentido de la relatividad de las opiniones y de toda experiencia.»

Introducción

Condicionamiento de la personalidad por las diversas formas históricas de convivencia creadas por el hombre en su interacción con el medio

Los especialistas en la subjetividad y en el logro de la felicidad y la realización personales vinculan cada vez más la satisfacción de las necesidades individuales con la de las colectivas y con el medio social en general. Algunos representantes del psicoanálisis moderno, como Carlos Castilla del Pino en España o Michael Sneider y Horst-E. Richter en Alemania, han aplicado sus esfuerzos a entender y explicar los problemas psíquicos en función de la relación del hombre con el medio social. Se observa que, una vez alcanzado cierto nivel de expansión material, surgen, sobre todo en ciertos sectores sensibilizados de la juventud y de la intelectualidad, nuevas necesidades y modelos (Leitbilder), reflejados en el desencanto con los sistemas políticos actuales, en el rechazo de los ritmos crecientes de productividad, del egoísmo,

⁵⁴ Mecanoescrito, fechado en Madrid en septiembre de 1985, y firmado conjuntamente por Eloy Terrón y Vicente Romano. El título va seguido de la siguiente llamada general:

«El presente trabajo se apoya: 1) en las reflexiones efectuadas por Eloy Terrón en una conferencia dada en el Colegio Mayor San Juan Bautista, Universidad Complutense de Madrid, en mayo de 1965*, y en las conversaciones que últimamente han mantenido casi a diario ambos autores en relación con la comunicación y la solidaridad humana; 2) en las experiencias y vivencias personales, y el común origen campesino, del Norte, uno, el de Eloy Terrón, y del Sur, el otro, el de Vicente Romano, así como en su común dedicación académica como profesores de Teoría de la Comunicación en la Universidad Complutense de Madrid; y 3) en las nociones de medio, basadas en las teorías del biólogo evolucionista español Faustino Cordon, con quien mantienen una relación de colaboración y amistad, muy larga por parte de Eloy Terrón, y menos larga por parte de Vicente Romano.

El trabajo está concebido como una aportación al diálogo Norte-Sur y como una reivindicación de la cultura del sur de España, en particular, y de la cultura del mediterráneo, en general».

Por lo demás, la introducción es básicamente de Vicente Romano, el último apartado recoge las conclusiones del diálogo entre él y Eloy Terrón sobre la problemática que se apunta en la misma, pero el resto del texto de Terrón; y eso explica las diferencias de estilo - más formal y académico el de Romano, y más personal y hondamente crítico el de Terrón.

* Esta fecha es errónea; la conferencia -que se incluye aquí como capítulo 1- se impartió en mayo de 1969. (N. del E.). (N. del E.).

y de unas relaciones sociales que fomentan el aislamiento, la fragmentación social del individuo, la angustia y el empobrecimiento espiritual.

H.E. Richer describe la situación así:

«Man sucht wieder einen Weg nach ihnen. Man sucht nach Befreiung vom Zwang zu hektischer Leistungsaktivität, zu permanenter Gefühlsunterdrückung, zu expansiver Rivalität als Prinzip. Man sehnt sich umgekehrt danach, seine verdrängten Gefühle wiederzuerwecken und in eine möglichst breite Kommunikation mit anderen einzubringen. Integration in Gruppen und Solitarität sind wesentliche neue Ziele. Man will Isolation überwinden, wo immer man dissoziiert ausgesetzt ist: am Arbeitsplatz, innerhalb der Familie, aber zugleich zusammen mit der Arbeitsgruppe und der Familie, aber zugleich zusammen mit der Arbeitsgruppe und der Familie gegenüber der übrigen Gesellschaft. Man sucht nach Selbstverwirklichung in kleinen Gruppen, aber man will diese kleinen Gruppen wiederum nach aussen geöffnet sehen. Und man will sich speziell mit denen solidarisieren, gegen die man sich unnatürlicherweise polarisiert fühlt, also mit dem anderen Geschlecht, mit abgegrenzten Minderheiten und Randgruppen. Statt immer nur expansiv konkurrierend vorwärts blickt man zurück und sucht an diejenigen wieder Anschluss zu finden, die von der Konkurrenzgesellschaft abgehängt sind: die Unterprivilegierten, die Armen, die Kranken, die Alten, die Schwachen.»⁵⁵

Pero muchos de esos buenos deseos de establecer un comportamiento solidario en las relaciones humanas (propios de quienes tienen bien cubiertas sus necesidades materiales) se ven bloqueados por las estructuras sociales, anacrónicas y por sus mecanismos defensivos.

«Man will sich solidarisieren -dice Richter, una página más adelante- und muss doch aus unbewussten Drang rivalisieren. Man will sich den anderen Menschen öffnen, und kann es nicht. Man will auf die anderen zugehen und ertappt sich dabei, dass man diese statt dessen misstrauisch belauert. Man wartet auf die Annäherung der anderen und stösst diese doch wieder aus einem Übermass egozentrischer Kränkbarkeit heraus zurück.»⁵⁶

La "Missverhältnis zwischen sich verwandelnden allgemeinen Bedürfnissen und änderungsbedürftigen gesellschaftlichen Zuständen"⁵⁷ produce un sufrimiento (Leiden) socialmente mediado que afecta de forma e intensidad diferente a los hombres. La competencia y el beneficio privado, principios rectores de lo que se denomina "sociedad avanzada", fragmentan las

⁵⁵ «Se vuelve a buscar un camino interior. Se busca la liberación del rendimiento febril, de la represión de los sentimientos, de la rivalidad expansiva como principio. Y, por el contrario, uno anhela revivir sus sentimientos reprimidos y ponerlos en la comunicación más amplia posible con los otros. La integración en grupos y la solidaridad son los nuevos objetivos esenciales. Se quiere superar el aislamiento dondequiera que uno esté expuesto a él: en el centro de trabajo, en la familia; pero, al mismo tiempo, junto con el grupo de trabajo y la familia frente al resto de la sociedad. Se busca la autorrealización en los pequeños grupos, pero también se quiere que estos pequeños grupos estén abiertos al exterior. Uno se quiere solidarizar especialmente con quienes uno se siente polarizado de forma antinatural; esto es, con el otro sexo, con las minorías y grupos marginados. En lugar de avanzar cada vez de modo competitivo, se mira hacia atrás y se busca la conexión con quienes la sociedad competitiva ha descolgado: los que carecen de privilegios, los pobres, los enfermos, los viejos, los débiles.» (Horst E. Richter, *Lernziel Solidarität*, Rowohlt Verlag, Reinbeck bei Hamburg, 1974, p. 18).

⁵⁶ «Uno pretende solidarizarse, y sin embargo se ve forzado inconscientemente a rivalizar. Uno quiere abrirse a los demás, y por el contrario se sorprende acechándolos con desconfianza. Se espera la aproximación de los otros, y su vuelve a rechazar por exceso de malestar egocéntrico».

⁵⁷ «Desproporción entre necesidades generales cambiantes y situaciones sociales necesitadas de cambio»

relaciones sociales, producen el aislamiento del individuo y generan toda clase de angustias.

El hombre intenta (sin éxito) compensar esas carencias rodeándose de objetos que utiliza para rivalizar con los demás y que tiene que proteger con puertas blindadas. Al final, se tiene un aislamiento todavía más acentuado. Las personas más sensibilizadas quieren salir de esa situación intentando mejorar sus relaciones sociales. Su malestar (Unbehagen) se manifiesta en los deseos de crear formas de convivencia más humanas y comunicativas, es decir, más solidarias y participativas.

Como se sabe, el psicoanálisis sostiene que los cambios sociales progresistas sólo pueden efectuarse y mantenerlos los individuos que hayan cambiado psíquicamente y que hayan iniciado previamente ese proceso interno de reeducación (Ümerziehung); es decir, que la formación de la personalidad debe preceder al cambio del medio. Así, para H.E. Richter, la solución al aislamiento personal existente en las sociedades "avanzadas" consiste en el continuo proceso de intercambio entre Selbsterziehen y Erziehen (autoeducación y educación) con el objetivo de aprender la solidaridad y de poder crear así formas de convivencia que permitan la producción de hombres más felices.⁵⁸

Aquí se expone, sin embargo, una tesis diferente. En su interacción con el medio, el hombre ha creado a lo largo de la historia distintas formas de convivencia que condicionan la conciencia (esto es, la personalidad). La disposición de la vivienda, en concreto, es una de las condicionantes básicas de la personalidad, y a la que, a nuestro juicio, todavía no se ha prestado la atención debida.

Existe la creencia general de que la forma de convivencia humana del centro y norte de Europa es la más avanzada y progresista, en comparación con la del sur. Hasta ahora, el sur de España -y, por extensión, la cultura mediterránea- se ha valorado más por su pasado, su folklore y su clima para solaz de vacacionistas que por su forma de convivencia humana. Pero, aunque el sur tal vez pueda aprender algo del norte en el ámbito de la producción de bienes materiales, no es menos cierto que el norte puede aprender otro tanto del sur en la esfera de la producción de hombres. La forma de convivencia humana desarrollada históricamente en el tercio sur de España -y especialmente, en Andalucía- contiene algunos de los rasgos buscados por los planificadores del futuro, al menos en lo que a sentimientos colectivos y solidarios se refiere.

Antes de inventar algo nuevo habría que estudiar las posibilidades de desarrollo y aprovechamiento de lo ya existente. De lo contrario, se corre el peligro de dar un salto en el vacío. En cualquier caso, la comparación cultural es siempre enriquecedora, pues a través de ella se pueden descubrir mejor los defectos y virtudes, propios y ajenos.

⁵⁸ Véase *Ob. cit.*, p. 316.

A. Las dos tareas básicas de la humanidad

Pase al primer plano histórico de los problemas de la producción de la subjetividad, una vez garantizada la atención de las necesidades básicas

La humanidad se ha enfrentado desde sus orígenes a dos tareas básicas: la producción de bienes materiales para el sostenimiento de la vida y la producción de hombres para la reproducción de la fuerza de trabajo. Sin embargo, aunque para muchos pueblos todavía sigue siendo vital la producción de alimentos y otros bienes materiales, el nivel actual de desarrollo de la técnica y de las fuerzas productivas permitiría hoy solucionar esa tarea. En realidad, la ha solucionado ya en algunos países llamados “desarrollados”. Aparte de que el hecho de que el hambre y las epidemias azoten aún a numerosas poblaciones del mundo no es tanto una cuestión de producción como de transporte y de reparto equitativo y solidario; esto es, de la transformación de unas estructuras sociales anacrónicas.

La producción de hombres pasa a ocupar el primer plano de la atención una vez que se ha cubierto la demanda de bienes materiales, o, al menos, se han satisfecho las necesidades elementales. Esto no quiere decir que antes no se hayan dedicado esfuerzos a la producción de hombres nuevos, pues esta tarea constituye un rasgo diferenciador y definidor de la especie humana. Pero esa dedicación se centraba sobre todo en el aspecto material de la reproducción de la vida: crianza y alimentación de los niños, enseñanza y aprendizaje de los procesos de producción, seguridad del alimento y el cobijo para la vejez, etc. De modo que se dejaron de lado los problemas de la formación de la subjetividad -de la producción de la conciencia-, como parte importante, esencial, de la producción de hombres, si bien dicho olvido se debió a la simplicidad de la organización social y a la estrecha dependencia del individuo respecto del grupo.

Ahora bien, conforme avanza la sociedad y aumenta la independencia del hombre respecto de la naturaleza, se complejiza la organización social. Eso facilita la independencia del individuo respecto del grupo, hasta dar al primero la sensación de que puede prescindir de la propia sociedad.

La interacción entre individuo y sociedad se presenta como una paradoja. Cuanto más primitiva es la técnica y menor el desarrollo de las fuerzas productivas, mayor es la dependencia del individuo respecto de la familia⁵⁹ y del grupo, y más pobre la subjetividad. Y al contrario: cuanto más avanzada es la técnica de producción y más compleja la organización social, mayor es la independencia del individuo respecto del grupo y más rica la personalidad. Y es en este último nivel de desarrollo humano cuando la actividad hasta entonces predominante, la producción de la vida material, cede terreno y da paso a la preocupación por la producción de la subjetividad, lo que supone un cambio cualitativo importante. El enriquecimiento de la conciencia es necesario para que los individuos puedan vivir dentro de los grupos sociales y para que sirvan de base al enriquecimiento posterior de la sociedad; y el

⁵⁹ Con todo, la enorme tasa de paro en los países desarrollados, especialmente entre los jóvenes, hace que muchos de éstos dependan hoy de los padres hasta bien entrados en la edad adulta, lo que da lugar a situaciones angustiosas y realmente dramáticas.

desarrollo e intensificación consiguientes de las relaciones sociales fuerzan -mejor aún, producen-, el desarrollo de la conciencia y de la personalidad.

El progreso técnico ofrece seguridad material. De hecho, en los países desarrollados ha desaparecido el temor milenarista a la hambruna y las epidemias, aunque todavía subsisten otras angustias y las bolsas de miseria, incrementadas por el paro. Pero el progreso tecnológico conlleva también la complejización de las relaciones sociales, y eso se traduce a su vez en la correlativa complejidad de la subjetividad, de la personalidad de los individuos.

B. La creación del medio humano

El trabajo, clave del origen y el desarrollo del hombre y su medio, y garantía de la reproducción de los hombres como fuerza de trabajo

Los bienes materiales se producen mediante el trabajo; esto es, con la acción y experiencia de la especie humana sobre la naturaleza. Como el resto de las especies animales, el hombre busca su alimento valiéndose de la propia acción y experiencia. Pero, al hacerlo, modifica determinados espacios naturales, valiéndose del trabajo, al adaptarlos a las necesidades que plantea la producción de hombres: esto es, *crea medio humano*.

La creación de un medio especial en la naturaleza es precisamente uno de los rasgos que diferencia y definen a la especie humana; y el proceso histórico de la creación y el perfeccionamiento de ese medio especial, lo que caracteriza el devenir del hombre, su humanización.

Como es sabido, el *homo sapiens* es probablemente la última especie animal aparecida en la biosfera. Eso significa que tuvo que desarrollarse entre otras muchas especies que ocupaban su hábitat. Pero, como es fácil colegir, cuando una especie aparece tardíamente en un hábitat muy complejo no puede responder a los numerosos y variados estímulos de su medio con respuestas prefijadas. Más bien tiene que carecer de reflejos incondicionados a fin de poder aprender a configurar y desarrollar una serie de respuestas (de reflejos condicionados) que se refuerzan con el uso y desaparecen con la falta de éste. De hecho, las criaturas humanas nacen prácticamente inermes, sin respuestas innatas, a diferencia de otras muchas especies cuyas crías aparecen insertas en su medio desde un principio, de modo que o reaccionan adecuadamente a los estímulos del mismo o perecen.

Ahora bien, el hecho de nacer en tal estado de indefensión e invalidez totales resulta ser precisamente una gran ventaja para el hombre. Por lo pronto, le fuerza a crear un medio para proteger y arropar a los nuevos miembros de la especie. Pero, además, ese medio encarna toda la historia y evolución de la humanidad, como materialización de todos los logros humanos: desde los brazos con que los homínidos protegían a sus criaturas hasta los modernos hogares electrificados y climatizados de hoy.

He aquí una nueva contradicción, un nuevo juego dialéctico entre individuo y sociedad. Los hombres crean el *medio humano* (lenguaje, instituciones sociales, herramientas, vestidos, muebles, edificios, aldeas, ciudades, etc.) para arropar y alimentar a sus criaturas en su inermidad. Ese estado de invalidez se prolonga durante muchos años, entre 15 y 20 (o más, en la sociedad actual, dado el paro, que afecta sobre todo a los

jóvenes⁶⁰). Pero desaparece una vez que los individuos se hallan en condiciones de valerse por sí mismos y se insertan de hecho en la actividad productiva.

Ahora puede entenderse mejor la complejidad del proceso de la producción de hombres y de la formación de la personalidad. Ese proceso no se limita a procrear niños, alimentarlos y cuidarlos hasta que sean adultos. En realidad consiste en *reproducir la fuerza de trabajo*, tarea esencial de todas las formaciones sociales a lo largo de la historia. De modo que la producción de hombres estriba en toda una serie de procesos sociales: engendrar niños; alimentarlos y cuidarlos; adaptarlos al grupo social; y transmitirles los conocimientos y las técnicas necesarios para su inserción en la actividad productiva social. Y todo ello, en ausencia del medio real en el que tendrán que desenvolverse al llegar a adultos.

Es fácil imaginarse el enorme esfuerzo suplementario que se imponen los adultos en la reproducción de hombres, o de la fuerza de trabajo. Esas tareas implican un trabajo adicional enorme, probablemente tanto como el correspondiente a la producción de bienes materiales. Y, en el curso de la historia, algunos hombres -no todos- las han realizado en beneficio de toda la sociedad y de la humanidad en general.

También resulta evidente el carácter necesario de los procesos de la adaptación al grupo y de la transmisión de conocimientos y técnicas de producción. Pues, de nada serviría criar individuos provistos de un saber hacer (*know how*, como se dice ahora) si éstos fueran incoherentes con el grupo social en el que tienen que desarrollar su vida, su convivencia con los demás, e incapaces de cumplir una función en la producción social. Tales son los procesos que convierten al individuo en un miembro útil a la sociedad.

C. El proceso de socialización

Configuración de la conciencia -o sistema de respuestas a los estímulos de la sociedad vertebrada por la palabra- por el grupo de pertenencia

En términos generales se denomina socialización al proceso social (esto es, realizado por muchas personas) a través del cual los niños se convierten en miembros útiles y eficaces del grupo, si bien, en realidad, se trata de la acción de todos los miembros adultos sobre los niños y los jóvenes y de la interacción de todos los adultos entre sí. El resultado de esa acción e interacción es la configuración y la adquisición por el niño y el adolescente del sistema de respuestas a los estímulos del medio humano aceptado por el grupo de convivencia: esto es, de la subjetividad o conciencia.⁶¹

Conviene recordar que el proceso de socialización del niño comienza con el aprendizaje y la asimilación de las respuestas a los estímulos que

⁶⁰ Los niños y adolescentes (y, hoy, buena parte de los adultos) no tienen, pues, acceso al trabajo, a esa relación especial con la naturaleza, que constituye su verdadero destino.

⁶¹ Hasta ahora, esa importantísima actividad social se ha desarrollado de un modo fundamentalmente inconsciente. A pesar de tener tantas y tantas repercusiones para el futuro de los individuos, el proceso de socialización tardó mucho en convertirse en una actividad especializada, en el sistema de educación. Aunque persiste otra actividad difusa: la acción de la convivencia (y, hoy en día, también la de los llamados medios de comunicación de masas).

inciden e incidirán sobre él. Buena parte de ese aprendizaje consiste en respuestas negativas, en inhibiciones; o, dicho de otro modo, en disciplina, o, mejor aún, en autodisciplina. Eso significa que el individuo ha logrado dominar sus respuestas primarias, somáticas o de tipo ancestral animal. Sólo a través de ese dominio puede acceder a una esfera propia íntima y de libertad, aun cuando se alce sobre las respuestas más frecuentes, aceptadas y preferidas por los adultos. Pues el resultado de la propia acción y experiencia -la conciencia o sistema de respuestas a los estímulos del medio- no puede ser otra cosa que el conjunto de preferencias más frecuentes de los miembros del grupo expresadas en gestos, lenguaje, maneras y demás.

No hay que reflexionar mucho para comprender que el sistema de respuestas del individuo a los estímulos del medio estará condicionado por su forma de convivencia, esto es, por sus relaciones con los demás. Ahora bien, puesto que la conciencia del individuo al nacer es *quam tabula rasa*, hay que admitir que consistirá en su mayor parte en lo que los demás pongan en ella.⁶²

Desde que nace, el niño se encuentra en un medio dominado por estímulos verbales que ejercen sobre él una acción totalmente condicionadora. El medio que determina la acción humana está constituido por la compleja red de relaciones de unos hombres con otros. Pero el hombre se distingue de los demás animales por el hecho de que toda su experiencia se organiza continuamente en pensamiento, en experiencia comunicable. Todo hombre adquiere la mayor parte de su experiencia en forma de palabra, esto es, organizada por otros hombres. El resto, aunque se recoja mediante los órganos de los sentidos y la actividad muscular, también es experiencia de un entorno organizado, salvo raras excepciones, por la actividad social humana.

Puede decirse, por tanto, que el medio de cada hombre está estructurado por otros hombres. Durante años, el niño sólo conoce la realidad a través de la interpretación que le ofrecen los adultos. En suma, el medio humano ha sido modelado por los hombres para dirigirlo mediante experiencia comunicable, mediante pensamiento. Dicho en otros términos: el medio humano es la realidad estructurada en conocimiento comunicable e integrable, en el conocimiento de otros hombres; o, si se quiere, la sociedad estructurada por la palabra.

Por eso, el niño no organiza su subjetividad a base de la propia experiencia sino a base de estímulos verbales. Pero, como las palabras acumulan la experiencia de las generaciones pasadas y le sirven de vehículo, el niño (y las generaciones futuras) asimila una experiencia depurada que tiene que aprender a traducir al lenguaje por la relación de éste con la experiencia real. Se da, pues, la paradoja de que el niño aprende palabras sin una experiencia directa y que tiene que revivirla como si se tratase de su propia experiencia. Así, si aprende a través del lenguaje que cierta fruta es venenosa o que cierto animal supone un peligro de muerte, tiene que comportarse como si lo supiera por experiencia propia, pues de lo contrario perecería y dejaría de tener experiencia.

⁶² Si la subjetividad de un individuo dependiera del aporte personal de su experiencia nunca llegaría al estado adulto, puesto que no podría sobrevivir frente a las agresiones del medio.

El lenguaje encierra y transmite así la inmensa riqueza de experiencia de las generaciones pasadas. De ahí su importancia vital, no por sí mismo, sino por su función comunicativa.

En ese sentido conviene tener presente que, en las sociedades prealfabéticas o en las agrícolas tradicionales, dominantes aún en gran parte del mundo, la lengua sólo existe en su función real de comunicación.

En una aldea campesina o en una organización social de población dispersa son muy escasas y limitadas las posibilidades que tiene un individuo de enriquecer su personalidad mediante los intercambios verbales con otras personas. Pues tales posibilidades dependen de la frecuencia de los encuentros con otras personas con comunidad de hábitos, preocupaciones e intereses, que es lo que permite establecer una conversación comprensible y enriquecerse mutuamente.

El enriquecimiento y la configuración de la subjetividad dependen necesariamente, por tanto, de las relaciones con los otros. El hombre forja su personalidad -su subjetividad, su conciencia- en la interacción con otros hombres, en el trato significativo con ellos. Pero ese enriquecimiento no depende tan sólo de la frecuencia y variedad de las interacciones con otros sino también de esa comunidad de intereses y preocupaciones que impele a los individuos a buscar ayuda en los demás para solucionar los problemas propios. Porque es en tales situaciones cuando el individuo se afana por hallar la información más adecuada, cuando es más receptivo y la información que recibe se integra con más rapidez en los conocimientos previos existentes. En cuanto al condicionamiento de la información y del saber por la comunidad de intereses y preocupaciones, se deriva de la propia función del conocimiento; a saber, servir de guía a la acción humana.

Para entender el proceso de socialización, o de formación de la personalidad -para entender al hombre, en suma-, es de una importancia excepcional el descubrimiento de las relaciones existentes entre la subjetividad (o conciencia), el sistema orgánico de respuestas (el conocimiento como guía de la acción) y la afanosa búsqueda de información (de conocimiento) cuando se tiene una preocupación o dificultad.

La conciencia, personalidad o subjetividad es lo más íntimo que posee los individuos; lo que los filósofos llaman el "yo". Sin embargo, ese algo tan íntimo está constituido por elementos que vienen de fuera, por materiales que no ha elaborado el mismo individuo, sino que éste ha construido con la experiencia de otros hombres decantada en el lenguaje (más aún, con experiencia de hombres que han desaparecido quizás hace miles de años). Cada hombre construye su conciencia, su subjetividad, con elementos elaborados socialmente. La subjetividad de cada hombre se constituye mediante la interiorización de la transformación operada socialmente sobre la naturaleza por los hombres; esto es, de la cultura del grupo de pertenencia.

Lo subjetivo es una interiorización de lo objetivo; esto es, de la experiencia social y de su organización que -como reflejo del dominio del hombre sobre la naturaleza (del medio humano)- constituyen un plano de la realidad que le sirve al individuo para encuadrar su actividad y dotarla de sentido.

El hecho de estar basada en lo exterior objetivo es lo que le permite a la subjetividad ser guía de la actividad del individuo. Pero lo exterior objetivo que se interioriza no es algo abstracto, sino lo que el hombre ha modificado con su acción y ha convertido en experiencia. Lo que se interioriza y subjetiva es la experiencia, que no es más que la huella dejada por la actividad humana en el sistema nervioso del hombre.

Tal es la base que asegura la justa correlación entre lo subjetivo -la conciencia- y lo objetivo -el mundo real exterior. La subjetividad no podría dirigir la conducta si no fuera un reflejo de lo exterior, si no fuese coherente con la realidad en que se desenvuelven y hacen su vida los hombres.

En síntesis: en cuanto la subjetividad se construye de experiencia y ésta se deriva de la actividad humana (de la acción de los hombres en la transformación del *medio natural* para adecuarlo a las necesidades de todos los individuos), la conciencia refleja por necesidad la amplitud y profundidad del dominio alcanzado por el grupo social sobre la naturaleza, y, por consiguiente, el desarrollo del *medio humano*, su complejidad y su riqueza. Existe, pues, una estrecha identidad entre la realidad sociocultural, o medio humano, y la conciencia.

D. La recepción de la experiencia

Obstaculización de la interacción comunicativa en España, por las diferencias de religión en el medievo, y por las barreras de clase, después

La forma más viva de transmisión de experiencia es la relación directa de unos hombres con otros, en comunicación verbal. Nadie puede comunicar la experiencia mejor que quienes la recogen y elaboran. Pero esa relación no siempre es posible. Los muertos no pueden comunicarse verbalmente con los vivos, y éstos tampoco pueden hacerlo entre sí, al menos no con bastante frecuencia, cuando son muy numerosos o están dispersos.

Cierto, la humanidad ha buscado soluciones adecuadas y eficaces a esas dificultades. Creó las cadenas de transmisión oral, que pasan de generación en generación, para comunicar las tradiciones del grupo o el relato de sus grandes acontecimientos; en los pueblos primitivos y en las sociedades agrarias, los ancianos representan la experiencia viviente del grupo social y tienen la obligación de transmitirlos y la autoridad para hacerlo: son los maestros especializados de los jóvenes. Pero, tanto en el pasado como en el presente, los hombres ven con frecuencia obstaculizados sus deseos de comunicación, no ya sólo por la distancia física sino también por impedimentos de orden social, tan difíciles de superar, o más, como las diferencias de clase, religiosas, sociales y políticas. Pues todas y cada una de éstas han jugado un papel aislador e inhibidor de la interacción comunicativa entre los hombres que ha dificultado, empobrecido y retardado el desarrollo de la personalidad humana.

Como es natural, España también ha vivido esas obstaculizaciones e inhibiciones. Así, en la edad media, las diferencias de religión, de raza y de clase constituían gravísimas barreras en la difícil convivencia entre moros, hispano-germano-romanos y judíos, cada uno con su propia religión. Aunque, mientras las diferencias de raza y de lengua eran más aparentes que reales,

las de religión se situaban en primer plano, en razón de los intereses y el poder de los grupos sociales que se beneficiaban con su exaltación.

La comprensión de ese fenómeno es esencial para entender y explicar la evolución de la sociedad española en general y el predominio del factor religioso en nuestra vida social y política en especial. Ahora bien, una vez que desaparecieron las diferencias religiosas con la solución violenta que se les dio históricamente, pasaron al primer plano las divergencias sociales y políticas. Ahora bien, al ser las diferencias de clase más rígidas y cimentadas en la "sangre", el linaje, la riqueza y el prestigio social, se sobrepusieron al resto, y sobre todo a las políticas, que justamente por eso apenas se desarrollaron. De hecho, las barreras de clase se convirtieron en verdaderos factores de incomunicación y de aislamiento, impidiendo la recepción y el desarrollo de los conocimientos,

La existencia de una poderosa minoría, que poseía casi en exclusiva los medios básicos de producción, creó un vasto cortejo de aduladores y serviles en torno a ella, y una amplia clase de labradores, siervos o colonos semilibres, sobre quienes pesaba la producción de bienes básicos e indispensables para la subsistencia de todos. En cuanto a los artesanos, al menos en las condiciones de España, trabajaban prácticamente para la comodidad y el bienestar de la clase dominante y de sus turiferarios.

Como las relaciones de la clase dominante con las dominadas lo son de subordinación -de señor a siervo- se impone la obediencia en vez del intercambio comunicativo. Los deseos de los señores son leyes, órdenes, que se traducen en la sumisión espiritual y corporal. Y, como los señores son la fuente de todo bien y de todo mal, quienes están cerca y tienen comunicación directa con ellos procuran captar su benevolencia y tenerlos propicios mediante la alabanza y la adulación.

Ahora bien, como poseedores de los medios de producción y detentadores del poder económico, social y político, los señores tienen que tomar decisiones. Para ello necesitan información. Pero, como no tienen un conocimiento de la realidad, al interponerse entre ellos y ésta las clases dominadas y sobre todo el cortejo de los paniguados que les rodean, la información que reciben les llega deformada por la lisonja. De ahí que la subjetividad de los señores sea una subjetividad falsa; y que se deforme también la de sus servidores, pues para éstos la verdadera realidad y experiencia no es la acción de los hombres sobre la naturaleza sino la voluntad del señor, de una persona (de hecho, no puede darse mayor deformación de la subjetividad que la que sufre el servil).

Este tipo de relaciones sociales es muy fuerte y permanente. Ha dominado durante miles de años y seguirá dominando todavía a grandes masas de gentes. En España, se mantienen aún, incluso tras la muerte del dictador Franco, en las empresas, en las instituciones y cuerpos públicos, en la universidad, etc., y en todo lugar donde exista un jefe, un amo, arbitrario y deformado por la lisonja y la adulación.

El predominio de esta clase de relaciones sociales y de la base económica que las engendra constituye un serio obstáculo para el desarrollo económico y social. Impide el establecimiento de las relaciones sociales

burguesas⁶³ y el desarrollo del propio capitalismo, así como -mucho más- la organización de unas relaciones sociales solidarias e igualitarias.

Por lo demás, lo que aquí interesa es el análisis de las formas de convivencia que dificultan o favorecen el desarrollo de unas relaciones sociales más solidarias y enriquecedoras de la conciencia y de la personalidad.

E. Las formas de convivencia como condicionante de la personalidad

La vivienda y el trabajo, factores condicionantes básicos de las formas de convivencia y, en última instancia, de la formación de la personalidad

El origen y desarrollo de la personalidad reside en la relación del individuo con los demás. Cuanto mayor sea el número de personas con las que se relacione un individuo, tanto más numerosas y diversas serán las concepciones de la realidad, los puntos de vista; y, a través de esa interacción, las diversas aportaciones de experiencia entrarán en conflicto y se depurarán. Si la personalidad se construye sobre la base de la relación directa de sólo dos personas, será como si sólo dispusiera de dos puntos de vista para considerar la inmensa riqueza, plural y polifacética, de la realidad. La pobreza de pensamiento y de experiencia -de conciencia- del individuo formado en tales condiciones será manifiesta. En cambio, la comunicación directa con un gran número de personas otorga siempre cierto sentido de la relatividad de las opiniones y de toda experiencia.

Ahora bien, esa necesidad de relación no sólo es fundamental en la etapa de formación del individuo -en la infancia y la adolescencia- sino que persiste a lo largo de toda su vida. La subjetividad tiene una necesidad absoluta de contactos con otras personas y la comunicación con los otros le es indispensable para conservarse en equilibrio estable. En el nivel actual de desarrollo del medio humano (al menos en los llamados países adelantados) no es posible que un individuo disponga de respuestas adecuadas para todos los estímulos que le llegan sin recurrir a la experiencia colectiva general. Pero, además, los hombres necesitan en general la comunicación con otros, y sobre todo en los momentos de agresión física y espiritual, ante las manifestaciones de violencia real y simbólica.

En el pasado, y en las áreas más atrasadas de todos los países, la violencia simbólica se manifiesta, en especial, bajo las diversas formas de la superstición. Pero, en las sociedades modernas, los verdaderos instrumentos de agresión espiritual son determinados aspectos de la propaganda política y comercial y ciertas prácticas religiosas. Aunque a esto hay que añadir las amenazas de guerra nuclear, el paro, la crisis bancaria y económica, las enfermedades y otras causas similares que generan los temores y angustias más característicos de la sociedad actual.

No hay que reflexionar demasiado para constatar la distinta intensidad del impacto de esas nuevas formas de agresión en el individuo aislado, con

⁶³ Por de pronto, los directores de empresa necesitan una información objetiva y fidedigna de la realidad social, del mercado, de los trabajadores, etc. De hecho, la revolución burguesa todavía está pendiente en España, aunque tal vez el acceso inminente a la Comunidad Económica Europea posibilite el cambio de las relaciones sociales que aquélla conlleva.

escasa o nula relación con otros, en comparación con el efecto que tienen sobre aquel que se encuentra en comunicación directa y constante con otras personas. Pues, mientras el primero contemplará la idea agresiva bajo un solo aspecto del mismo, hasta acabar en la neurosis, al no poder contrastar la relatividad de tales amenazas con otros, el segundo tenderá a relativizar la agresión, a criticarla y desenmascararla, valiéndose precisamente del contraste de opiniones.

Ahora bien, las relaciones que contribuyen a modelar, desarrollar y enriquecer la personalidad son las que tienen un significado para el individuo, al insertarse de pleno en sus intereses y preocupaciones. No se trata, por lo tanto, de los meros encuentros casuales, los saludos convencionales o la cháchara sobre el tiempo. Las relaciones significativas son aquellas en las que quienes se relacionan se prestan atención recíproca y el diálogo transcurre entre interlocutores iguales y válidos. Porque es a través de los demás como el individuo se descubre a sí mismo y aprende de sí mismo. El individuo aislado se desconoce y carece de seguridad y de confianza en sí mismo. Pues sólo cuando los demás confían en uno, y le aprecian, se descubre el propio valer y se adquiere confianza en uno mismo.

El conjunto de relaciones significativas y las condiciones que las determinan es lo que aquí se denomina *forma de convivencia*. Por lo mismo, la forma de convivencia comprende las relaciones significativas y los factores objetivos que las determinan, entre los que destacan la clase social, el tipo de trabajo y el empleo del tiempo libre, entre otros. Ahora bien, la vivienda -o, mejor aún, la disposición espacial de la misma-, en concreto, sobresale entre tales factores condicionantes de las relaciones significativas y, en última instancia, de la personalidad, pues la mayoría de la población, y las mujeres en especial, pasan la mayor parte del tiempo en ellas. De modo que tal vez sea, junto con el trabajo, el factor más importante y condicionador de otros.

Sin embargo, aun cuando hoy se escribe de todo, incluidas las cosas más inverosímiles y fantásticas, apenas si se ha escrito algo sobre la distribución espacial de la población y su efecto sobre la conciencia y la conducta humanas. De ahí que valga la pena reflexionar un poco sobre las distintas formas de vecindad y su relación con el comportamiento del hombre.

D. Formas de vecindad y convivencia

Distinción de 2 formas básicas de poblamiento, vecindad y convivencia: dispersa (caseríos y aldeas) y concentrada (agrovillas y megalópolis)

En Europa, y en España en particular, pueden distinguirse en términos generales dos formas básicas de poblamiento, y, en consecuencia, de vecindad y convivencia: *dispersa* y *concentrada*. Aunque cada una de ellas puede subdividirse a su vez en dos tipos principales: *casas de labor* o *caseríos* y *aldeas*, en el caso de la población espacialmente dispersa; y *agrovillas* o *megalópolis*, en el de la concentrada.

El tipo de casa de labranza o caserío es el que presenta la mayor dispersión espacial. Cada familia vive en una alquería, casa de labor, masía o cortijo (según la región), aislada de las demás. Y, aun cuando varía según las

regiones y la producción, suele componerse de la vivienda familiar y las cuadras, pajares, graneros y huertos o tierras de labranza que la rodean.⁶⁴

La dispersión del tipo aldeano es algo menor, pues en su caso las viviendas se agrupan en pequeñas aldeas, que pueden ir desde 4 ó 5 vecinos hasta 150 ó 100; es decir, de unos 20 ó 25 habitantes hasta un millar. Pero cada “casa” -o, lo que viene a ser lo mismo, cada familia- tiene prácticamente las mismas dependencias que la casa aislada de labranza y se halla también rodeada de huertos y prados; por eso, no responde a ninguna ordenación del conjunto y puede disponer de varias entradas y salidas.

Este tipo de disposición dispersa de la vivienda predomina en la zona húmeda del norte de España (Galicia, Asturias, Cantabria, Euzkadi), en la región subpirenaica, Cataluña y región levantina, y, en menor grado, en algunas comarcas montañosas del sur. Además, va acompañada, por lo común, de la pequeña propiedad, formada ya en un período lejano de la historia de España.

En cuanto a la población concentrada, el tipo de *agrovilla* se caracteriza por el predominio de los edificios de una o dos plantas. Éstos limitan unos con otros y carecen, por lo mismo, de suelo dedicado a huertos, prados y demás, alrededor de la vivienda. Pero el conjunto obedece a un ordenamiento urbano, determinado por calles y plazas relativamente bien cuidadas y limpias. Además, las entradas y salidas de las casas dan a la calle, de manera que las puertas están muy próximas. En cuanto a sus habitantes, los hombres (y, a veces, también las mujeres y los niños) trabajan fuera de la población, en el campo, sobre todo como jornaleros.

El tipo *megalópolis* también existe en España, aun cuando Madrid, por ejemplo, con sus 3.500.000 habitantes, es bastante menor que París, Londres, Nueva York, México o Buenos Aires. Se distingue por una densidad de población muy elevada. Los edificios tienen muchas plantas, cada una de las cuales puede contener una o varias viviendas, ordenadas en torno a la escalera o el ascensor; y todos obedecen a normas de planificación y están muy concentrados, lo que se traduce en una elevadísima densidad de población por unidad de superficie. Pero no hay ningún factor que seleccione o relacione a los inquilinos de un edificio, y mucho menos a los de una manzana, un barrio o la ciudad en su conjunto.

La vivienda se considera como una mercancía más, destinada a proporcionar el mayor beneficio posible, por lo que su superficie es muy pequeña. Y sus habitantes hacen una vida del todo independiente, hasta el punto de no conocerse y apenas encontrarse, o saludarse, en la escalera o en el ascensor. Es más: en algunos barrios de la burguesía media o pequeña las gentes eluden incluso ese tipo de encuentros.

Los hombres adultos trabajan fuera del hogar, y a veces a grandes distancias del mismo, dada la escasez y carestía de las viviendas. Los niños acuden a las escuelas o colegios en los que consiguen plaza, sin que tampoco se seleccione por ese medio a los de una zona determinada. Las calles suelen estar dominadas por la circulación y por las necesidades de miles y miles de

⁶⁴ Esta casa de labor equivale al tipo de granja (*Bavernhof, far*) tan extendido en Europa central y del norte, Inglaterra, Canadá y Estados Unidos.

automóviles. Éstos han devorado todos los espacios disponibles para aceras y paseos, hasta el punto de que el automóvil ha desplazado a los peatones, que sólo andan a distancias cortas. Y, aunque la concurrencia es muy numerosa en todos los servicios públicos, tiene lugar en el más completo anonimato.⁶⁵

E. Rasgos socioculturales de la población dispersa

Propiedad, fusión del hogar y la producción, educación en el trabajo y la sobriedad, y reducción de las relaciones significativas a las de la familia

La forma de poblamiento disperso en casas de labranza, caseríos y aldeas fue la preferida por los señores feudales, precisamente por la mayor facilidad que ofrecía para la dominación señorial. Pero también fue la predilecta de los tratadistas burgueses del siglo XIX y primera mitad del XX, que exaltaron al máximo ese tipo de explotación agrícola, siendo la ideal la que tuviese una extensión adecuada para que pudiera llevarla una familia, y con la vivienda y dependencias dentro de la finca.⁶⁶

Los agraristas adujeron diversas razones para defender ese tipo de explotación. Resaltaron sobre todo el que el agricultor, al tener sus cultivos y sus ganados al alcance de la vista, no tenía que desplazarse a grandes distancias para atender las distintas y distantes parcelas. De hecho, el deseo ferviente de todo labrador fue -y continúa siéndolo- el tener siempre ante sí sus sembrados, prados y ganados; y la fusión de la vivienda (del hogar) con los medios de producción fue el rasgo más característico de las explotaciones agrícolas en el pasado, y sigue siéndolo aún en gran medida en el presente.

Ahora bien, en tales condiciones, el campesino o agricultor no tiene horario de trabajo ni días de descanso, puesto que debe atender muchas y muy diversas tareas. De modo que, cuando llega a casa al atardecer, cansado de las labores del campo, aún tiene que atender a los animales, ordeñarlos, preparar los productos agrícolas o los alimentos, y demás. Y, todo ello, mientras la mujer campesina se ocupa, por su parte, de todos los trabajos que exige el cuidado de la familia.

Otro rasgo importante de este tipo de economía es la identificación del hogar con las instalaciones de la producción, por parte de los campesinos. Éstos cultivan, transforman y conservan buena parte de los alimentos que consumen a lo largo del año. Envían al mercado una parte de sus productos -el excedente-, por lo general los más comerciables y perecederos. Así consiguen el dinero en efectivo que necesitan para pagar impuestos y comprar aperos, abonos, ropa y calzado y demás productos imprescindibles.

Al facilitar la circulación de unas "mercancías" que exigen mucha mano de obra a un coste muy inferior al real, ese tipo de explotación resulta muy provechosa para los intermediarios, comerciantes e industriales. El campesino no conoce sus costes de producción. Tampoco podría conocerlos. Ni le interesa, ya que trabaja toda la familia, niños incluidos. Lleva al mercado los excedentes (a veces de productos perecederos) que él no puede conservar y

⁶⁵ Ahora bien, mientras la sociología ha dedicado bastante atención a esta última forma de poblamiento, sobre el que existe una amplia bibliografía, apenas se ha prestado atención a la forma de convivencia típica de las agrovillas del sur de España.

⁶⁶ Parece que ese ideal alcanzó su perfección en las *farms* norteamericanas.

acaba vendiéndolos al precio que le ofrezcan. Y, por supuesto, tampoco conoce -ni mucho menos domina- los precios del mercado ni los de la bolsa. De modo que es fácil imaginar los beneficios que obtienen así -al disponer de alimentos y materias primas, baratos-, la industria y la nube de intermediarios que se interpone entre los productores aislados y los consumidores.

La vida de estos campesinos era y es muy dura, sin apenas un momento para el descanso y el asueto. Hay que levantarse antes del alba para atender al ganado, y efectuar desde que sale el sol las faenas que exigen los cultivos de los diferentes productos agrícolas, ya sean para el consumo familiar, para los animales o para la venta. Hay que atender el huerto, cuidar, limpiar y hasta curar a los animales domésticos, cortar y almacenar la leña para el invierno, y adecuar y conservar muchos alimentos para el consumo familiar (matanza, conservas de vegetales, mermeladas, etc.). Pero, sobre todo, hay que vigilar la despensa para que acortar la ración con el fin de que dure hasta la próxima cosecha, si disminuye demasiado.

No es difícil imaginar la diversidad de objetivos a los que esta población debía (y aún debe) atender, así como la acumulación de experiencias y habilidades que se requieren para cumplir más o menos bien tal diversidad y cuantía de tareas. Pero lo peor de todo es la tremenda sujeción que impone este tipo de vida a las familias campesinas; y esto, cuando sus ingresos suelen ser los más bajos de la población activa, a pesar de tanta entrega y de tan grandes esfuerzos.

Por lo que a la formación de la personalidad se refiere, tampoco hay que esforzarse mucho para demostrar que la forma dispersa de vecindad reduce y dificulta las relaciones personales, hasta el punto de que éstas pueden quedar limitadas a las relaciones forzosas entre los miembros de la familia.

Esa escasez de relaciones personales, determinada por la disposición de la vivienda y por el tipo de interacción con el medio en general, acaba por generar el rechazo y el temor a los encuentros personales con extraños, que es especialmente marcado en los niños y en las mujeres jóvenes; y de ahí también el que sean raros, poco frecuentes, los sentimientos de respeto y simpatía hacia los forasteros.

La falta de encuentros personales, el aislamiento y la incomunicación, explican el individualismo abstracto, enriscado, de este tipo de población. En ausencia de dispositivos socioculturales concretos de opresión y expoliación, la independencia de los individuos en su trabajo lleva a una fuerte propensión a la insolidaridad. Pero, además, marco estrecho de las relaciones personales y la desconfianza hacia lo forastero dificultan la configuración de una mente abierta y rica en perspectivas, con el agravante de que todos los individuos se hallan dominados por unas mismas vivencias.

La escasez de perspectivas intelectuales genera a su vez la tendencia al pensamiento unilateral, superficial. Y esa misma limitación de perspectivas intelectuales, unida a la independencia económica (encarnada en la propiedad de la casa, la parcela y el ganado, como medios de producción de lo necesario para vivir), estimulan el sentimiento de autosatisfacción y autosuficiencia.

El resultado de todo ello es la hegemonía aplastante de unas pocas ideas sobre la realidad, y cuya impugnación se percibe como un ataque

personal. Con el agravante de que la pobreza conceptual para explorar la realidad deja grandes lagunas en el conocimiento, que rellenan el miedo a lo desconocido y el temor supersticioso. De ahí que en estas regiones de población dispersa sean tan frecuentes las supersticiones, y el que éstas se acentúen con el clima (la humedad, la niebla, etc.).

Por otra parte, los sentimientos y la sensibilidad del adulto son, en lo fundamental, el resultado de la capacidad de afecto inculcada y desarrollada en el niño por quienes lo han cuidado y rodeado en su infancia. Pues bien, en las familias campesinas dispersas, la educación de los niños se distingue por su dureza y severidad. El padre educa a los hijos en la penosidad del trabajo desde la más temprana edad. Trabajar es muy penoso, pero necesario. Hay que trabajar bien y hay que hacerlo sin desmayo. Pues la amenaza constante para el que no se somete al duro yugo del trabajo no es ya sólo el hambre sino la miseria con indignidad: esto es, la mendicidad. Y, además, la madre inculca a esos mismos hijos la sobriedad, el conformarse con poca comida, y pobre; porque es indispensable alargar la cosecha hasta la siguiente, y no se puede comer todo lo que se quiere.

Los sentimientos de la población dispersa tampoco se pueden entender sin comprender la función de la propiedad en las vidas de los individuos. El sentido de la propiedad campesina es muy distinto del de la propiedad burguesa. Para el campesino, la propiedad de una vivienda, con sus dependencias y enseres, de aperos para el trabajo, de unas parcelas y de ganado, es el fundamento de su seguridad. De hecho, el sentimiento de propiedad está tan arraigado -es tan visceral- que sin ella la vida carecería de sentido. La propiedad representa la seguridad contra la indigencia y contra la indignidad completa. El tener el granero y la despensa llenos, y disponer de suficiente alimento para el ganado y la familia a lo largo del año, le da al campesino una seguridad por completo ajena al habitante de la ciudad, que vive de lo que compra cada día. Aquél sería capaz de matar (y de dejarse matar) para defender ese fundamento de su seguridad. De ahí que confunda sus sentimientos con sus intereses y esperanzas, y el que esa confusión determine su vida afectiva, su enriscado individualismo, su insociabilidad, su insolidaridad y su egoísmo.

Ciertamente, la propiedad refuerza el sentimiento de independencia e igualdad, por poco sociables que los campesinos sean y aunque carezcan de intereses comunes. Pero también los hace insolidarios y desconfiados, lo que los incapacita para acudir a otros en busca de consejo y ayuda. Por eso, se sienten inermes ante los *poderes institucionales* (el Estado, la Justicia, la Iglesia) y, hoy, ante los medios de comunicación de masas. Su incomunicación les impide contrastar opiniones; y son débiles porque carecen de apoyo social.

La escasez de ideas y la falta de creatividad innovadora (esto es, de la contemplación de las cosas desde diversos puntos de vista, y del establecimiento de nuevas relaciones) se suple con la impulsividad, la pasión por el trabajo, la tenacidad y la acción. Pero esa fuerte propensión a la acción, en menoscabo de la reflexión, tiene escasa eficacia, al quedar limitada a la acción individual o, en el mejor de los casos, a la familiar o grupal.⁶⁷

⁶⁷ Las acciones colectivas requieren un clima de relaciones personales intensas, de confianza mutua, de cierto grado de altruismo y generosidad hacia los otros, y un amplio intercambio de experiencia y

No obstante, pese a tantos aspectos negativos, ese tipo de vida se mantuvo durante siglos y siglos hasta que la expansión industrial puso de manifiesto formas de vida más atractivas y compensadoras. Entonces comenzó el trasvase de la población rural hacia las ciudades y la industria. Aunque, ante semejante abandono del campo, los agraristas se limitaron a lamentar la desaparición de una forma de vida y de trabajo que idealizaban en exceso. Ese trasvase de población apenas suscitó críticas, quizás por la influencia de la industria en los intelectuales y, sobre todo, en los medios de comunicación. Dio lugar, eso sí, a la literatura de adaptación de los emigrantes a los nuevos asentamientos y a los estudios de la problemática creada por la rápida expansión de las ciudades. Pero el orden social existente no podía pensar en otro tipo de soluciones, sobre todo en aquellas que habrían exigido una fuerte inversión de capital sin beneficios a corto o medio plazo.

F. Forma de convivencia de las agrovillas en el sur de España

Significación histórica y actual de las agrocidades o agrocidades

La separación entre la aldea y la ciudad marcó la ampliación y el ahondamiento de la división social del trabajo. Las ciudades surgieron y crecieron como centro de los oficios, de la administración y de la cultura espiritual. De hecho, la ciudad clásica se entiende, por oposición al agro, como “todo poblado donde la mayoría de los ocupantes están dedicados a actividades no agrícolas”.⁶⁸ Por lo demás y según los sociólogos expertos en el tema, el mundo urbano difiere del rural por la ocupación, el medio, el tamaño de la comunidad, la densidad de la población, la heterogeneidad y homogeneidad de la misma, la diferenciación o estratificación social, la movilidad y el sistema de interacción social.

Sin necesidad de recordar aquí el desarrollo histórico de las ciudades y los rasgos de la civilización urbana -algo, por lo demás, bastante estudiado-, conviene tener presente que, en España, la formación de megalópolis y grandes centros industriales es muy reciente.

Una de las características de ese rápido desarrollo urbano, realizado bajo la especulación descontrolada y feroz del suelo y sin ningún criterio de planificación, ha sido -como dice Manuel Castell⁶⁹- la de considerar la vivienda como un elemento aislado del entorno, de modo que habitación y ciudad se han disociado. Y esa circunstancia, sumada a los aspectos deshumanizadores de la megalópolis, ha inducido a algunos expertos a preguntarse si la gran ciudad y el cambio social evolucionan así hacia la barbarie. Porque una ciudad -que es y debe ser un conjunto de relaciones sociales, una red de relaciones humanas- no puede considerarse propiamente tal si la vivienda se considera tan sólo como una mercancía destinada al lucro y al enriquecimiento rápido de unos pocos.

Ahora bien, ante la ruptura de relaciones sociales, la fragmentación del individuo y los obstáculos crecientes a la solidaridad humana que supone la

sentimientos para *hacerlos comunes*. La discusión es necesaria para crear representaciones y sentimientos comunes, generadores de simpatía recíproca, de amistad y de solidaridad.

⁶⁸ E.E. Bergel, *Sociología urbana*, Editorial Bibliográfica Argentina, Buenos Aires, 1955, p. 18.

⁶⁹ Véase Manuel Castells, *Crisis urbana y cambio social*, Siglo XXI Editores, Madrid-México, 1981.

gran ciudad, vale la pena llamar la atención sobre otras formas de poblaciones concentradas, que existen desde hace siglos y que hasta ahora apenas han sido tenidas en cuenta por los expertos. A saber, las pequeñas ciudades rurales que predominan en el tercio sur de España (en La Mancha, Extremadura y, sobre todo, Andalucía), que aquí se denominarán *agrovillas*.⁷⁰ Pues su conocimiento puede contribuir a una mejor comprensión de algunos de los problemas que afectan al hombre de hoy, y, tal vez también a apuntar salidas idóneas para los mismos.

En la década de los 60 empezaron a discutirse y a llevarse a cabo en la Unión Soviética los primeros ensayos de solución para contener la huida de la población joven del campo. Se trataba de modificar la forma de explotación y las condiciones de vida de los campesinos. Los planificadores propugnaron la agrupación de varias aldeas cooperativistas para construir núcleos de población, lo bastante grandes (unos 10.000 habitantes) para sostener los servicios mínimos indispensables. Así es como nació el nuevo concepto de la *agrorod*.

En España, el éxodo rural comenzó a tomar proporciones masivas por la misma época, y algunos agrónomos españoles propugnaron una solución tan simple como la destrucción de ocho o diez pueblos, o un par de docenas de aldeas, para construir en el lugar más céntrico una villa de 8 a 10.000 habitantes a fin de acoger a la población campesina. Pero buscaron con afán en las publicaciones extranjeras la información disponible sobre estas cuestiones, sin reparar en que tenían a la vista, en el propio patio trasero, el viejo ensayo histórico de las agrovillas y agrociudades.

Por otra parte, la solución que propugnaron los agraristas españoles era ya inviable entonces, y continúa siéndolo hoy día. Ante todo, en razón de su financiación: ¿de donde obtener las inversiones necesarias? Aparte de que plantea también otros problemas, tan graves o más que el de la financiación, ya que supone un cambio radical en la forma de producción y en las condiciones de vida de los campesinos: separación total entre el hogar y la actividad productiva y las instalaciones agrícolas y ganaderas; transformación de la agricultura tradicional, dedicada a producir alimentos, en una nueva agricultura, productora de materias primas para la industria alimentaria y al servicio del desarrollo de la industria y los servicios; especialización de las explotaciones agrícolas en los cultivos para los que parecen más aptas y adecuadas, en lugar de servir como hasta entonces a necesidades inmediatas y multiformes; establecimiento de precios de producción (mediante el cálculo de todos los inputs, la mano de obra y la renta del suelo) y posibilidad de haber balances de explotación; y, en fin, producción únicamente para el mercado y a precios competitivos, con la notoria mejora consiguiente de los ingresos con que hacer frente a la adquisición de todo lo necesario.

Por lo demás, los agricultores de las agrovillas saben, entre otras cosas, cuáles son sus horas de trabajo y sus días de descanso (que suelen dedicar a su enriquecimiento espiritual), aunque nuestro tema central es aquí la relación entre forma de convivencia y formación de la personalidad en ese medio sociocultural.

⁷⁰ Véase al respecto el Apéndice 4: «Agrovillas y agrociudades».

En la Europa feudal solía decirse *Die Stadtluft macht frei* (“La ciudad hace al hombre libre”); y era verdad. Le liberaba del vasallaje feudal (Knechtschaft), ante todo. Le defendía de los ataques externos (que procedían en general de los mismos señores feudales) con sus murallas y la solidaridad de todos sus habitantes. Pero, sobre todo, le sacaba del aislamiento, la incomunicación y la miseria espiritual, propios de la población dispersa, en razón de la frecuencia de las relaciones sociales personales, que son siempre relaciones comunicativas y portadoras de experiencia.

Aun cuando se actúe como si no fuera así, hoy se sabe que una mente lúcida y abierta exige una gran riqueza de relaciones personales. Por otra parte, quíerese o no, la división social del trabajo impuesta por la sociedad industrial crea todo un sistema de interdependencias e interacciones personales y sociales; y las personas se ven obligadas a afinar su sensibilidad para hacer más fluidas y agradables esas relaciones. Hay que aprender a escuchar, a esforzarse por hacerse entender y hacerse agradable, etcétera; y hay que empeñarse, en suma, en adivinar lo que quiere el otro, aunque éste tenga dificultades para expresarlo, e incluso antes de que lo exprese. Unas exigencias, por cierto, que jamás se dan entre las personas que viven muy separadas unas de otras.⁷¹

En ese sentido, vale la pena analizar la producción de una forma de convivencia -de un determinado conjunto de relaciones significativas- por la interacción entre el medio físico y el humano en las agrovillas del sur de España.

Configuración de personalidades realistas, solidarias y con conciencia de clase por la riqueza de las relaciones laborales, familiares y de vecindad

Aunque el número de sus habitantes puede oscilar entre los 1.000 y los 50.000, las agrovillas son verdaderos núcleos urbanos. A diferencia de los núcleos urbanos del norte, la mayor parte de la población está constituida por braceros y jornaleros, obreros rurales. Éstos desconocen el sentimiento de propiedad que se da en el pequeño campesinado del norte, al carecer de tierras propias y trabajar siempre de forma colectiva para los grandes terratenientes y los campesinos ricos. Tienen una jornada laboral fija, por la que cobran un salario determinado con el que tienen que arreglárselas para vivir; es decir, viven al día, al igual que la gente de las grandes ciudades y centros industriales. Y, conscientes de sus intereses comunes, se organizan sindicalmente para defenderlos y para mejorar como colectivo sus condiciones de trabajo; las luchas y agitaciones campesinas del sur no tienen parangón en el norte.

La disposición concentrada de la vivienda, del modo descrito más arriba, dificulta el aislamiento de la población y fomenta las relaciones personales, lo que condiciona a su vez la formación y el desarrollo de un determinado tipo de personalidad. Los niños se crían desde que nacen bajo las atenciones de familiares y vecinos. Salen a la calle, cuyas aceras están cuidadosamente barridas y fregadas, en cuanto pueden andar. Niños y niñas juegan juntos, con lo que el modelamiento de la conducta social se beneficia también con ese trato recíproco. Las mujeres y los niños no trabajan, salvo en contadas

⁷¹ Piénsese al respecto, por ejemplo, en el contraste entre el habla queda y tranquila del sur y los gritos y voces del norte.

ocasiones, por lo que es normal que niños y adolescentes permanezcan jugando en las calles y plazas o en las afueras de los pueblos hasta altas horas de la noche. Y, cuando el niño alcanza la edad escolar, va y viene a la escuela en compañía de sus vecinos, ya que la gente conoce el valor social de saber leer y escribir.

Esa convivencia estrecha de los menores fomenta la iniciativa y favorece el aprendizaje de las reglas del comportamiento social. El niño vive el sentimiento de reciprocidad y aprende a comportarse conforme a reglas a través del juego colectivo. En cuanto a los jóvenes, al anochecer, las horas de paseo son para ellos y les sirven de ensayo de noviazgo. Y, como el paseo discurre a la vista de los mayores y de otros en general, predomina la circunspección y el comedimiento de los muchachos para con las muchachas.

Ese largo e intenso contacto comunicativo de unos con otros influye de manera decisiva en la génesis de los sentimientos del aprecio mutuo y de la amistad. Aparte de que ese tipo de relaciones personales que se establecen en la infancia y la adolescencia -esa relación íntima con el entorno social- influye también de manera decisiva en el amor al terruño, mientras el desarraigo se caracteriza, en cambio, precisamente por la pérdida de esa relación íntima con las cosas y con las personas.

La vida social se hace en la calle. Como el clima lo permite, las mujeres se sientan a coser o a tomar el sol o el fresco (según la estación del año) en la puerta de su casa, y aprovechan esas actividades de trabajo o de ocio para comentar y criticar toda clase de acontecimientos y comidillas. Al no trabajar fuera de casa, dedican sus esfuerzos a la limpieza y el cuidado del hogar, de los niños y de sí mismas. Como las viviendas son contiguas y dan a la calle, las vecinas se ven y observan unas a otras. De ahí el que se dé una verdadera emulación por mantener las fachadas y aceras más limpias, las flores más bonitas y los hijos mejor aseados que los de los demás. Es más, el niño que anda sucio se ve rechazado por las madres del resto, que tienen su atención puesta en la calle y en el “qué dirán” constantemente.⁷²

Todos saben lo que sucede en las casas vecinas. Los hogares están abiertos al entorno físico y humano. La relación abierta y espontánea con las cosas y con las personas genera la personalidad extravertida, la jovialidad y locuacidad tan características de la población meridional y su atención y cordialidad con el forastero. Aunque a veces resulta difícil saber cuándo se habla en broma y cuándo se hace en serio.

La mayor parte de la gente se conoce, precisamente porque se tratan. Los obreros agrícolas, en concreto, se suelen reunir por las mañanas en un determinado lugar a la espera de que los contrate algún campesino rico, un gran terrateniente o su administrador. De modo que es natural que hablen entre sí y que comenten las incidencias del trabajo, los salarios, las preocupaciones personales, las noticias, la situación política, etcétera. Aparte de que la población en general también se encuentra en los mercados y tabernas, y en los acontecimientos sociales (fiestas, bodas, bautizos, entierros y demás).

⁷² Algo distinto, por cierto, del ideal de mujer alemana, con sus tres K: Küche, Kinder, Kirche (cocina, niños e iglesia).

A diferencia de la población cosmopolita de las grandes ciudades, los habitantes de las agrovillas tienen una experiencia directa de las cosas, de los demás y de la solidaridad. Para ellos, hablar de las cosas es tenerlas presentes, vivirlas. La forma de relación de la mente con la realidad es lo que hace que el niño de la gran ciudad o el hombre cosmopolita piensen con palabras, mientras el del campo piensa en conceptos y cosas. La intensa relación con la naturaleza y con el medio humano le da al campesino de la agrociedad una forma de pensar realista, objetiva y progresista.⁷³

La forma de convivencia de la agrovilla es también el caldo de cultivo para el desarrollo de los sentimientos colectivos y de la solidaridad. La comunidad de preocupaciones empuja a los individuos a buscar ayuda en los otros para solucionar los propios problemas. De modo que, cuando alguien se enfrenta con dificultades, busca en los demás el modo de hallar la información que necesita. Eso le hace más receptivo, aparte de que la información que recibe se integra con mayor rapidez con la base previa que ya tiene.

Las ventajas de este tipo de convivencia para el individuo son evidentes. A mayor número de relaciones sociales comunicativas, mayor riqueza de la personalidad. El hombre más relacionado es también el más informado. Cuanto más numerosos y diversos son los puntos de vista, las aportaciones y los matices, más amplio es el intercambio de experiencias y el conocimiento de la realidad.

El desarrollo del hombre íntegro -de la plena humanidad- exige el despliegue multilateral, no unilateral, de la personalidad. La comunicación con otras personas resulta necesaria para organizar y ampliar el conocimiento y para superar las dificultades. El individuo aislado y poco relacionado no dispone de respuestas adecuadas para todos los estímulos del medio. De ahí la utilidad de la experiencia colectiva general.

Los hombres necesitan la comunicación (o comunión) con otros hombres frente a la agresión física y la agresión espiritual (o violencia simbólica).⁷⁴ No hace falta reflexionar mucho para constatar la diferencia del impacto provocado por las distintas formas de agresión en el individuo aislado y en aquel que está en comunicación directa con otros. Angustias, amenazas y supersticiones pierden su efecto y su poder tan pronto como los afectados lo hablan entre sí. Y lo mismo sucede con la propaganda política que se dirige a inculcar un sentimiento o una idea para la acción.⁷⁵

G. Solidaridad y libertad

La esencia del hombre es la conquista de la libertad en cooperación con los demás; el principal obstáculo de la libertad, las trabas a la solidaridad

Volviendo a las preocupaciones iniciales por la enseñanza de la solidaridad y el logro de hombres más felices, parece que en condiciones normales la vida

⁷³ Es bien significativo que todos los movimientos liberales españoles se dieran en el sur.

⁷⁴ Harry Pross (1923-2010), el comunicólogo alemán con el que se formó Vicente Romano, se ocupó magistralmente de esta última. (*N. del E.*)

⁷⁵ De haber sido así en el caso alemán, el deseo ardiente de los nazis de que los alemanes marcharan codo con codo, pero cantando para impedir que hablaran, se habría visto frustrado.

buena consistiría en mantener el equilibrio entre las aspiraciones individuales, las demandas justas de la sociedad y la naturaleza del hombre.

Ahora bien, el rasgo distintivo de la época actual es el conflicto entre libertades individuales y libertades colectivas. Bruno Bettelheim lo plantea en estos términos: o renuncia a la libertad y al individualismo, o abandono de las capacidades de la tecnología moderna y la seguridad de una sociedad de masas.⁷⁶ Pero la cuestión no radica en las ventajas que ofrece lo que se presenta como progreso -en las comodidades que aportarán las nuevas tecnologías, por ejemplo-, sino en si éstas contribuyen, y en qué medida lo hacen, a que el hombre viva bien con sus semejantes.

Para la biología evolucionista,⁷⁷ el ser humano es producto de la cooperación para fines comunes. La solidaridad se aprende y se desarrolla viviéndola y practicándola en un medio solidario. Es precisamente la cooperación y la solidaridad con sus semejantes lo que distingue y debe distinguir el medio humano del animal. La decisión humana de cada acción necesita contar con el sentimiento y la cooperación de otros hombres.

De ese modo, la acción y experiencia comunicable entre hombres estructura la realidad en torno elevándola a medio humano. El medio humano se distingue del animal en que el primero educa a la persona en la solidaridad y el segundo forma al animal en la lucha por la existencia. Las manifestaciones de egoísmo e insolidaridad no hacen sino revelar la primigenia naturaleza animal del hombre. Pero es indudable que lo que conviene al progreso humano es resolver los conflictos en colaboración. El egoísmo bien entendido es la solidaridad. De ahí que los esfuerzos humanizadores deban dirigirse a la creación de un medio humano más solidario que el actual, donde el individualismo y el beneficio privado campan por sus respetos a costa del bienestar físico y espiritual de los hombres.

Lo cierto es que la única manera de conseguir ese equilibrio espiritual y esas libertades individuales y colectivas consiste en conocer y entender la realidad para dominarla. La libertad -viene a decir Faustino Cerdón- es la capacidad de decidir la acción conveniente con la máxima previsión posible. Pero esa misma libertad -que cada uno debe esforzarse por conquistar- sólo puede conseguirse sobre la máxima cooperación humana. La esencia del hombre es la conquista continua de libertad en cooperación con los demás.

Dado que la sociedad persigue el bienestar de sus miembros, podría tomarse a primera vista la producción de bienes materiales como índice de progreso social. Pero el hombre no es sólo *homo faber*. También hay que tener en cuenta la organización del medio humano, el desarrollo de la acción y experiencia, del pensamiento y de los sentimientos, de la conciencia y de la personalidad de los individuos, y cómo ese mismo desarrollo repercute sobre el progreso de la organización social.

No obstante, en ese sentido, el principal obstáculo con que ha chocado el hombre -al menos en los tiempos históricos- no han sido las fuerzas naturales sino las trabas puestas por el propio hombre a la cooperación y la

⁷⁶ Véase B. Bettelheim, *El corazón bien informado*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, p. 73.

⁷⁷ La cuestión de la solidaridad y la libertad se dirime a la luz del pensamiento del biólogo evolucionista español Faustino Cerdón. (*N. del E.*).

solidaridad humanas. Al hombre sólo podrá perfeccionarlo el progreso de su medio social.

Cierto, la sociedad se hace cada vez más compleja y dinámica. Los acontecimientos se suceden con una densidad y frecuencia crecientes. La acelerada masificación de los medios de información y de los transportes hace que el aluvión de estímulos sociales afecte prácticamente a la mayoría de las personas. La humanidad parece uniformarse con rapidez. De modo que podría considerarse, irreflexivamente, que esa abundancia de estímulos marca el progreso de la organización social moderna. Pero el desarrollo de ésta no puede medirse por la densidad de estímulos sociales nuevos, sino por lo adecuados que sean tales estímulos para perfeccionar la organización social; esto es, para la creación de un medio más solidario y más libre.

V. La ciudad como sistema de comunicación (s.f.)⁷⁸

«Como agrupación permanente de seres humanos, la ciudad tradicional o clásica -preelectrónica- (...) es el marco más adecuado y eficaz para el desarrollo de las relaciones humanas, personales, y para la configuración de las conciencias de los individuos. En ella todo está a favor de la reiteración y el afianzamiento de las relaciones personales, y, aún más, del perfeccionamiento de las mismas, puesto que favorece el desarrollo de las relaciones personales generales y la producción de relaciones por completo nuevas.»

Determinación de la configuración de la conciencia, personalidad o yo, por las relaciones sociales comunicativas, como supuesto teórico básico

Este estudio de la ciudad como marco comunicativo tiene como supuesto teórico básico la concepción de la comunicación, en tanto que transferencia de información o de experiencia, como el contenido significativo, trascendente, de las relaciones sociales. Todas las relaciones sociales son significativas; esto es, son interpretables para un observador en la misma situación cultural. Pero no todas ellas son comunicativas, aunque sí la mayor parte, pues hay pocas sin palabras.

La gran mayoría de las relaciones sociales tiene como contenido algo que va más allá del acto relacional; es decir, la relación social -la relación entre personas- es trascendida por el contenido comunicativo que afecta a las dos partes que entran en relación, el emisor y el receptor. Ese contenido que trasciende la relación social es la transmisión de experiencia, la acción concreta de transferir una información por medio del lenguaje, de un emisor a un receptor. Pero, por lo mismo, aunque toda relación social es significativa para un observador humano, las relaciones más efectivas o influyentes son las relaciones comunicativas; esto es, aquellas cuyo contenido dominante es el lenguaje -la palabra-, que es el elemento constitutivo de las conciencias.

Las relaciones sociales comunicativas son a modo de cauces de la constitución de la conciencia, subjetividad, personalidad o yo. Es más: son el cauce único y exclusivo; no hay otro. Por lo mismo, la riqueza de las relaciones comunicativas determina la de los contenidos de la conciencia. Y ésta es a su vez el fundamento de la comprensión y la orientación del individuo en la realidad. Es más: constituye el auténtico fundamento de la libertad y de la dignidad humanas.

La frecuencia (o la escasez) de las relaciones sociales comunicativas está, pues, en relación directa con la capacidad del individuo para enjuiciar los

⁷⁸ Mecanoescrito, sin fecha, correspondiente a la ponencia «La ciudad como sistema de comunicación», expuesta en el Congreso sobre el Diseño de la Ciudad (Oviedo, octubre de 1986). Véase la nota que la resume (y que corresponde probablemente a dicha exposición) en el Apéndice 5: «Forma de poblamiento, relaciones personales y formación de la personalidad: el caso de la ciudad». Por lo demás, el propio Eloy Terrón precisaría su objeto en un *curriculum vitae*, de 1 de enero de 1987: «Otro trabajo de investigación es el presentado al Congreso celebrado en Oviedo sobre el Diseño de la Ciudad en el que se compara el medio rural, representado por la forma de poblamiento disperso o semidisperso, y la forma de poblamiento concentrada de la ciudad, y cómo ésta constituye el marco ideal para el desarrollo de la comunicación y el enriquecimiento de la personalidad, impulsado por la alta frecuencia de las relaciones sociales significativas».(N. del E.).

hechos y determinar la propia conducta. Ahora bien, para entender esa capacidad, hay que estudiar los condicionantes objetivos y socioculturales que favorecen la expansión o la restricción de dichas relaciones sociales.

A. Los condicionantes objetivos de las relaciones sociales comunicativas

Condicionantes físicos y socioculturales de las relaciones comunicativas, e importancia determinante clave de la disposición espacial de la vivienda

Las relaciones sociales comunicativas influyen de forma decisiva -ya se ha dicho- en la formación y el desarrollo de la personalidad del individuo. Por eso, cuanto fomenta y refuerza la frecuencia y la eficacia de las mismas resultará progresivo, y cuanto las perturba y reduce, regresivo o reaccionario (aparte de que incrementará la opresión de los hombres⁷⁹). Y de ahí el interés del análisis de los condicionantes físicos, sociales y culturales que impiden o dificultan esas relaciones sociales, y, por lo tanto, también, la circulación libre y fluida de la experiencia humana, del pensamiento.

Entre los obstáculos físicos de las relaciones sociales comunicativas destaca ante todo la disposición espacial de la vivienda, determinada a su vez por la topografía, el clima, la base material de la vida, la propiedad, la técnica, la disponibilidad de materiales de construcción y demás.

Por ejemplo: siendo el resto de los factores iguales, una base material agrícola y una topografía montañosa darán origen a una distribución dispersa o semidispersa de la vivienda; y ese fenómeno se correlacionará a su vez con un tipo de explotación agrícola basado en la mano de obra familiar: a saber, la agricultura de subsistencia. De hecho, éste fue el predominante en grandes áreas geográficas hasta hace sólo un siglo o siglo y medio, cuando, en las naciones de la Europa Occidental y en América del Norte, comenzó a desaparecer en razón del empuje de la industrialización y de la división acelerada del trabajo.⁸⁰

A esa forma de poblamiento disperso o semidisperso se opuso hasta entonces el poblamiento concentrado de los burgos, villas y ciudades. Sus pobladores se hallaban en permanente contradicción con los habitantes del campo, los campesinos. Su base económica era el artesanado, el comercio y, en menor cuantía, el cultivo agrícola de las tierras próximas a la población. Se distinguía también por la concentración de las viviendas, y, en muchos casos, contaba además con murallas que rodeaban la población y protegían a sus moradores. Además, disponía de una organización política compleja y eficaz en

⁷⁹ Resulta significativo y sorprendente que en la obra medieval *Las Siete Partidas* se diga que los tiranos, para oprimir más desembarazadamente a los pueblos, «vedaron siempre en sus tierras cofradías o ayuntamientos de omes...», y que en la misma ley se afirme que el déspota procura «que los del pueblo ayan desamor entre sí, de guisa que no se fien unos de otros, ca, mientras en tal desacuerdo bivieren, no osaran facer ninguna fabla contra él por miedo que no guardarían entre sí ni la fe ni el secreto» (Partida 2ª, tit. I, ley 10ª).

⁸⁰ La forma de poblamiento que se caracteriza por las viviendas dispersas (tipo caserío vasco) o semidispersas (tipo pequeña aldea gallega o cántabro-astur) fue la dominante en la Europa Central y Occidental (y aún lo es en el mundo rural), como tipo predilecto del modo de producción feudal, por ser la que mejor se prestaba a esa forma de explotación y de dominio de los hombres, en razón de los caracteres que determinaba y que confería a los individuos.

la defensa de sus habitantes y de un sistema de convivencia altamente desarrollado para la transmisión de experiencia, puesto que lo adelantado de su división del trabajo social generaba una interdependencia profunda entre los individuos, bien puesta de manifiesto en fiestas religiosas, ferias y mercados.

Con todo, el rasgo por excelencia que diferencia esas dos formas principales de poblamiento -las más importantes en la historia humana (y del mundo occidental, en concreto)- es, tal vez, el “medio humano” creado por los hombres a lo largo de la historia del grupo social, en tanto que condicionante de las relaciones sociales y, en consecuencia, también, del moldeamiento eficaz de la conducta de sus respectivos habitantes. Y de ahí el interés del estudio de cómo han influido esas dos formas básicas de poblamiento en las relaciones sociales significativas, en sentido positivo o negativo, al contribuir al desarrollo del medio humano o al bloquearlo.

Por de pronto, en el caserío o en la aldea, la disposición espacial de la vivienda y el tipo de explotación agrícola correspondiente a la agricultura de subsistencia no son tan favorables a la expansión de las relaciones sociales y al intercambio de experiencia (a la convivencia social y, en particular, a la realización de encuentros personales) como lo es el modo de producción característico de la ciudad.

En lo que respecta a los encuentros personales, no se trata tan sólo de su frecuencia sino también de su calidad. Pues los encuentros personales son eficaces y productivos cuando se dan entre iguales, pero resultan nulos si se producen entre un individuo y un superior suyo, ya que en ese caso provocan en el inferior una especie de inhibición que desorganiza su experiencia y anula su capacidad de recepción de la misma.

Por otra parte, no puede darse un intercambio de experiencia verdadero y eficaz sin una preocupación objetiva común, una motivación, que induzca a los interlocutores a hablar del tema objeto de la conversación. Aunque tampoco eso es suficiente. Hay otras condiciones. Para poder comunicar su propia experiencia, los individuos tienen que poder recogerla a partir de la propia actividad (en especial, en la producción). Es lógico: si un individuo no está acostumbrado a “desprender” elementos de experiencia de su propia actividad, fijándolos en palabras, difícilmente podrá comunicarla. Pero hay algo más. El individuo tiene que estar inmerso en las relaciones sociales y desenvolverse con facilidad en ese marco. Esto es: tiene que tener con quien hablar, saber qué es lo interesante para los demás, lo que les preocupa, y estar acostumbrado a hablar, a conversar. Pues sólo cuando sepa bien, por conversaciones previas, lo que interesa a los otros, podrá poner una atención estricta en lo que hace a fin de extraer motivos interesantes de conversación.

B. El tipo de poblamiento disperso (o semi-disperso) y las relaciones sociales

Bloqueo del desarrollo del pensar, en razón de la escasez de encuentros personales, el aislamiento, la autosuficiencia y la educación por imitación

Para apreciar bien y comprender cómo operan los condicionantes físicos y socioculturales sobre la formación de la personalidad, conviene analizar,

aunque sea de modo somero, el papel de las relaciones sociales en el caso de la población dispersa y semidispersa.⁸¹

Pues bien, en las regiones de poblamiento disperso o semidisperso, cuyos habitantes practican una agricultura de subsistencia sobre parcelas de su propiedad y donde apenas existe división del trabajo, las relaciones sociales son muy pobres, escasas y poco eficaces de cara a la configuración de la personalidad de sus habitantes. Y esto por diversas razones, causas y motivos.

Por de pronto, al estar las viviendas distantes unas de otras y, por lo común, rodeadas de prados, huertas o tierras de labor, sus moradores tienen pocas ocasiones para encontrarse. De hecho, los vecinos pueden pasar días sin encontrarse y, si se topan con alguno en una calleja o en camino, suelen limitarse a saludarse con prisa, al ir cargados con un animal u ocupados en conducirlo. Pero hay más. Tales encuentros esporádicos no son los más a propósito para sostener una conversación sobre un tema de interés para ambos interlocutores. Los temas de conversación que requieren algún esfuerzo intelectual y fijar la atención del que habla no surgen al azar, como los cantos en las callejas y caminos. Aparte de que ¿cuál podría ser ese tema de interés para dos campesinos que se encuentran de ese modo?

Por otra parte, las familias están constituidas casi siempre por un matrimonio con hijos, algún abuelo y algún tío o tía, que se han quedado solteros. Tales familias viven encastilladas en su propiedad y enriscadas en su autosuficiencia. De hecho, muchas de ellas tienen en casa cuanto necesitan: cereales panificables, patatas, leguminosas, castañas, cebollas y otras hortalizas, leche, huevos, carne salada y grasa para freír de cerdo, lanas, paja, hierba para el ganado, “hoja” para las ovejas y cabras, etcétera; y todo esto, aparte de la huerta, con la cantidad de verduras y frutas que aporta, que está a las puertas de la vivienda y viene a ser un anejo de ésta. Y de ahí su autosuficiencia, aun cuando no deje de ser una miseria.

Estos campesinos se sienten orgullosos de tener todo en casa. De hecho, hubo tiempos, en un pasado no demasiado lejano, en los que sólo consumían lo que tenían en ella; pero, aun en su escasez y en su pobreza, experimentaban unas sensaciones de seguridad desconocidas por los habitantes de las grandes urbes. Aunque esa autosuficiencia era también la base de su no interdependencia y de su insolidaridad. De modo que, en tales condiciones -de escasez de encuentros, aislamiento y autosuficiencia- tampoco había materias o temas de los que hablar.

Además, todas las familias se consideraban iguales. Como ninguna dependía de otra, ninguna se sentía menos que las demás. No había vejaciones ni opresiones colectivas que lesionaran los derechos o los intereses, de algunos o de todos los pobladores; y al no existir opresiones ni proyectos comunes, los motivos de conversación sólo podían ser nimios y superficiales.⁸²

⁸¹ Ese análisis permitirá también entender de paso mucho mejor el papel que cumple la ciudad, como marco de unas relaciones sociales más fluidas y eficaces, en la conformación de las personalidades de sus habitantes y en el desarrollo de la inteligencia y de la libertad de los mismos.

⁸² La explotación, la opresión y la represión ejercidas con violencia por una clase sobre una población campesina obligan a ésta a tomar conciencia de sí misma, a sentirse como una “clase” oprimida, vejada y esclavizada. Hacen brotar en sus individuos sentimientos de solidaridad que refuerzan su unidad. Y, sobre todo, hacen que surjan *líderes* que, con una mayor claridad de pensamiento, iluminan las conciencias

De hecho, la opresión más sentida y temida por estos campesinos les llegaba de afuera, de arriba, como las tormentas y el rayo. Se trataba de las contribuciones (el impuesto de consumo, o una imposición de la Justicia, del Rey), que eran para ellos algo tan nebuloso como imponente e inevitable. Por eso, el sentimiento de los campesinos hacia el estado era semejante a la impresión que sentían bajo la iglesia. Ésta estaba más omnipresente bajo la experta e interesada mirada del cura, sobre todo mientras duró el impuesto religioso del diezmo. Pero, tanto el estado (esto es, el Rey y la Justicia) como la iglesia, aparecían ante aquéllos como entidades naturales e inaccesibles, que existían como las montañas, los arroyos y la muerte, al ser incapaces de pensarlas con las pobres categorías de su pensamiento.

En realidad, estos campesinos practicaban más la acción que el pensamiento. Algo lógico y natural, por cierto. Primero, porque se educaban desde muy niños en el duro trabajo al lado de sus padres, y aprendían por imitación, viendo realizar las labores, y bajo la amenaza constante del palo: su aprendizaje era predominantemente muscular, “condicional”.⁸³ Y, luego, porque el aislamiento mutuo, la abrumadora escasez de relaciones sociales (de encuentros personales) y la falta de estímulos para hablar frenaban el desarrollo de su capacidad de abstracción y de pensar. Como no podían hablar, no podían pensar; pero tenían que trabajar duramente y sin descanso. Por eso sus ideas eran escasas y, por lo mismo, muy rígidas. Hombres de acción antes que hombres de pensamiento, se inclinaban más a defender sus ideas con las manos que no con argumentos. Lo que explica, además, que fuesen tan permeables a la comunicación institucional (al púlpito y a los bandos del poder).⁸⁴

D. La población agrupada y las relaciones personales

La población agrupada, un estímulo de actividades inalcanzables para el individuo aislado; la vecindad y el trabajo, relaciones personales básicas

Si las relaciones humanas -o, en su concreción, los encuentros personales- influyen de modo decisivo en el desarrollo de la subjetividad o personalidad, hay que concluir que la mera coincidencia o presencia de varias personas (la convivencia entre ellas), sea porque vivan en estrecha proximidad, porque trabajen en un lugar determinado o por cualquier otra causa, tiene que ejercer una ascendencia favorable en el desarrollo de la personalidad como estímulo del enriquecimiento de los contenidos de conciencia.

oprimidas de todos. Pero esto no puede ocurrir nunca en una población de pequeños campesinos “propietarios” de las parcelas que cultivan, aunque estén al borde de morir de hambre: falta la mano de hierro que estimule sus conciencias, les obligue a sentirse solidarios y los empuje a la unidad.

⁸³ Véase mi artículo, «La comunicación interpersonal en una aldea de subsistencia», *Los Cuadernos del Norte*, n° 29, 1985, pp. 27-31. {Incluido aquí como capítulo III. (N. del E.).}

⁸⁴ Todo el esfuerzo argumental se dirige aquí a demostrar: 1) la importancia determinante de las relaciones sociales (de los encuentros personales) en el desarrollo de la subjetividad (facilidad de palabra, capacidad de abstracción -aptitud para desprender la experiencia de la acción- y capacidad de pensar); 2) cómo el factor determinante (generador de esas tres actividades o cualidades propias y únicas del hombre) reside en la frecuencia de las relaciones personales significativas, trascendentes; y 3) cómo todo lo que favorece la frecuencia y la intensidad de las relaciones personales estimula y desarrolla la subjetividad y enriquece la personalidad, la libertad y la dignidad del hombre.

Cualquier individuo humano se siente influido por la simple presencia de otros de diversos modos. La mera presencia de otras personas, o el temor a encontrarse con ellas, genera ya de por sí en él una mayor atención hacia sí mismo. La convivencia en el trabajo o en la vecindad acaba por crear relaciones de interdependencia que obligan a unos individuos a preocuparse de otros (como clientes, como proveedores, etc.) y facilitan la creación de nuevos lazos de relación con el fin de conseguir ventajas mutuas. Quienes se encuentran con frecuencia se prestan mayor atención a fin de mejorar sus relaciones de convivencia; los hombres quieren hablarse, no pueden encontrarse sin hablarse.⁸⁵ Y esas mismas gentes -sobre todo una vez habituadas a la convivencia- sienten con frecuencia la necesidad de comentar a otros lo que les angustia, los problemas que les agobian, buscando comprensión y solidaridad.

Ahora bien, hay formas más o menos eficaces de convivencia, pues no todas las relaciones interpersonales son iguales. Éstas dependen de las condiciones objetivas que incidan sobre los interlocutores. Así, no pesan lo mismo las relaciones de vecindad o las relaciones de trabajo cuando numerosas personas se identifican con la dificultad de una de ellas que cuando todas ellas sufren el mismo daño; ni, en el caso del ocio, es tampoco lo mismo el que tengan que reunirse varias personas para practicar un juego que el que éste puede jugarse con la participación de todos o no.

Por lo demás, las relaciones más eficaces en la “constitución” de la subjetividad son las relaciones de vecindad y las relaciones de trabajo. Son las más permanentes y persistentes. Son las que más influyen en generar lazos de amistad y de solidaridad; y las que contribuyen a configurar la personalidad mediante las formas de comportamiento y la orientación para la dirección de la propia acción.

En general, la agrupación de personas ejerce siempre por sí misma un efecto estimulante sobre las personas que están juntas y en cada una de ellas por separado. Puede servir de base a actividades que resultan impensables para la persona individual, e incluso para la familia. Por eso, en la población agrupada se dan actividades de un nivel cualitativamente superior a cualquier actividad ejercida por individuos aislados. Las obras que requieren la colaboración de numerosos hombres para llevarlas a cabo son muchas, y las hay incluso que no puede imaginarse y proyectarse si no es de ese modo. Mientras la soledad es tan poco eficaz para realizar trabajos cumplidos individualmente como para pensarlos, a lo largo de la historia ha habido grupos crecientes de personas que se constituyeron en verdaderos centros de irradiación de progreso mediante el fomento de la intensificación de las relaciones sociales.

⁸⁵ No puede haber relaciones interpersonales sin hablarse, sin comunicarse, ya que su contenido es la comunicación.

E. La ciudad como marco estimulador de relaciones sociales y generador de relaciones nuevas

La estructura más profunda y fundamental de la ciudad, punto de partida del análisis de la misma como un entramado de nudos de comunicación

Como agrupación permanente de seres humanos, la ciudad tradicional o clásica -preelectrónica- es una forma de poblamiento agrupado o concentrado de algunos miles de pobladores, que perduró hasta la aparición de la radio. Pero también es el marco más adecuado y eficaz para el desarrollo de las relaciones humanas, personales, y para la configuración de las conciencias de los individuos. En ella todo está a favor de la reiteración y el afianzamiento de las relaciones personales, y, aún más, del perfeccionamiento de las mismas, puesto que favorece el desarrollo de las relaciones personales en general y la producción de relaciones por completo nuevas.⁸⁶

Los alemanes acuñaron el proverbio “Der Stadtluft macht Die Menschen frei” (“El aire de la ciudad os hará libre”) en referencia a la ciudad medieval.⁸⁷ Pero ¿por qué? ¿Qué componentes tenía el “aire” de ese tipo de ciudades para producir tales efectos? Por otra parte, las ciudades electrónicas actuales ya no son lo que fueron las tradicionales. Pero hoy, en nuestra civilización, todos aspiran a vivir en ciudades y si es posible en las grandes ciudades, en las grandes metrópolis; y, al mismo tiempo, las aldeas agrícolas se transforman en agrovillas y agrocidades, cuya característica principal es la separación total entre vivienda e instalaciones productivas (esto es, el reverso radical de todas las aspiraciones de los campesinos del pasado). Los cambios en nuestra forma de vivir son, pues, tremendos. Y, por eso, la exigencia del esclarecimiento científico urgente de las ventajas de la convivencia en las ciudades y de los efectos, favorables o desfavorables, que el vivir en las ciudades tiene sobre los individuos. Pues, ¿se puede continuar diciendo que “el aire de la ciudad hace al hombre libre”?⁸⁸

En concreto, lo que aquí se trata de entender es cómo inciden las ciudades actuales en la frecuencia y reiteración de las relaciones personales, en tanto que práctica del intercambio de información (es decir, de experiencias). Eso constituye el factor determinante del desarrollo de la personalidad (de la conciencia) de sus moradores; en otras palabras, es el fundamento de la socialización y, por lo tanto, de la educación. Ahora bien, puesto que se admite que la convivencia en las ciudades facilitó históricamente la aparición y el desenvolvimiento de todas las personalidades más señeras de la humanidad, ese análisis de la ciudad como marco del intercambio de

⁸⁶ Aunque no ha sido aún suficientemente evaluada, la influencia de esa convivencia permanente de seres humanos en cada individuo es de lo más profunda, intensa y eficaz.

⁸⁷ L. Mumford, *La civilización de las ciudades*, Buenos Aires, EMECE Editores, 1945, t. I, p. 44.

⁸⁸ Hay que elaborar una teoría para orientar de modo seguro y eficaz las múltiples políticas que implican la convivencia y el desarrollo, con frecuencia absurdo, de las ciudades actuales, especialmente en algunas naciones del Tercer Mundo. Y hay que hacerlo a la luz de la experiencia acumulada: esto es, de los estudios de campo de las actuales ciudades electrónicas e industriales y de los testimonios históricos sobre el papel de las ciudades antiguas, medievales y de la primera etapa de la era industrial.

información (como entramado de nudos de comunicación) tendrá que partir de la estructura más profunda y fundamental de la misma.

Por de pronto, habría que anticipar que en la ciudad todo es significativo, todo dice algo, todo ayuda a enriquecerse, todo contribuye a hacer fluida la vida de los ciudadanos. Pero, ¿por qué?

F. La ciudad como medio humano

En la aldea agrícola de subsistencia aún impera la naturaleza; pero en la ciudad domina la naturaleza transformada por el hombre o medio humano

La condición humana estuvo siempre unida a la creación de un medio propio, adecuado y exclusivo para el hombre; de un medio que fuese como naturaleza en la naturaleza,⁸⁹ como una segunda naturaleza que constituyera el hogar, la morada genuina, del hombre.

Por otra parte, ese mismo medio humano hizo también posible que el hombre llegara a sentirse aislado, separado, alejado, de la naturaleza. Es más: ese aislamiento de la naturaleza le permitió al hombre volverse contra la naturaleza que le rodeaba y enfrentarse con ella, llegando así hasta el punto de concebirse a sí mismo con un ser extraño en este mundo, como un desterrado “en este valle de lágrimas”. Y ese sentimiento de extranjero, en la naturaleza, fue tan general que dejó una fuerte huella en la concepción que los hombres se formaron de sí mismos y del mundo que los rodeaba.

Los mitos, las religiones, los relatos literarios, el arte y los sentimientos extáticos, todo, está penetrado y mediatizado por las ideas que los hombres se han hecho de sí mismos y de su propia naturaleza. Pero más importante aún que esa idealización que los hombres se han hecho de su propia naturaleza y de sus relaciones con el mundo exterior es la elaboración de una concepción de la realidad sobre la base de su capacidad creciente para modificar la naturaleza con vistas a crear el medio humano. Luego, la proyección ideal de las líneas del pensamiento desarrolladas a partir de las modificaciones básicas de la naturaleza conseguidas al construir el medio humano dio lugar a todos los paraísos y “duplicados ideales perfectos” del mundo, que los hombres erigieron como la verdadera realidad y que aún constituyen la base y el fundamento de las creencias y los comportamientos de la inmensa mayoría de ellos.

La construcción del medio humano comienza con los primeros esfuerzos de los hombres para hacer la vida humana más segura, más protegida, más durable y más plena y rica. Más segura, por disponer de alimentos suficientes, adecuados, nutritivos y sanos. Más protegida, frente a las agresiones del medio exterior, los depredadores y la intemperie, con viviendas abrigadas y ropas, el uso del fuego y demás. Y más durable y más plena y más rica, porque los hombres hicieron más seguras sus vidas creando tierras de cultivo,

⁸⁹ « ¡Cuán prodigiosas son las manos con que la Naturaleza ha dotado a los hombres y para cuántas cosas bellas sirven! (...). Todo cuanto poseemos procede de las manos hábiles de los artesanos, dando utilidad a lo que el ojo puede ver y el espíritu descubrir. Gracias a ellas, podemos cobijarnos bajo un techo, vestimos y conservar nuestra salud. A ellas debemos las ciudades y sus murallas, las moradas y los templos. Es más, por las manos de los hombres, nos regalamos con abundantes y variados alimentos. (...). En resumen: usando nuestras manos, damos existencia a una Segunda Naturaleza destinada a nuestro servicio» {Cicerón, *De la Naturaleza de los Dioses*, II, p. 60. Citado por B. Farrington, en *La rebelión de Epicuro* (Barcelona, Editorial LAIA, 1974, Colección Enlace, pp. 57-58)}.

seleccionando semillas, domesticando animales, construyendo edificios más firmes, abrigados y sólidos, fabricando utensilios e instrumentos más eficaces y, sobre todo, aumentando el tamaño del grupo de convivencia a fin de garantizar la más completa socialización de los nuevos miembros y la mejor transmisión, de una generación a otra, de la experiencia indispensable para la supervivencia del grupo social.

Tan importante es el medio humano, que todo progreso civilizador se mide por sus avances en tanto que transformación de la naturaleza por el hombre y al servicio de éste. El medio humano de cada momento histórico es la medida de los progresos intelectuales, técnicos y sociales, esto es, de la cooperación entre los hombres. Es, en realidad, lo que caracteriza y define a una sociedad. Porque las sociedades no se diferencian tan solo por su organización social sino por su cultura, entendiendo por tal la expresión abstracta del medio humano en su conjunto y de los desarrollos del mismo. De modo que los progresos del medio humano son los progresos de la civilización como un todo y, de hecho, los progresos del propio hombre.

El medio humano no sólo asegura la vida de los hombres sino que -lo que es más importante- también la perfecciona. Esto es: la hace más segura, más rica en experiencia (más comunicada), más fluida, menos dominada por los acontecimientos de lo irracional. Esquilo llegó a decir en su época que el mayor pecado del hombre es haber nacido, y Calderón afirmó mucho después lo mismo en *La vida es sueño*. Pero, a medida que se perfeccionaba el medio humano, el vivir fue haciéndose más seguro y más satisfactorio, siendo ya más raro encontrar personas que maldijeran de su existencia. Con los progresos del medio humano se hizo más agradable el vivir y fue desapareciendo cuanto lo hacía azaroso, triste y tan trágico, que era preferible la muerte. Es verdad que las catástrofes naturales, las pestes y epidemias y las guerras y hambrunas persistieron largo tiempo, reproduciendo la debilidad y la ineficacia del hombre. Pero, con los avances técnicos y los progresos científicos y sociales de los dos últimos siglos, la vida humana se ha hecho más segura en todos los órdenes de la existencia.

Por lo demás, para comprender bien lo que significa el medio humano, representado hoy por las ciudades, podría bastar el contrastar las aldeas campesinas con las grandes ciudades.

En una aldea agrícola de subsistencia el medio humano lo constituyen: unas pocas tierras de labor en las que se cultiva el trigo, y más frecuentemente centeno y patatas; una huertas, pocas; prados naturales; unos malos caminos, por los que suelen circular los carros de los campesinos tirados por vacas o bueyes; y unas casas de una sola planta, miserables, con bastante frecuencia cubiertas de paja y sin verdaderas divisiones internas que separen los establos, el pajar o las chiquerías, de la vivienda propiamente humana.

Esas casas de la aldea agrícola de subsistencia, que dejan pasar la luz y el frío, representan bien lo que ha sido el modo de vivir los hombres en el pasado.⁹⁰ La vida de los campesinos en ese medio -que a ellos (que no conocen otro) les parece seguro, cómodo y atractivo, y satisfactorio- es, en

⁹⁰ Véase el artículo de Fray B. Feijóo «Honra y provecho de la agricultura», y en especial el apartado X, donde describe la miseria y la explotación de los campesinos de Galicia, Asturias y las montañas de León, de lo que podía hablar con perfecto conocimiento.

realidad, poco segura frente a las depredaciones, las intemperies y, sobre todo, frente al hambre, las enfermedades, las catástrofes naturales y civiles y la miseria intelectual. La vida de la aldea se basa en la agricultura de subsistencia, por lo que los hombres pasan la mayor parte del día a la intemperie del frío, la lluvia, la nieve o el sol; sólo se hallan semiprotegidos en sus pobres viviendas.

En la aldea agrícola de subsistencia la naturaleza asoma por todas partes, al hacerse presente a través de la modificación superficial de las cosas naturales: tierras que han sido simplemente desforestadas o desbrozadas, sin más transformaciones, para hacerlas más productivas; caminos de tierra, hechos para andar más cómodamente por ellos que por las breñas y los matorrales; casas de tierras mal asentadas; y poco más, pues con los utensilios y las herramientas ocurre otro tanto: apenas permiten a los hombres trascender las apariencias naturales. De modo que el medio humano es todavía débil y poco determinante de la conducta de los hombres y de la vida humana en general, por lo que apenas informa sobre su significación a las gentes.

En la ciudad ocurre todo lo contrario: en ella el medio humano lo domina todo desde hace siglos, pues la naturaleza ha sido recubierta por todo lo modificado por los hombres. Todo ha sido construido por la mano humana, contando con un proyecto previo o sin él. Pues, al modificar las cosas para adecuarlas al medio humano, los hombres -queriéndolo o no- han extraído experiencia y la han decantado en las palabras. De manera que, al crear el medio humano, han creado al mismo tiempo el mundo simbólico o representativo, que es como el duplicado ideal de la parte de la naturaleza que han ido transformando.

Por lo mismo, para comprender bien la ciudad hay que considerarla en ese doble aspecto: como transformación de la naturaleza por el hombre; y como materialización de experiencia humana, de conocimiento humano, que, considerado en su abstracción (esto es, desprendido de su base material), se ha vinculado al nuevo soporte inventado por el hombre: el lenguaje, la palabra. Así se constituye el gran tesoro del conocimiento, la cultura espiritual que nutre a los espíritus, a las conciencias, de todos sus moradores. Por eso, la ciudad es “toda ella comunicación”, y, en cuanto tal, alimenta nuestro espíritu y guía nuestra conducta o comportamiento, liberando al mismo tiempo nuestra actividad intelectual para pasar a ocuparse de las cuestiones más dificultosas e importantes.

Tal es la diferencia más llamativa y sorprendente entre la ciudad y la aldea agrícola. El hombre de la ciudad dispone de un equipo de conceptos, categorías y otros recursos intelectuales, como trasunto de su propio medio humano, muy superior en riqueza y dinamismo al equipo intelectual del hombre de la aldea semidispersa, que es a su vez la reproducción ideal de su propio medio.

La influencia determinante del medio humano sobre las relaciones personales y, en consecuencia, sobre los recursos intelectuales y la conducta humana, es lógica y natural, ya que el medio humano es el resultado de la actividad humana sobre materiales y porciones de la naturaleza. Los hombres transforman materiales en cosas útiles con sus manos, guiados por la

necesidad o por un proyecto previo, como imagen anticipada de la satisfacción de la necesidad.

Ahora bien, como creada por los hombres y constituida en su totalidad por sus manos bajo la dirección de sus mentes, la ciudad facilita las relaciones personales en grado máximo, enriquece el contenido comunicativo de las mismas y crea constantemente relaciones personales nuevas, en la forma y en los contenidos, al establecer condiciones nuevas que modifican las relaciones sociales anteriores en razón de su creciente actividad innovadora. Por lo demás, el factor más determinante de ese cambio de nivel de las relaciones personales en el ámbito de la ciudad es la división social del trabajo, un proceso social que sólo puede darse en la ciudad, y, en especial, en ciudades con un número bastante elevado de moradores.

G. La ciudad y la división social del trabajo

Impulso del progreso de la cultura material y espiritual, en razón de la división del trabajo y de la especialización, propios de la ciudad clásica

Por de pronto, la ciudad es una pura red de significaciones, lo que posibilita la coexistencia de muchos miles de personas. Los espacios, las calles y los servicios públicos canalizan de forma compulsiva a esos miles de personas (en los días de fiesta son muchos más), que pueden moverse así por la ciudad orientándose por sus signos como medio humano. Pero la ciudad no es sólo un conjunto de signos significativos. Es también algo más: a saber, un lugar de encuentros, un espacio físico donde se producen múltiples interacciones entre miles de personas con propósitos y objetivos distintos.

Esos miles de personas que moran en una misma ciudad no se hallan en el mismo nivel en relación con el aprovisionamiento de alimentos y de otros elementos de subsistencia: algunos de ellos, pocos, pueden ser campesinos, pero en su mayor parte son artesanos, comerciantes y obreros manuales. Los campesinos pueden producir los recursos necesarios para subsistir; los demás, no. Los artesanos y los comerciantes, por ejemplo, producen o llevan mercancías al mercado. Y la división del trabajo -la especialización, en otras palabras-, que se inicia con la ciudad, se convierte desde un principio en el verdadero motor del progreso y en la clave del desarrollo económico y social, con la consiguiente complejización de la estructura social.

El campesino de la aldea agrícola de subsistencia tiene que ocuparse de todo: desde fabricar vino, preparar el lino, levantar una pared, cuidar una vaca enferma, podar una viña, injertar un árbol, preparar el abono o construir un arado hasta segar el trigo y la hierba. Su actividad se desarrolla en múltiples direcciones, pero sin poder especializarse en ninguna de ellas, al tener que atender a todas por igual. Por eso el progreso de todas ellas es lento, muy lento. De hecho, la agricultura de subsistencia supuso el estancamiento por siglos, si no ya por milenios, y sus campesinos han sobrevivido sin alterar su modo de vida hasta la actualidad. En cambio, las ciudades en las que predominó la división del trabajo cargaron con todo el peso del progreso social hasta acabar transformando incluso esas mismas zonas campesinas de subsistencia que parecían inmunes a todo progreso.

La división social del trabajo y la especialización (que es su consecuencia) son el motor impulsor y responsable de todo progreso en la producción de la cultura material y de la cultura espiritual. Pero no se producen en el vacío. El campesino que practica una agricultura de subsistencia, independiente, aislado e insolidario, no puede especializarse, porque, como Robinson Crusoe, tiene que hacer de todo para sobrevivir. Pero, en la ciudad, la división del trabajo implica la convivencia de miles de personas, manifiesta en múltiples relaciones personales; y, al estructurarse en tareas concretas, oficios y profesiones, hace que cada persona sólo pueda dedicar su atención a uno o a un número limitado de quehaceres, pudiendo así alcanzar una extraordinaria habilidad, aunque a costa de despreocuparse del resto de las innumerables tareas que constituyen la trama o el tejido cultural de la sociedad en su conjunto.

Vuelta al aislamiento del individuo con la especialización intelectual y la sustitución de las relaciones personales comunicativas por los periódicos

Una determinada especialización supone el abandono de otras muchas posibles (*Omnis determinatio es negatio*, como decía Espinoza). Tal es la cara negativa de la división del trabajo, que, en el caso de las especializaciones de la actividad intelectual, puede tener, por cierto, graves consecuencias para el propio individuo.

El hombre es polivalente, en principio; esto es, puede prestar atención a muchas cosas. Pero, por lo mismo, la atención a una sola cosa, o a un aspecto de ella, supone una limitación, si no es casi una mutilación de esa capacidad pluriforme del hombre. Ahora bien, en tanto que punta de lanza del progreso, la especialización, derivada de la división del trabajo, se ha impuesto en todos los órdenes de la cultura, y en los instrumentos, en las habilidades humanas y hasta en los recursos del conocimiento, en particular. Pero es precisamente en este último ámbito -en el plano intelectual- donde presenta aspectos más negativos, al conllevar la renuncia a la comprensión total de la realidad (que es el único marco intelectual que proporciona la información necesaria para orientarse en el mundo), en aras de la profundización en una parcela muy limitada del universo del conocimiento,

Por otra parte, la división del trabajo y la especialización también suponen eficacia, altos rendimientos y, en consecuencia, también, perspectivas de negocio. De hecho, la empresa acabó apoderándose de esas posibilidades. Es más: empresa y especialización vinieron a ser sinónimos, pues, allí donde se perfilaba una nueva especialización, aparecía en seguida una empresa para beneficiarse de sus potencialidades económicas. De modo que, en ese avance del proceso de vinculación entre empresa y especialización, un día le llegó el turno a la comunicación: esto es, surgió una institución *ad hoc*, una empresa, para recoger información (potencialmente interesante para miles de personas) con vistas a difundirla entre los usuarios que pudieran pagarla. Así aparecieron los primeros periódicos.

Antes de la aparición de las empresas especializadas en la información, los hombres se preocupaban por conocer los acontecimientos que se producían en su entorno, inmediato o lejano. Unas veces tenían éxito y otras, no; de hecho, podían desconocer acontecimientos de índole financiera, industrial o comercial de gran importancia, incluso en el marco propio de la ciudad. Pero, en ésta, las

facilidades para la difusión de información eran muy grandes; y también era enorme la generación de acontecimientos sociales y la concentración de la toma de noticia de sucesos que se habían producido muy lejos, en fábricas, en barcos de transporte o en ferrocarriles, en mercados, etc., como informaciones muy importantes para individuos, empresas, autoridades políticas, etc.

Siendo esto así, era inevitable que una empresa se especializara en recoger información dispersa, en organizarla y en disponerla sobre un soporte idóneo para su venta. Cuando esa información organizada en forma de periódico llegó a las manos de personas agobiadas por los esfuerzos por dominar sus respectivas especializaciones y agobiadas por las mismas, la acogieron como una bendición y una liberación. Pues, al no disponer del tiempo necesario para recoger y asimilar por sí mismos las informaciones que necesitaban, abandonaron sus preocupaciones al respecto y se acostumbraron a recurrir a los periódicos para estar bien informados.

A las gentes les resultó fácil habituarse a recibir información sin más esfuerzo que el pago de un módico estipendio por el periódico. Pero, al hacerlo, rompieron sus relaciones personales comunicativas previas, limitándose al contacto especializado. Por otra parte, como las ventajas económicas de las empresas sólo se materializaban ofreciendo y vendiendo sus productos informativos, pronto aumentó el número de unas y otros en virtud de la lógica de la competencia por el dominio del mercado. La rivalidad por hacer más atractivos sus productos llevó a las empresas a completar la oferta puramente informativa con la de diversos pasatiempos y otras formas de divertimento y solaz; y los individuos cayeron prisioneros de esas mismas empresas, que luchaban con denuedo por captar clientes y lograr que estuvieran satisfechos con sus servicios. Así, las relaciones comunicativas personales se vieron sustituidas por un comunicador inerte y rígido, pero mucho más eficaz comunicativamente, sin que los hombres se percataran de ello.

H. De la opulencia comunicativa en la ciudad electrónica al aislamiento

Intensificación del aislamiento del individuo con la aparición de los medios electrónicos de comunicación y de entretenimiento de masas

Ahora bien, por ese camino el individuo se ve pronto conducido al aislamiento. Uno se especializa en un tipo de cosas y abandona otros muchos, convencido de que es imposible prestar atención a todo; y rompe sus relaciones comunicativas personales, sustituyéndolas en muy poco tiempo por el papel impreso, al considerar que el periódico es más eficaz, comunicativamente.

Esto en un principio. Pues esas mismas tendencias aisladoras se hacen aún más activas y acuciantes con la aparición de los medios electrónicos de comunicación -la radio y la televisión-, que son los medios dominantes de comunicación de masas actuales. Esos medios ofrecen, desde luego, algunas ventajas notorias: la ubicuidad de su alcance; la posibilidad de que una misma emisión sea recibida por millones de personas; el que la información pueda ser simultánea a los hechos; el abaratamiento de los aparatos de recepción (con lo se va a que cada individuo tenga el suyo); o, en fin, otra ventaja muy general e importante: la disminución de su papel como medios de comunicación y el crecimiento de su función como medios de entretenimiento. De hecho, la

combinación de esas dos funciones de los medios electrónicos -la comunicativa y la lúdica- los convirtió en acompañantes permanentes, amenos y satisfactorios de los individuos, hasta el punto de competir con ventaja con las relaciones personales, hasta sustituirlas, al acostumbrarse las gentes a su compañía.

En lo que respecta a la comunicación sobre el acontecer, los medios electrónicos han sustituido a las comunicaciones personales y a la prensa, en razón de su alcance, simultaneidad y universalidad. Pues, al ser tan dóciles y fáciles de manejar y entretener tan satisfactoriamente, las gentes se quedan gustosas en su compañía; y prescinden, hasta abandonarlas, de las relaciones personales más significativas, en la inteligencia de que las relaciones electrónicas son muy superiores a las relaciones interpersonales y más eficaces que éstas.

De ese modo, los hombres están recayendo en un aislamiento, más intensificado aún, que bien pudiera denominarse aislamiento electrónico. Y este se está haciendo avasallador por el aumento incontrolado de la oferta comunicativa de los medios electrónicos, por una doble razón: los beneficios que derivan directamente de la venta de información; y la idoneidad de tales medios para el dominio de las conciencias.

Esa opulenta superabundancia comunicativa fue posible, sobre todo, por el crecimiento trepidante de la población urbana hasta desembocar en la conversión del mundo en una gran megalópolis,. Pues, el ideal del gran capitalismo es que toda la población humana “disfrute” de la cultura “popular” y que consuma lo que le echen a toque de clarín -es decir, a golpe de anuncio. Algo que, de hecho, viene ocurriendo ya en la parte central del reino capitalista, los Estados Unidos de América.

APÉNDICES

1. Apunte sobre la disposición de la vivienda y la psicología del campesinado (1969)⁹¹

«Fuenteovejuna no podría darse (“¡todos a una!”) en el Norte.»

La distribución espacial de la vivienda, una cuestión del máximo interés para la comprensión de la historia de España

Creo que el estudio de la distribución espacial de las viviendas de las masas campesinas constituye una cuestión del máximo interés para entender la historia de España durante los últimos tres o cuatro siglos.

Me ha sorprendido la concentración de las viviendas en Cristina y en Guareña (Badajoz). Los campesinos viven en casas pegadas unas a otras como en las ciudades. En el perímetro del pueblo no existe ningún espacio vacío que no sea de utilidad común, plazas o calles, o algún parque. Me sorprende, porque pienso que estos campesinos no pueden tener sus gallinas, sus cerdos, las cuadras para los ganados mayores, los pajares para el heno y la paja, cuadras para las ovejas, espacio para reunir y elaborar el estiércol; y, sobre todo, el huerto: se me hace imposible que los campesinos de aquí puedan vivir sin un huerto con verduras, hortalizas, frutales, flores, hierbas aromáticas y medicinales, etcétera. Para mí, acostumbrado a los pueblecitos del norte de León (como los de Galicia, Asturias y Santander), esta distribución espacial de las viviendas constituye una gran sorpresa. Tengo la impresión de que los campesinos de aquí están inermes y como carentes de individualidad por la falta de ese espacio alrededor de la casa que refuerza la individualidad de las familias y la de las personas.

La ordenación espacial de las viviendas en el sur parece estimular la vida colectiva. Nunca en ningún pueblo del norte he visto tanto niño jugando en las calles como aquí. Parece que están libres y ociosos todas las horas del día, y no sólo a los pequeños sino también a los adolescentes de 14 a 16 ó 18 años se les ve jugando en las calles y en las plazas. También las mujeres forman pequeños grupos a las puertas de sus casas; y con frecuencia esos grupos son de hombres. El agrupamiento de las viviendas fomenta la comunicación y la convivencia de los individuos y refuerza la socialización. La convivencia de los niños a todas horas del día, sobre todo, tiene que estimular y desarrollar su conciencia colectiva y las tendencias sociales que impulsan la convivencia. Estos niños son mucho más sociales y tienen que tener un desarrollo intelectual más precoz que los niños de los pueblos del norte. Esta mayor intensidad de la vida colectiva y esta intensa socialización tienen que tener fuertes repercusiones sociales y políticas, que debieron influir activamente en la vida económico-social y cultural de España.

La dispersión de la población en el norte debe fomentar el individualismo, pero un individualismo negativo, egoísta, insolidario, que debilita la conciencia colectiva y el sentido de resistencia a la opresión; es casi seguro

⁹¹ Nota manuscrita, de 7 de febrero de 1969, redactada en Guareña (Badajoz), al poco de llegar, deportado por la dictadura franquista. que impuso cuatro días después el estado de excepción, por primera vez desde la guerra civil. Título de RJM. (*N. del E.*)

que las condiciones de vida del norte en pequeñas aldeas, con las viviendas dispersas, favorecen la supervivencia de un tipo de feudalismo que vive de la concesión de un lote de tierra mediante el pago de un fuerte tributo en especie o en dinero: Galicia, Asturias, Santander, Provincias Vascongadas, etc. El dominio y sujeción de estos colonos tiene que ser más fácil utilizando solamente instrumentos espirituales, ya que su dispersión no les permite intercambiar conocimientos y esclarecer las conciencias para desvanecer las supercherías. Las familias y los individuos vueltos hacia sí mismos son presa fácil de cualquier propaganda terrorista (el infierno, las almas en pena, las brujas, etc.).

Por el contrario, la concentración espacial de las viviendas y la intensificación obligada de la comunicación verbal, la socialización y el remodelamiento constante de unos individuos por otros desde la infancia, tienden a la crítica y al esclarecimiento de las conciencias y al desarrollo de un pensamiento objetivo más depurado de toda clase de nebulosidades y fabulaciones. Se desarrolla con facilidad una conciencia colectiva de los problemas y de las dificultades para resolverlos entre todos, y se despierta con más facilidad el espíritu de protesta. La vida de estos pueblos participa hasta cierto punto de las ventajas de la vida de la ciudad.

Fuenteovejuna no podría darse (“¡todos a una!”) en el Norte.

2. La formación de la personalidad y las relaciones sociales⁹²

El individuo forja su espíritu en sus relaciones personales con los demás

El ser humano, la mujer o, en una palabra, el hombre, no puede existir en el aislamiento; un hombre aislado, solo, no llegaría a ser un hombre, ya que carecería de personalidad. En el aislamiento, el individuo no puede desarrollar su espíritu, su conciencia; esto es, su inteligencia, sus sentimientos, su sensibilidad, su simpatía, todas aquellas cualidades que hacen atractiva, interesante, a una persona para los demás.⁹³

Esto es así porque el individuo humano, para ser algo más que un animal, tiene que asumir, interiorizar, todo lo más valioso creado por el hombre: conocimientos, sentimientos, abnegación, altruismo y, sobre todo, amor. Porque el amor es como el sentimiento que fecunda y dignifica todos los demás sentimientos. Pero el individuo sólo puede desarrollar ese sentimiento, núcleo de todos los demás, si primeramente es amado. El niño aprende a amar al sentirse amado; y un individuo que no sienta sobre sí el aleteo del amor, del cariño -de un amor y un cariño gratuitos, generosos-, no aprenderá a amar.

Esto, por lo que se refiere al amor, que es como el motor y la esencia de la personalidad. Pero hay que pensar también en el desarrollo de la inteligencia, de la conciencia, que consiste en la interiorización del lenguaje-conocimiento. Éste es lo que luego le sirve al individuo para conocer lo que le rodea. Aunque no ya con sus débiles fuerzas, con su experiencia individual, sino con lo que todos los hombres del pasado han ganado con esfuerzo y han ido decantando y fijando en el lenguaje. De modo que, cuando nosotros miramos al mundo y lo conocemos, no estamos operando con nuestras débiles fuerzas sino que lo hacemos equipados y pertrechados con miles de ojos y con los esfuerzos de miles de hombres. En cada uno de nosotros se aúna la vigilancia y el esfuerzo de millones. Por eso podemos decir que somos como enanos aupados a hombros de gigantes; y que, por eso mismo, vemos más lejos que ellos.

Con esta argumentación, se quiere demostrar que el hombre forja, crea, su espíritu en sus relaciones personales con otros hombres. Es más: incluso un hombre o una mujer maduros enriquecen su espíritu en sus relaciones con otros, hombres, mujeres y niños. Porque son las relaciones personales, las relaciones significativas (es decir, aquellas en las que hay un verdadero intercambio de conocimientos, de experiencias) las que constituyen el propio espíritu, la propia personalidad.

Las relaciones humanas son los únicos cauces a través de los cuales el hombre recibe lo humano, lo deseado, lo querido, lo soñado por los hombres. Y, cuanto más frecuentes, sinceras y significativas son las relaciones de un hombre, o de una mujer, más elevada, más comprensiva, más tolerante y más rica es su personalidad.

⁹² Nota mecanoscrita, sin fecha. (N. del E.).

⁹³ El último punto, resaltado con subrayado en rojo al margen. (N. del E.).

Sin relaciones humanas no hay verdadero espíritu. Aislar, por tanto, a una persona, es obligarla a permanecer en un estado infantil.

3. La disposición de la vivienda y su influencia en la creación de la subjetividad. Un proyecto de tesis doctoral (1979)⁹⁴

La disposición espacial de la vivienda, condicionante de las relaciones sociales que influyen sobre la creación de la subjetividad en el campo

0. *Planteamiento del tema de la tesis:*

- Las relaciones sociales son los cauces por los que el individuo recibe la inmensa mayor parte de la experiencia que va a generar su conciencia (su subjetividad).
- En las sociedades agrícolas tradicionales la disposición “espacial” de la vivienda es el factor determinante de las relaciones sociales significativas del individuo.
- Importancia de las relaciones sociales así determinadas para la educación de los niños y para el comportamiento de los adultos (tacto social, simpatía, actitud para con los demás, limpieza personal, etc.).

1. *Fundamento teórico de la tesis*

- Las relaciones personales, cauces de experiencia (de información) para la creación de la subjetividad
- Exploración de la literatura existente y accesible pertinente, tanto en psicología como en sociología, puesto que el tema es, por un lado, objetivo, sociológico (lo que determina al individuo), y, por el otro, subjetivo (el resultado de las influencias externas reflejadas en la conciencia del individuo).
- Se debe recurrir en busca de información a otros campos, como la geografía humana, la historia (“la ciudad hace al hombre libre”), la literatura (la novela de costumbres,..), etc.

2. Una vez formulada una teoría clara y correcta de cómo se produce la influencia condicionadora de las relaciones sociales en general, hay que pasar a aplicarla al caso concreto de las relaciones sociales (de los encuentros personales) en la sociedad agrícola tradicional, determinadas por la disposición espacial de la vivienda.

- En esta parte deben contemplarse todas las repercusiones de estas relaciones sociales sobre los individuos, que deben ser confirmadas con testimonios procedentes de la literatura (de la geografía, historia y demás).
- En esta parte se llegará a la delimitación de tres tipos de disposición espacial de la vivienda:

⁹⁴ Nota manuscrita, de 31 de octubre de 1979 (N. del E.).

- 1º. Población totalmente dispersa: viviendas unifamiliares (o, a lo más, de dos o tres familias unidas por lazos familiares muy íntimos), tan distantes unas de otras, que pueden pasar días y hasta semanas sin encontrarse y hablarse. Se trata del caserío de la orla cantábrica, la masía catalana, los cortijos andaluces pequeños y, hasta cierto punto, la barraca valenciana.
- 2º. Población semidispersa: las viviendas se hallan separadas unas de otras por huertas, prados e incluso tierras de cultivo, pero no tan alejadas que sus habitantes no se vean, aunque sea de lejos, si bien pueden pasar uno o dos o tres días sin encontrarse personalmente y hablarse. El conjunto de viviendas forma una aldea o pueblo, y sus moradores, por lo general, se dedican a la agricultura para el propio consumo. En estas aldeas, lugares o pueblos, apenas existen motivaciones objetivas de relación entre los habitantes, salvo las funciones religiosas, las fiestas del pueblo (locales), algún consejo y alguna faena agrícola que exija la cooperación.
- 3º. Población altamente concentrada pero dedicada fundamentalmente a la agricultura; con preferencia, villas constituidas por agricultores pequeños, cultivando su propia tierra o parcelas arrendadas. Las viviendas limitan unas con otras y, como en los dos casos anteriores, en su gran mayoría aún siguen estando ligadas a las actividades agrícolas (esto es, la vivienda forma parte de la producción, por lo que no es solamente vivienda: ¡aspecto importante!). Las puertas de las viviendas están muy próximas, ya que generalmente son pequeñas, de manera que los habitantes se encuentran con gran frecuencia al entrar y salir. Los niños juegan en la acera. Tampoco existen motivaciones objetivas para relacionarse, aparte de la Iglesia y las fiestas locales, aunque sí suele haber otros lugares de encuentro voluntario, como bares, taberna, etc. Señalar la existencia de campesinos jornaleros o de labradores que dedican bastantes días al año a ganar un jornal, como complemento.

- En esta parte conviene tener en cuenta las variables independientes que operan sobre el elemento central de la tesis: la disposición espacial de la vivienda, como condicionante de las relaciones sociales que influyen sobre la formación de la subjetividad.

3. Deducir de todo el estudio anterior los resultados más correctos posibles que configuran los distintos tipos de persona, y consignar lo que los diferencia.

- Analizar detenidamente los distintos tipos de personas generados por los tres tipos de disposición espacial de la vivienda en sus aspectos principales -intelectual, emocional (sensibilidad y tacto social), apariencia externa (limpieza y cuidados personales) y carácter

(abierto y extrovertido o tímido e introvertido)-, así como las posibles explicaciones de su génesis.

- Conclusiones que se pueden inferir para la educación, en especial para la educación de los niños en las grandes ciudades, en las que renace una nueva forma de aislamiento de la vivienda y de la persona, en medio de la multitud.
- Las conclusiones obtenidas deben ser sometidas a dos clases de confirmación: 1ª) histórica y sociológica, u objetiva, para lo cual se pueden utilizar las más diversas fuentes; y 2ª) subjetiva, obtenible mediante una encuesta formulada (elaborada) expresamente para comprobar las conclusiones deducidas.
- Esta encuesta debe constituir el elemento central de la segunda parte del capítulo 3º, y formularse con el mayor rigor (tiene que ser un magnífico trabajo de campo planeado con todo el conocimiento anterior).
- La encuesta no debe ser elaborada hasta después de redactar la primera parte de este capítulo, a fin de recoger todas las conclusiones.

NOTA.

- El capítulo 0 -el planteamiento del tema de la tesis- debe escribirse dos veces. La primera como proyecto de todo el trabajo, y, como tal, debe servir de guía para todo el desarrollo; y la segunda, una vez terminada la investigación y la elaboración de la tesis, y puede servir como síntesis completa y profundizadora del trabajo realizado. Ambas redacciones deben diferir precisamente por el momento en que han sido hechas.

4. Agrovillas y agrociudades (1982)⁹⁵

Necesidad actual de la remodelación de la ciudad como marco óptimo de las relaciones personales

Estas dos palabras son todavía desconocidas entre nosotros. No entran en el lenguaje corriente, ni menos aún se encuentran en los diccionarios de la lengua castellana, pero empiezan a sonar en ponencias de congresos y de conferencias internacionales. Ambas palabras -agrovillas y agrociudades- corresponden a nociones utilizadas para configurar el futuro de la población agrícola, pues con ellas se pretende anunciar una nueva forma de vida para la población agrícola, más en consonancia y en armonía con la civilización industrial. Mejor aún, con esas dos palabras se quiere prefigurar la "agricultura industrial", la agricultura de la civilización industrial.

Durante los últimos 100 ó 150 años, los tratadistas agrarios -o, quizás mejor, los agraristas- han propugnado, como modelo de inserción (de instalación) de los labradores en el agro, el "coto redondo acasado" (el "caserío", el "cortijo", la "masía" o la "granja"), que prefiguraba el *farm* inglés, llevado luego a su plena realización en el Oeste americano. Para los agraristas españoles, el *farm* inglés y, mejor aún, el norteamericano, era el modelo ideal de explotación agraria: una finca, con la vivienda y las instalaciones necesarias en el centro, y una familia para trabajarla, auxiliada, en los momentos de mayor agobio de trabajo, por un número muy pequeño de obreros. La extensión de la finca sería variable, dependiendo de la fecundidad del suelo en relación con la capacidad de trabajo de los miembros de una familia media. La producción debería satisfacer las necesidades materiales familiares y dejar un excedente para el mercado con cuyos ingresos hacer frente a los gastos externos a pagar en dinero. Pero, en el modelo ideal de nuestros agraristas, no entraba la especialización de la explotación en un único cultivo destinado enteramente al mercado, ni tampoco, por tanto, la adquisición en el mercado de todos los bienes necesarios para la vida de los familiares.

Este modelo de poblamiento agrícola en forma de caserío o de pequeñas agrupaciones de caseríos -aldeas o lugares cortos- fue la forma preferida por el feudalismo, por lo fácil que resultaba para dominar y explotar a los campesinos; y también fue propugnada por los gobiernos de los estados modernos. Pero, al mismo tiempo, esa forma de población era (y aún es) la causa del atraso cultural y de los sentimientos reaccionarios de la inmensa mayoría de los labradores.

Las consecuencias y aspectos negativos de ese tipo, tan poco humano, de distribución espacial de la población agrícola empezaron a manifestarse con los grandes avances de la industrialización, el crecimiento de las ciudades y la mejora de las condiciones de vida en estas últimas. Las formas de vida urbana -mejores salarios y constantes, cines, discotecas, centros culturales de diferentes intereses, centros de enseñanza de los distintos niveles, tiendas

⁹⁵Nota manuscrita, fechada en mayo de 1982. (N. del E.).

numerosas y variadas, grandes almacenes, servicios sanitarios, etc.- constituyen un atractivo fascinante; la gente del campo -los jóvenes, en especial- quiere vivir en la ciudad y se va a las ciudades, aunque sea con peores condiciones salariales (pues, una vez allí, ya se verá).

La vida de la ciudad tiene otra ventaja muy atrayente, que es la separación total del hogar de los medios de producción. Para los labradores, medianos propietarios y pequeños (arrendatarios, aparceros, etc.), el hogar es una continuación de los medios de producción. En la casa están las cuadras, los pajares, los chiqueros y los gallineros, los graneros y cilleros. Y la vivienda es una continuación del trabajo: hay que dar de comer a los animales, limpiar sus camas y ordeñar a las vacas; y hay que transformar los productos agrícolas en alimentos conservables; en pocas palabras, cuando los campesinos, cansados de trabajar en el campo, llegan a su hogar no es para descansar, como hacen los habitantes de las ciudades, sino para continuar con sus faenas en otras condiciones.

En el pasado, la vida de los labradores de los caseríos y de las aldeas y lugares cortos no podía ser más triste; podían pasar días y días sin encontrarse ni poder hablar con más personas que las de sus familias. Esta falta de relaciones personales era la causa directa de la pobreza de ideas, de sentimientos, de preocupaciones intelectuales y culturales, e incluso de cierto descuido en el aliño personal. Es más: aun cuando la televisión ha compensado algo estos aspectos perjudiciales para la persona, en realidad las condiciones han cambiado muy poco, porque la falta de relaciones personales deja a los individuos inermes ante los instrumentos omnipotentes de manipulación de las conciencias: ni la radio, ni la televisión son buenos sustitutos de las relaciones personales recíprocas y significativas.

Las ventajas evidentes de las formas de vida de las ciudades (incluyendo el contraste con las rentas recibidas -salarios y “beneficios” de explotación-, claramente superiores, por los menos en los países capitalistas generadores de la “fascinación urbana”) han obligado a sociólogos, economistas y políticos a estudiar y a buscar soluciones para hacer más atractiva la vida de las zonas rurales. Ya en un comienzo surgieron hasta el primer plano de la consideración, no sólo la carencia total de servicios culturales, sanitarios, educativos y recreativos, sino la misma imposibilidad de disponer de ellos en grado mínimo, dada la dispersión de la población agrícola. Por eso, la primera exigencia que se planteó fue la reordenación de la población labradora: había que eliminar los caseríos tipo *farm* y las aldeas y lugares cortos, o pueblos pequeños, hasta conseguir unas unidades de población que, por el número de sus habitantes, facilitaran la creación de unos servicios mínimos que compensaran de alguna manera la “fascinación de las ciudades”. Pero, aun así, quedaban todavía dos factores muy importantes a estimar: la inferioridad de los ingresos de los campesinos y la separación del hogar de la actividad productiva.

La sorpresa de los teóricos (sociólogos, economistas, políticos, etc.) fue grande al darse cuenta de que la reagrupación de la población agrícola en núcleos de cierto tamaño -del orden de unos 5.000 habitantes, para arriba- transformaba la forma de producción agrícola y las condiciones de vida de los campesinos. Por de pronto, la reorganización de la población obligaba a reordenar los cultivos, ya que era preciso situarlos con referencia al núcleo de

población; se iniciaba la desaparición del típico huerto familiar y de la cría y el cuidado de los animales domésticos (vacas, cerdos, gallinas, etc.) para el consumo directo de la familia; y comenzaba el proceso -rápidamente acelerado- de la separación del hogar de la actividad productiva. Pero, además, la producción agrícola tendía a acercarse a la forma de producción industrial por la necesidad de especializar los cultivos y, en su caso, la cría de ganados domésticos; se cultiva sólo lo que arroja mayores rendimientos y se produce únicamente para el mercado; la agricultura deja de producir alimentos para pasar a producir “materias primas” para la industria alimentaria; y, como es natural, aumenta la productividad por trabajador y mejoran los ingresos económicos de cada familia, que le permiten adquirir en el mercado todo lo que necesita, desde el pan, pasando por la carne y las legumbres, hasta el perejil.

A comienzos de los años 60 se empezó a hablar entre los especialistas de los *agrorod* (en ruso, *gorod* es ciudad), de las *agrotown* (en inglés, *town* es ciudad); e, incluso, algunos científicos españoles buscaron afanosamente información sobre las nuevas formas de organización y las nuevas tendencias de la agricultura, desconocedores de que en España (en Andalucía, en Extremadura y, en forma más perfecta, en la Mancha) existen, sorprendentemente, desde hace siglos, las bases de partida de la nueva agricultura semi-industrial: las agrovillas y las agrocidades.⁹⁶

⁹⁶ Algunas ideas interesantes sobre esta cuestión se pueden encontrar en la *Geografía de España y Portugal* (Barcelona. Montaner y Sion, 1958), publicada bajo la dirección del Profesor Manuel Terán, tomo IV, 1ª Parte, pp. 333-353).

5. Forma de poblamiento, relaciones personales y formación de la personalidad: el caso de la ciudad (s.f.).⁹⁷

Aislamiento del hombre en la ciudad electrónica actual y necesidad de la remodelación de ésta, como marco óptimo de las relaciones personales

La comunicación es el contenido significativo, trascendente, de las relaciones sociales, más en concreto, de las relaciones interpersonales. En este sentido, las relaciones interpersonales son los cauces primarios a través de los cuales llegan al individuo los contenidos básicos que constituirán su subjetividad, su conciencia, en función de su frecuencia, fluidez, riqueza y desarrollo. Todo lo que obstaculiza la frecuencia de las relaciones personales frena el desarrollo de las conciencias de los individuos.

La frecuencia y la eficacia de las relaciones personales están condicionadas por las formas de agrupación y convivencia humana. Entre los factores más determinantes están el número de personas agrupadas, la disposición espacial de la vivienda (la forma de poblamiento), la propiedad de la tierra, el tipo de trabajo y la técnica, la división social del trabajo, etc. Históricamente, parece demostrado que el número de personas que conviven, la forma de poblamiento -dispersa (caserío), semidispersa (aldea gallega) y concentrada (agrovilla o ciudad)- y la división del trabajo son los factores que más influyen en la reiteración y eficacia de las relaciones personales.

La población dispersa o semidispersa dificulta las relaciones personales y perturba el desarrollo de la personalidad; en este medio, predomina el individuo activo sobre el reflexivo. En cuanto a la ciudad, es toda ella medio humano, porque ha sido construida por el hombre en todas sus partes. En cuanto producto de la actividad humana, es coherente con la conducta y la conciencia humana. Todo en la ciudad es significativo, más aún, comunicativo. Orienta a los hombres y les ayuda a fundamentar su personalidad. La ciudad es el verdadero marco de las relaciones personales. Todo en la ciudad está dirigido a intensificar y reafirmar las relaciones personales.

Dado el número de sus moradores, es imposible que todos ellos cumplan las mismas tareas: se impone la división del trabajo. Lo que significa la creación de nuevas relaciones humanas. Un aspecto importantísimo de la división del trabajo es la especialización, que constituye el fundamento del desarrollo cultural y de todo el progreso humano. La especialización permite atender a *una sola cosa* o a *un aspecto* de la cosa, dejando de lado todo lo demás; su aspecto negativo consiste en que limita las tendencias del individuo a la totalidad, a conservar el sentido universal de las cosas, en aras de la eficacia.

Los éxitos de la especialización son inmensos y se transforma muy pronto en el núcleo de la empresa como institución. La empresa forzó el

⁹⁷ Nota manuscrita, sin fecha. Parece un apunte personal (a modo de síntesis y de cara a su exposición), de la ponencia «La ciudad como sistema de comunicación», en el Congreso sobre el Diseño de la Ciudad (Oviedo, octubre de 1986), incluida aquí como capítulo V. Título de RJM. (*N. del E.*).

progreso técnico y dominó los mercados (es decir, a los clientes), desarrollando la especialización.

La recogida, ordenación y diferenciación de la información no podía escapar al afán de servicios de la empresa, que acabó monopolizando la recogida y la difusión del acontecer en la ciudad. Pronto, los individuos renunciaron a sus relaciones comunicativas, que fueron sustituidas por la información institucionalizada, y quedaron fascinados por la información como servicio público comercial.

Ante la eficacia de los medios electrónicos de comunicación (radio y televisión), los hombres ven en los medios una relación “más directa con las cosas”, que sustituye con ventaja a todas las relaciones personales, y se abandonan a ella. Cuando, arrastrados por esa dinámica, quieren darse cuenta de ello, han recaído en un aislamiento total e inconsciente, porque su ventana a la realidad es ficticia y aisladora. Se trata del aislamiento electrónico mediado por los más modernos aparatos de recepción.

Hay que remodelar la ciudad para descubrir la ciudad como marco óptimo de las relaciones personales.

6. De la casa larga centroeuropea a la casa con patio interior (con corral) de Fabero (1997)⁹⁸

La casa y sus funciones

La casa primitiva de Fabero, el modelo mejor adaptado a la agricultura de subsistencia, y superior a la *casa larga* europeo occidental y a la *palloza*

En la comunidad de la aldea y en las aldeas que vivían de la agricultura de subsistencia (es decir, en aquella población para la que la tierra era el único medio de existencia), la casa respondía más a las necesidades de abastecimiento que a las exigencias y comodidades de los miembros de la familia y de los animales sin los cuales el campesino no podía vivir: bueyes o vacas, imprescindibles para arar y transportar cargas o pequeñas cargas (un burro o un caballo); ovejas para lana; alguna cabra; un cerdo o un par de ellos, para disponer de grasa; y algunas gallinas, un perro y un gato. La casa del campesino estaba más bien destinada a dar cobijo a esos animales que a los seres humanos.

Esa preferencia del campesino por los animales domésticos evidencia su dependencia de ellos. Pero eso no es todo: en las regiones montañosas y frías, con inviernos largos y grandes nevadas, los campesinos dedicaban muchos esfuerzos a recoger, almacenar y conservar los alimentos para sus ganados, que ocupaban los espacios más protegidos y abrigados; y esto, tanto en la *casa larga* como en la *palloza*, en la casa en forma de herradura de Babia o en la primitiva de Fabero.

Buen testimonio de ello es la *palloza*, la casa mejor adecuada a los inviernos duros y largos de las altas montañas. En ella el campesino tiene todo cuanto necesitan para vivir él y sus animales hasta la primavera sin necesidad de salir al campo y hasta al aire libre. Si esa autonomía o autosuficiencia se considera una ventaja, la *palloza* -la casa agrícola ganadera de la alta montaña- sería la morada ideal para los largos inviernos con el suelo cubierto con una espesa capa de nieve.

Quizás, la *palloza* aísla demasiado. En ella no existe ningún espacio donde disfrutar de la luz y el aire libre, al no contar con más luz natural que la que entra por unos ventanucos de 30 ó 40 cm. de alto y 10 ó 20 de ancho. Los campesinos tenían miedo al frío, aunque esa escasez de luz y de apertura al exterior parece también relacionada con la necesidad de seguridad y de protección frente a depredadores y alimañas.

Ahora bien, en otras comarcas montañosas, igualmente frías y con inviernos también largos pero con nevadas menos severas, casas como la primitiva de Fabero ofrecen condiciones mucho más favorables frente a la intemperie, el frío y la lluvia, las alimañas e incluso los ladrones. La casa primitiva de Fabero protege y aísla por completo del exterior, al tener apenas un par de ventanucos, similares a los de la *palloza*. Pero, además, dispone de un espacio interior con aire, luz y sol -el patio o corral- al que dan todas las dependencias y en el que encuentran expansión los animales menores

⁹⁸ Nota mecanoscrita, fechada en Madrid el 10 de noviembre de 1997. (N. del E.).

(gallinas, cerdos y ovejas) sin peligro de extraviarse. Parece como si a un campesino se le hubiese ocurrido dividir la vivienda en dos partes, colocadas y a cierta distancia una de otra (lo que determinaría el ancho del corral), cerrando uno de los extremos con una pared y situando en el otro las puertas carretales. La casa primitiva de Fabero abriga, bajo el mismo techo y en los dos extremos opuestos de la construcción, a las personas, de un lado, y a unas cuantas cabezas de ganado, del otro. Y ambas categorías de ocupantes disponen de uno o dos accesos comunes, dispuestos en este último caso el uno frente al otro, hacia el centro o en medio de los lados más largos.⁹⁹

Con todo, las ventajas de ese tipo de vivienda son aún mayores, en comparación con la *casa larga* centroeuropea, tan difundida por el centro y el oeste de Europa, con su planta característica, que se representa en el dibujo siguiente.



Si hay un tipo de vivienda claramente característico dentro de la gran variedad de casas rurales de la Edad Media es precisamente éste, de la *casa larga* (*larga domus*) o casa mixta. Ampliamente difundida a todo lo ancho de la Europa occidental medieval, desaparecería después de forma progresiva; en esencia, por la repugnancia cada vez más profunda ante la vida en permanente promiscuidad con los animales, con los ruidos, moscas, olores y demás. Pero todavía en pleno siglo XX persistía en ciertas regiones atrasadas (Alpes, Macizo Central, Bretaña, País de Gales).

Dubuisson-Aubenoy la describió en los términos siguientes en el siglo XVII, durante su viaje a Bretaña:

«En la mayoría de las casas, hay que atravesar la sala o cocina para ir a la cuadra o establo. Ocurre como en el resto de Bretaña: los animales transitan por el mismo sitio que los hombres y falta poco para que cohabiten. Y, como las casas son en parte de piedra de pizarra y principalmente de madera, las ratas y los ratones son allí más abundantes de cuanto yo haya podido ver jamás en cualquier otro lugar... No faltan las pulgas ni las chinches.»¹⁰⁰

La representación que Robert Fossier ofrece de ella coincide punto por punto con la que podría hacerse de la casa primitiva de Fabero. En ambas hay dos habitáculos: uno para guardar y conservar la cosecha, la mies, y otro para trillarla, para desgranarla con el mayal. La distribución y la dedicación del resto de las dependencias son similares en una y otra. Y las dimensiones de la *casa larga* coinciden con el largo total de las dos construcciones rectangulares y paralelas de la casa primitiva de Fabero.

⁹⁹ Véase el dibujo de la misma en Eloy Terrón, *Los trabajos y los hombres. La desaparición de la cultura popular en Fabero del Bierzo*, Madrid, Endymion, 1996, Apéndice «La casa», pp. 274-278; p. 274. (*N. del E.*).

¹⁰⁰ Citado por R. Fossier, en su contribución a la obra colectiva *Historia de la vida cotidiana* (t. II, p. 443).

En la casa primitiva de Fabero¹⁰¹, al entrar en el corral por las puertas carretales, en la construcción de la derecha se encuentra en primer término la cocina (que es también dormitorio, comedor, etc.) con su propia entrada. La corte del ganado vacuno -el establo- está separada de la cocina por un tabique de tablas gruesas y palos abiertos a la mitad, que, como no ajustan entre sí, dejan ranuras que permiten el paso de las moscas, los olores y los ruidos.¹⁰² La cocina solía estar abierta por un cañizo de varas de salguera tejidas, apoyado en vigas y destinado a curar o secar las castañas. En cuanto a la corte, estaba también cubierta por un *parreiro* (el espacio comprendido entre el nivel de las paredes y el techo), donde se guardaba la paja que se utilizaba para hacer la cama de las vacas. Y, junto al establo, separado por un tabique de tablas toscas y palos con una puerta de acceso, se hallaba el pajar o *palleiro*, donde se conservaba la hierba, principal alimento del ganado vacuno, y alguna paja de trigo. De modo que solía tener dos huecos exteriores: el boquerón (*boqueirón*), situado por encima del nivel de la pared y utilizado para meter la hierba desde el carro al *palleiro*, y una puerta que daba al corral.

La segunda construcción, paralela a la anterior, contenía por lo común una serie de dependencias a las que se accedía también desde el corral. El portal estaba cubierto y no solía haber pared de separación por el lado del corral, del que quedaba separado por unas toscas tablas; y se guardaban en él el carro, los aperos de labranza y, con frecuencia, también el abono ya preparado, ya hecho para llevarlo a la tierra. Sobre el portal se hallaba el *parreiro* del *gamallo* (la hoja), para alimentar a las ovejas y las cabras en los días más fríos y de grandes nevadas, cuando las veceras no salían y había que darles algo de comer. A continuación del portal se situaban casi siempre el establo de las ovejas y cabras, la pocilga de los cerdos y el gallinero. Y, por último, estaba el cillero (el *cilleiro*) o bodega, donde los campesinos conservaban una buena parte de sus cosechas.

Al ser la tierra el único medio de producción y al tener que producir una gran variedad de productos (pues, al no existir un comercio de alimentos, tenían que cultivar todo lo que necesitaban, desde el pan y las patatas al lino), los campesinos necesitaban disponer de parcelas en los lugares y los parajes adecuados y dedicar mucho tiempo y mucho trabajo para cultivarlas. Había que arar dos o tres veces para poder disponer de repollo, llevar abono e ir a segar, y todo para una parcela minúscula. Pero, para arar, llevar el abono y otras muchas tareas tenían que disponer de una pareja de vacas. Había vecinos que intentaban arreglárselas con solo una, pero tenían que avenirse con otro para disponer de dos y ponerse de acuerdo con él para decidir cuando las utilizaría cada uno, lo que suponía además una merma importante de su libertad y una grave falta de prestigio.

Por lo demás, cualquier campesino tenía una capacidad de trabajo muy superior a la que utilizaba. Podía cultivar mucha más tierra. Pero ¿para qué hacerlo? En la mayor parte de las comarcas de la agricultura de subsistencia, no había salida para los productos excedentes. Sólo había mercado para el ganado vacuno, lo que explica el enorme aprecio de las vacas y los bueyes.

¹⁰¹ Al menos en la del tío Tedejo, bastante bien conservada, y en la del Tío Coque, hoy con las paredes casi desmoronadas.

¹⁰² En la casa del Tío Tedejo, la corte y la cocina estaban separadas por una pared delgada.

Sin esos animales, que eran la riqueza más tangible, más realizable, la más fácilmente disponible, no podía hacerse nada. Y por eso había quien cuidaba a las vacas mejor que a las personas, y con frecuencia la muerte de una vaca se sentía más que la de una persona.¹⁰³

En la casa primitiva de Fabero, el fuego solía hacerse en el centro de la estancia, en el suelo; y, al no haber chimenea, el humo salía por donde podía: por el estrecho ventanuco y por la puerta, sobre todo cuando la mitad superior era independiente. En todas las cocinas del pueblo había tres escaños alrededor del fuego. Los componentes de la familia se sentaban en ellos para comer y para calentarse cuando hacía frío; pero, al llegar la noche, los volvían con el respaldo hacia el fuego, colocaban un pequeño jergón de paja o un haz de paja de centeno en cada uno para que durmiese en él un miembro de la familia, que se tapaba con una manta; y, si hacía mucho frío, un adulto se encargaba de avivar el fuego.¹⁰⁴

Aunque fue objeto de una fuerte polémica entre especialistas tratándose de Europa Occidental en general, el dormir todos los miembros de una familia en la cocina fue lo normal en Fabero (y en todos los pueblos de su entorno). También lo fue la existencia de tres escaños alrededor del fuego en el suelo, dejando así el cuarto lado libre para poder manejar los utensilios de cocina, prácticamente en todas las cocinas del pueblo. La gente se sentaba en ellos para calentarse, porque las casas eran frías y las ropas, tan malas, que se pasaba mucho frío. Y es creencia general que por las noches se volvían los respaldos hacia el fuego (posiblemente para no pasar tanto frío) y que los utilizaban para dormir.

El más ligero análisis de la casa primitiva de Fabero (de la que nos queda un ejemplar en pie y otra arruinada, pero que desde el punto de vista funcional es el prototipo de la casa campesina de una zona muy amplia) demuestra con claridad que es el modelo funcionalmente mejor adaptado a la agricultura de subsistencia, y superior a la *casa larga* europeo occidental, a la *palloza* y a la casa en forma de herradura de Babia Alta.

¹⁰³ Que los campesinos estaban siempre prestos a hacer toda clase de sacrificios por sus vacas, se advierte con claridad, no ya sólo en la dedicación de las mejores tierras a prados y a la producción de forrajes, sino también en los mimos que prodigaban a esos animales: en los días de trabajo muy duro, con cubos de agua templada con salvado o harina de centeno; en los días fríos del invierno, con calderos de agua templada para que no tuvieran que salir a la calle a beber; y, cuando era preciso, cubriéndolos con una manta. Otra prueba del aprecio que sentía por las vacas es la buena disposición del campesino para irse a dormir a la corte sobre un par de *bañizas* de paja, sobre todo en invierno cuando hacía mucho frío. Ese culto a la vaca, que además de trabajar paría y criaba un ternero, se advierte también en cómo la primitiva casa campesina (y la derivada de ella) giraba funcionalmente al servicio de aquélla. Por lo demás, en la *palloza* y, sin duda, en la *casa larga* de la Europa Occidental, se podría observar algo similar.

¹⁰⁴ Parece que era normal dormir en la cocina, ya que también lo hacían quienes vivían en casas que disponían de otras habitaciones. Yendo en una ocasión a Fabero con una alumna de doctorado* que preparaba su tesina de fin de carrera sobre este tema, visitamos la casa del Tío Coque, y, cuando estábamos contemplando la cocina, medio derrumbada, entró en ella una mujer bastante mayor, vestida de negro y con la cabeza cubierta por el típico pañuelo del mismo color, que nos dijo: "*estáis viendo cómo vivíamos antes*". La improvisada informante era la hija mayor del Tío Baltasar, El Coque, y nos indicó dónde se ponían los escaños, cómo los miembros de la familia que no disponían de uno dormían sobre jergones de paja, cómo el padre avivaba el fuego en las noches muy frías, y cómo todos se beneficiaban del calor de las vacas que se difundía a través de las numerosas rendijas de la empalizada que separaba la cocina del establo.

* Véase el Apéndice 3: «La disposición de la vivienda y su influencia en la creación de la subjetividad. Un proyecto de tesis doctoral».